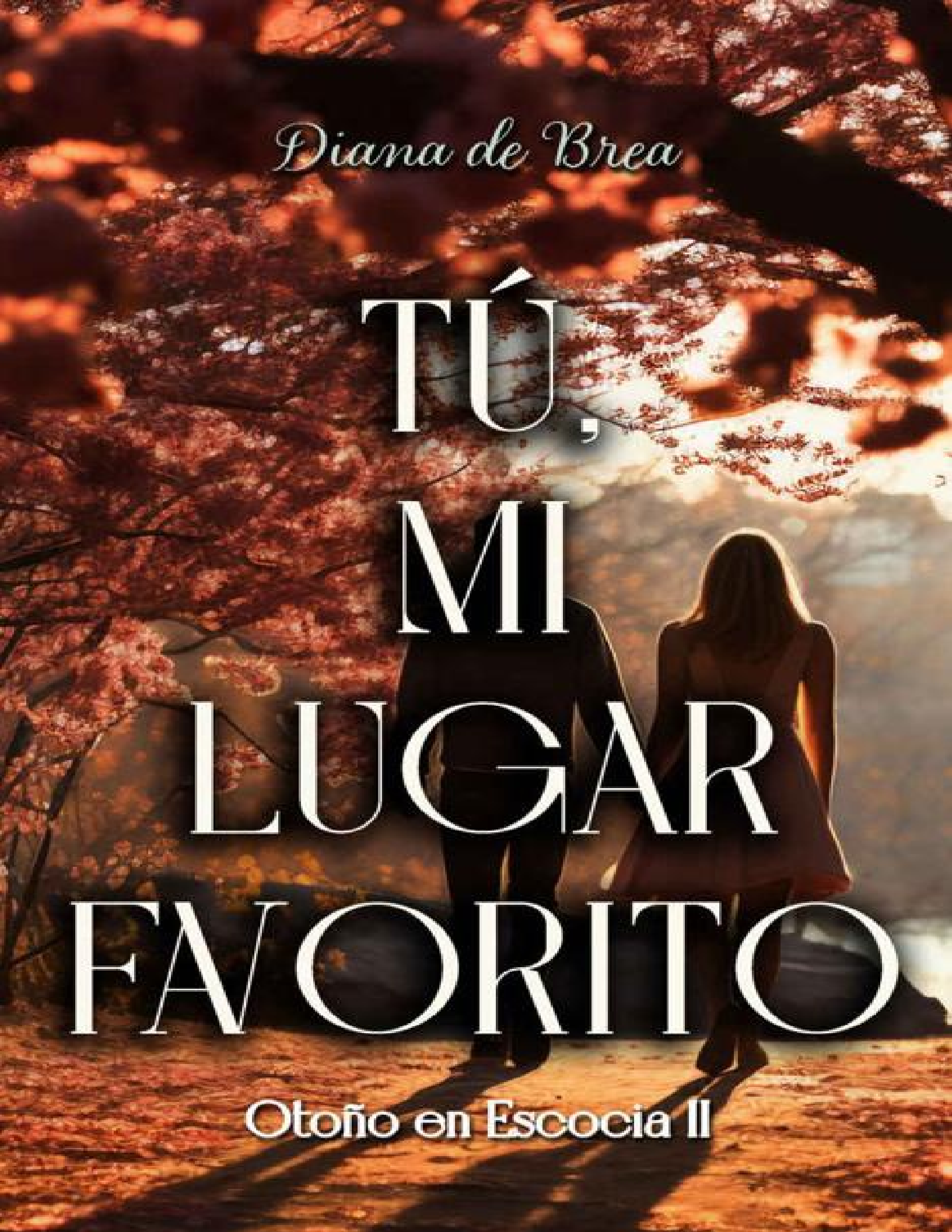


A romantic autumn scene featuring a couple walking away from the viewer on a path covered in fallen red leaves. The path is flanked by trees with dense, vibrant red foliage, creating a canopy effect. The background shows a soft, hazy landscape with more trees and a hint of a body of water. The overall mood is warm and intimate, with soft lighting and a rich color palette of reds, oranges, and browns.

Diana de Brea

TÚ, MI LUGAR FAVORITO

Otoño en Escocia II

Tú, mi lugar favorito

Otoño en Escocia II

Serie Romance en Escocia

Diana de Brea

Derechos de autor de @DianadeBrea 2023

Maquetación: Paola C. Alvarez Servicios Editoriales

Cubierta: Paola C. Alvarez Servicios Editoriales

Impreso por Amazon

Registrado en CEDRO

Todos los derechos reservados, solo pertenecen a la autora.

Los hechos, algunos lugares y personajes aquí relatados son ficticios en su totalidad y cualquier semejanza a la realidad se debe a la más pura casualidad.

No se permite la reproducción parcial o total de este libro ni su incorporación a ningún archivo digital ni plataforma de venta sin el consentimiento escrito de su autora. Cualquier infracción de los derechos de autor y propiedad serán constitutivos de delito (art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com o 917021970).

PRÓLOGO

Los bollos de canela esperaban pacientes dentro de la bolsa de papel que le dieron en la tetería del pueblo. Eva la mantenía agarrada con una mano, mientras con la otra sostenía las llaves de la casa, que observaba desde fuera del coche en el que aguardaban sus dos maletas y varias cajas llenas de libros y cachivaches diversos.

—Ha llegado el momento —se dijo a sí misma en voz alta consciente de que nadie la escuchaba.

Durante el trayecto desde Londres hasta ese pequeño pueblo junto al Dundee, en Escocia, varias veces estuvo a punto de darse la vuelta. ¿Qué se le había perdido a ella en ese lugar?

Entonces recordaba la ansiedad en la que vivía y que la llevó al colapso. Recordaba algunas escenas para reforzar la decisión que había tomado.

—Vale, no me digas dónde vas —le gritó Simon la última vez que lo vio—. Que sepas que te puedo encontrar. Eres mi mujer.

—No, Simon, no lo soy. Acostúmbrate a vivir sin mí porque nunca volveré contigo.

—Mira la princesita, ¿es que no te entra en la cabeza que fue un error? No volverá a pasar.

—De eso estoy segura. No volverá a ocurrir porque no estaré a tu lado para que pase.

A sus problemas con Simon, al que conoció en Escocia en la boda de su hermana Helena y Duncan, se sumaba el estrés de vivir en una ciudad como Londres en la que simultaneaba los estudios post-grado de traducción e interpretación, con un trabajo nutricional que no la hacía feliz.

Llegó a la ciudad maravillada por el mundo de posibilidades que se abría ante ella para acabar engullida por las prisas, los ruidos, la contaminación y una relación tóxica que solo la hacía sufrir.

Se sacudió esos pensamientos que volvían a ella y miró de frente hacia la casa que esperaba, inmutable, a su nueva inquilina. Eva separó el trasero que apoyaba en el lateral del coche y avanzó hacia la puerta verde que destacaba sobre el blanco de la fachada. Sonrió al advertir que la edificación que tenía ante sí se parecía a como ella imaginaba la casita de Hansel y Gretel, cuando su padre le contaba el cuento sentado a los pies de su cama infantil. Abandonó ese pensamiento triste, aún le dolía pensar en él, dispuesta a que nada ni nadie quebrara la esperanza y la ilusión con la que afrontaba esa nueva etapa de su vida.

Le gustó ver que la casa estaba repleta de flores. Muchas flores.

En las ventanas, delante de la fachada, en el balcón... A Eva le agobió pensar que quizá iba a tener que ocuparse de ellas porque sus conocimientos en el cuidado de plantas eran nulos. Las escasas veces que tuvo flores antes, le duraron pocos días y las plantas que le regalaban se morían sin remedio, por exceso o escasez de agua; nunca lo adivinaba. Que no sabía cuidar de ellas era una realidad incuestionable.

Antes de entrar, Eva dio una vuelta alrededor de la vivienda, que no era muy grande, y se quedó maravillada con el jardín trasero. Frente a ella se abría una loma verde que acababa en la ribera del río Tay. Todas las casas de la calle tenían jardines similares separados entre sí por setos. Volvió a pensar en el cuidado del jardín y deseó que el conde lo hubiera incluido junto al resto de complementos de la casa porque, de lo contrario, si confiaba en que ella se ocupara, iba a tener problemas. Al final del pequeño jardín vio una puertecilla verde que daba acceso a un

sendero paralelo al cauce del río. Eva se ilusionó con los paseos matutinos que podría hacer por ese bello camino, acompañada por el rumor del agua y el murmullo del viento al rozar los árboles.

Al girarse para volver, después de respirar la pureza del aire, descubrió el porche en la parte trasera de la casa y se enamoró aún más de ella. En ese instante decidió que pasaría horas en él con sus libros y una taza de té, mientras el clima se lo permitiera.

La llegada a este paraje tan idílico no pudo ser mejor y Eva sintió una punzada de ilusión por poder gozar durante unos meses rodeada de un entorno tan bello, aunque se preguntaba cómo se viviría en un lugar así, algo apartado de la ciudad, cuando el frío y la lluvia hicieran su aparición. Todavía no estaba segura de si aceptar el trabajo fue una locura de la que se alegraría con el tiempo, o tendría que matar a su hermana Helena por haberla liado de esa manera.

El momento de hacer uso de la llave había llegado; no podía postergarlo más. Sintió un nudo en el estómago al abrir la puerta del que iba a ser su hogar en los siguientes meses. Lo que vio la dejó petrificada y con la boca abierta.

Capítulo 1

TRES MESES ANTES

LONDRES

—Bueno, Helena, ya que insistes, seré sincera. Sí, estoy harta y muuuy cansada.

—¿Lo ves? Te lo noto. Si aunque no te vea la cara, solo por el tono sé que te pasa algo.

—Tienes razón —bufó Eva, mientras se echaba hacia atrás para apoyarse en el respaldo del sofá de su minúsculo apartamento londinense sin quitarse el teléfono de la oreja—. Los niños de la clase de español me agotan, la hora de metro hasta la academia cada vez se me hace más insufrible, y no solo por lo cansada que llego después de pasar la mañana en las clases del master de traducción especializada. No regreso a casa hasta la noche, agotada, con todo a oscuras... Ni descanso, ni me divierto, ni disfruto de ese Londres con el que todas soñamos antes de venir, ¿recuerdas? —le contó sin hacer alusión al ataque de ansiedad que la dejó paralizada.

—Necesitas un cambio, peque.

—Sí, claro, ya lo sé. El premio de la lotería para no tener que trabajar dando clases y acabar la especialización. No veo otra manera.

—O cambiar de trabajo —apuntó Helena.

—¿Crees que no busco? Para una española con mi perfil no hay muchas más opciones. Las tiendas tienen peor sueldo y un horario imposible para mí.

—No, no me has entendido, Eva. Te queda un mes de clase y luego, según me dijiste, tienes que desarrollar un proyecto para obtener el título, ¿no es así?

—Sí, eso es.

—Vente a Escocia. Tengo un trabajo para ti que te permitirá dedicar tiempo a tu proyecto. Me he enterado de una muy buena oportunidad, pero no les he hablado de ti hasta saber tu opinión, porque tendrás que dejar tu querido Londres.

—¿Querido? —contestó con sarcasmo—. Eso era cuando llegué de estudiante con mi maleta llena de sueños y las promesas de amor eterno de Simon.

—Si llego a saber que se iba a portar así contigo, no te lo presento en la boda.

—Lo sé, Helena —se rio porque siempre decía lo mismo desde que lo dejó con él—. No se me ha perdido nada en Londres, excepto conseguir mi título de traductora e intérprete. Todo lo demás ya lo he disfrutado.

—Entonces, ¿les hablo de ti?

—Espera, espera, que aún no sé de qué se trata. No tengas tanta prisa. Cuéntame de qué va el trabajo.

La escuchó por educación porque Eva, en el fondo, no tenía ninguna intención de irse a la fría y lluviosa Escocia; para lluvia, ya tenía la de Londres. Antes de eso había otras opciones como volver a España, aunque supusiera dar clases de inglés a niños mientras buscaba trabajo de traductora e intérprete. Se daba cuenta de que sería hacer lo mismo que en Londres, y eso la deprimía, pero prefería no pensar en ello. Que fuera lo que tuviera que ser. «No, en realidad no quiero volver», se decía. Ya tenía decidido que era mejor aguantar como pudiera hasta obtener el título, aunque tuviera que dar clases todo el verano a niños insolentes, y buscar trabajo en Londres como traductora en editoriales o en organismos internacionales. Con un buen trabajo y si encontraba un piso mejor, estaba segura de que se reconciliaría con la ciudad sin tener que ir a

la desapacible Escocia, por mucho que su hermana Helena estuviera feliz allí con su marido Duncan y las niñas.

Después de cenar, viendo la nueva temporada de una de sus series favoritas, *Un lugar para soñar*, se sentó en su mesa de trabajo para corregir las redacciones que habían escrito los alumnos de esa tarde. Su mente traidora pensó en la protagonista de la serie que se traslada a un pueblo entre bosques y resulta que, siendo una urbanita de libro, se enamora (de un tío y del pueblo) y es feliz. Claro, que eso era ficción y trataba de vender la felicidad. Sin embargo, aunque Eva sabía que era irreal, un tremendo «¿y si...?» se le quedó pegado en la mente como los pósit en la puerta de la nevera, y no lo pudo soltar.

Dejó a un lado la redacción de Peter y sacó un papel en blanco para anotar los pros y los contras de lo que le había contado Helena. Tuvo que esforzarse un poco y hacer memoria de todo lo que le había dicho, que no fue poco. Se reprendió por no haber estado más atenta, ya que solo retuvo retazos de la conversación dado que su mente había rechazado ese posible empleo, antes de conocerlo, y no le prestó la atención necesaria.

Recordaba algo de una amiga de Sophie, la hija de Duncan, que se había quedado huérfana de madre, y que el padre, un conde le parecía recordar, ¿o quizá se lo estaba inventando?, buscaba una niñera que fuera española para enseñar a la niña el idioma de la madre. Sí, eso era.

En su lista no pudo añadir mucho más porque Helena no tenía toda la información. ¿Le dijo a su hermana que la pidiera? Como estaba pensando en otra cosa, no recordaba con exactitud qué le contestó.

Abrumada por sus pensamientos decidió que lo mejor era centrarse en el presente, que no era otra cosa que seguir corrigiendo los trabajos de sus alumnos y dejar sus propios estudios para el día siguiente. Quedaba muy poco para que acabaran las clases y le quedaba mucho por hacer. Sabía que se tenía que centrar en terminar el proyecto lo antes posible para obtener el título del master y, con un poco de suerte y mucho de esfuerzo, el siguiente curso podría despedirse de la academia de niños de papá, en la que daba clases de español, para dedicarse a un trabajo más satisfactorio y mejor pagado.

Eva odiaba la melodía que sonaba en el móvil para despertarse. En realidad la eligió Simon y nunca la cambió. Como le recordaba a él, saltaba de la cama por no oírla y así conseguía levantarse siempre a tiempo. Menos esa mañana, que le estaba costando más de lo habitual. Abrió los ojos lo justo para ver la cama llena de papeles de los deberes de sus alumnos, que decidió leer antes de dormirse hasta caer redonda.

Los recogió y ordenó a toda prisa antes de meterse en la ducha y hacerse, después, el primer café del día. Esa mañana la quería aprovechar para ir a la biblioteca y trabajar con el proyecto de lenguas comparadas, que pretendía presentar para obtener el título máster de traductora e intérprete especializada por la *University of Roehampton* de Londres. El estudio se centraba en la comparación de los términos relacionados con la mujer que se usaban en la época victoriana en el Reino Unido y en España. Eva necesitaba recopilar bastante información para que el tutor aprobara el proyecto en el que trabajar durante el siguiente semestre.

Eva estaba enfrascada en la lectura, alentada por el silencio respetuoso de la biblioteca, cuando le entró otro mensaje de Simon pidiéndole quedar con ella y que le perdonara por todo lo que había pasado. Negó con la cabeza mientras pensaba que estaba loco si creía que iba a ceder. Si algo tenía clarísimo era que no quería volver con él; lo pensó durante un tiempo, e incluso lo habló con su psicóloga, hasta que llegó a la conclusión de que no se lo merecía ninguno de los

dos. Simon fue un capullo integral y a Eva le costó darse cuenta, porque todo fue muy poco a poco. Empezó con unos gritos seguidos de las más tiernas disculpas, luego vinieron las preguntas sobre la ropa que vestía y las amistades con las que quedaba, más tarde pasó a decir que *no* a todos los planes de Eva seguidos de intentos de espiar su móvil, dejando claro que tenía unos celos infundados. Lo último fue ese tirón de brazo luchando por quitarle el teléfono de la mano cuando se negó a enseñarle con quien chateaba, y que le provocó una caída hacia atrás. Eva se golpeó en la cabeza, y tuvieron que darle cinco puntos. Cuando volvió del hospital lo echó de casa.

Desde entonces, pagar facturas sola en una ciudad tan cara se convirtió en todo un reto para Eva y sus días pasaron a ser un continuo correr para llegar a todo.

Lo dejó en visto sin contestar, con la idea de volver a enviarle un mensaje rechazando su sugerencia cuando estuviera en el metro camino de la academia de idiomas. Recogió todo y se marchó al trabajo. Andaba distraída en sus pensamientos y por eso se llevó una sorpresa cuando lo vio en la escalinata de la biblioteca esperándola. Lo primero que pensó fue que iba a llegar tarde a sus clases y no se libraría de otra bronca de la jefa.

—Simon, no tengo tiempo —le dijo en voz alta pasando por delante de él sin pararse.

—Eva, por favor, habla conmigo —le rogó estirando el brazo para coger el suyo sin éxito. Ella aceleró el paso y miró por el rabillo del ojo para comprobar que no la seguía. Ver el brazo de Simon acercarse a ella le trajo los peores recuerdos, y un escalofrío de temor le recorrió la espalda.

—Espera, por favor —insistía, persiguiéndola. Eva se paró en seco para evitar la escena que era capaz de montarle delante de la gente, que entraba o salía de la biblioteca.

—Simon, déjame. Tengo prisa. Además, no tenemos nada de qué hablar. No te quiero en mi vida. Punto —respondió enérgica.

—Espera —volvió a insistir.

—Que no. Vete o llamo a la policía —lo amenazó mientras miraba por encima de su hombro al guardia que estaba en la puerta del edificio. No era policía pero podía servirle si Simon se ponía violento.

Él se giró ligeramente hacia atrás siguiendo la mirada de Eva y vio al vigilante. Bufó, bajando los brazos y simulando que se tranquilizaba.

—Por favor, Eva, yo te sigo queriendo.

—Deja de decir tonterías y lárgate. No vuelvas a buscarme nunca más, ¿entendido?

No esperó la respuesta. Era tardísimo y a la directora de la academia no le gustaba nada que llegara después que los alumnos, cosa que se temía que iba a ocurrir..., otra vez.

Así fue. Su jefa la amonestó, como casi todos los días, por llegar tarde. Los niños recibieron contentos a su profesora, que estaba de mal humor por culpa de Simon y de la charla de la directora que no atendía a razones. Eva, consciente de que los niños no tenían la culpa, respiró profundamente antes de saludarlos para calmarse y dar la clase como si no le pasara nada.

Cuatro horas después, cuando terminó con los grupos de ese día, la directora la llamó a su despacho para advertirle de que había sido el último aviso, pero que no la iba a despedir, aunque fuera su deseo, porque quedaban solo cuatro semanas de clase. No obstante, le dijo que se pensaría si renovarla para el curso próximo. Eva no era tan estúpida como la directora debía de pensar y sabía que le estaba diciendo que en verano no contaría con ella. Estaba claro. Lo de mantenerla las semanas que quedaban para evaluarla no era más que una excusa. Y todo por ir siempre corriendo por la falta de tiempo, porque era la profesora de español mejor valorada por los alumnos.

Lo curioso fue que no le importó. Eva se despidió con una sonrisa cansada, que no sabía ni cómo consiguió dibujar en su rostro, y se fue pensando que en el fondo le estaba haciendo un favor. Hacía tiempo que quería dejar la escuela y no se decidía porque necesitaba el dinero para seguir viviendo en Londres.

Se quedó pensativa en mitad de las escaleras con una pregunta en la mente: «una vez termine mis clases, ¿qué necesidad tengo de quedarme aquí?». Esa idea la asustó más conforme se daba cuenta de que esa era la realidad y debería asumirla tarde o temprano. O encontraba otro trabajo o no le quedaba más remedio que irse de la ciudad.

Eva se dejó caer en el único sitio libre que encontró en el vagón del metro deseando llegar a su casa. Normalmente aprovechaba el trayecto para leer, pero en esa ocasión le dolía tanto la cabeza y tenía tantas cosas en las que pensar, que no se concentraba. Optó por sacar el móvil, como la mayoría de los pasajeros que la rodeaban, y enseguida se dio cuenta de que había sido una mala decisión al ver la cantidad de mensajes de Simon. Hizo *scroll* sobre ellos para asegurarse de que no había nada importante, solo sus ruegos y lamentos, y directamente le dio a bloquear número. ¡Qué descanso! ¿Por qué no lo habría hecho antes?, se preguntó.

Continuó poniéndose al día de los mensajes con uno de su hermana Helena:

«¿Cómo estás, peque? ¿Has pensado en lo que te dije?».

Eva cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás, mientras las dos preguntas se colaban en su cabeza ocupándolo todo. «Mal, estoy mal», contestó mentalmente. En ese instante se sintió muy cansada, y un gran deseo de romper con todo la invadió; su cuerpo y su mente se lo pedían, pero, ¿a Escocia?

Capítulo 2

UN HOGAR A ORILLAS DEL RIO TAY

La vida de Eva dio un vuelco importante en los siguientes tres meses. En cuanto dijo que sí a la propuesta de Helena, esta se empezó a mover y la puso en contacto con el conde Sebastian Rutherford, delante de cuya casa estaba en ese momento sin atreverse a entrar. Y no porque fuera donde él vivía y tuviera que verlo nada más llegar; la casa era del conde y estaba incluida en el contrato de trabajo, pero era solo para ella. Él y su familia vivían en otro sitio, lo cual era un alivio para Eva que no tenía ganas de ser la típica niñera o institutriz que cohabitaba con los alumnos y sus familias. Mejor poder disponer de un espacio propio.

Tener a su disposición esa pequeña casa era un sueño. Le maravilló el jardín trasero que daba al río Tay, por cuyo sendero pensaba pasear a menudo. Observó que todas las casas vecinas tenían la misma estructura, cuadradas, con el tejado a dos aguas y los jardincitos traseros. Un porche daba acceso a la vivienda por la cocina y solo un pequeño pasillo dividido por un seto, la separaba de los vecinos colindantes. Por delante, la puerta principal de color verde, que acababa de abrir con las llaves que le entregó el chofer del conde, parecía de cuento. Se encontró con él un rato antes, en la tetería de la calle principal, y le sorprendió su seriedad. En cuanto Eva se identificó, se limitó a darle el llavero con dos copias y se fue sin más conversación, ni instrucciones sobre la vivienda.

Si la vuelta de reconocimiento que hizo por fuera le encantó, la vista del interior la dejó boquiabierto. No podía gustarle más. El salón parecía un refugio en el que predominaba la madera y los colores cálidos, con un sofá mullido en un beige claro con almohadones en tonos marrones y ocre. Una manta de cuadros reposaba sobre el respaldo. El sofá estaba situado frente a la chimenea junto a la cual había una estantería, desde el suelo hasta el techo, repleta de libros. Aunque en ese momento, lo que le apetecía era examinar la pequeña biblioteca, decidió que era mejor dejarlo para cuando estuviera instalada.

Al otro lado de la puerta de entrada, el espacio lo ocupaba un maravilloso ventanal haciendo esquina con vistas al río y, lo mejor de todo, una butaca de color verde musgo, junto a una lámpara de pie para leer, además de un banco pegado al ventanal lleno de cojines. Dio varias vueltas mirándolo todo, porque aún no se podía creer que ese fuera a ser su hogar los siguientes meses. Nueve, para ser exactos, con un período de prueba de tres. Hasta Navidad como mínimo podría disfrutar o padecer su nueva vida, según se dieran las cosas.

A la izquierda de ese rincón de ensueño, junto al ventanal, se abría la cocina en la que también dominaba la madera, esta vez en blanco, con alacenas acristaladas que dejaban ver una vajilla de ensueño. Dejó sobre la bancada la caja que llevaba en los brazos desde que entró, y volvió a salir a por las dos maletas que seguían en el coche. Cargada con ellas subió a conocer el piso superior en el que encontró dos habitaciones y un baño. Eligió para ella la que daba hacia el río y así poder verlo cada mañana. Se tumbó en la cama de cuerpo y medio, vestida con una colcha blanca con diminutas florecillas, y con alegría se dio cuenta de que desde ella veía las copas de los árboles, algo de cielo y una parte del río entre las ramas. Se acordó entonces de su minúsculo y oscuro apartamento de Londres y le dio por reír, no sabía si de felicidad o de terror por el cambio radical de su vida. Ni en sus mejores sueños se imaginó algo así.

Se levantó para seguir su inspección mientras pensaba si toda esa maravilla se vería

compensada con una niña insufrible que la sacara de quicio. Le parecía imposible que todo fuera bueno y se dio cuenta de que Helena apenas le había hablado de la hija del conde, más allá de que se había quedado huérfana hacía unos seis meses y que él, ahora viudo, se separó de su primera mujer, justo antes de conocer a la española de la que se enamoró locamente. Debieron de ser la comidilla del pueblo y se esperaba a una niña mimada y recelosa.

Su misión, para lo que la habían contratado, era pasar las tardes con ella, hablarle siempre en español y enseñarle la lengua, además de introducirla en las costumbres españolas para que no perdiera las raíces maternas. Los fines de semana tendría que ocuparse de la cría solo cuando su padre estuviera de viaje o en caso de necesidad, lo que significaba que en general los tendría libres y podría disfrutar del país y de su hermana Helena. Aunque no le gustaba la idea de ser institutriz, el trabajo estaba bien pagado y le permitía tener las mañanas libres para seguir con su proyecto y obtener el título master de traductora e intérprete que le permitiera acceder a mejores oportunidades laborales.

Eva no podía dejar de pensar en la historia que le contó Helena. Según le dijo, la madre de Vicky, su futura alumna, nació y vivió en Málaga hasta que conoció al conde durante un viaje de estudios a Edimburgo. Por lo visto él, que acababa de divorciarse, estaba pasando el fin de semana en la capital con otros amigos que se empeñaban en que saliera más a menudo. Ambos coincidieron en un pub y no se volvieron a separar hasta que, años después, la enfermedad se la llevó y dejó al conde desolado y con una niña de seis años a su cargo.

Acabó de meter el resto de cajas en la casa, se lavó las manos y salió al porche con un vaso de agua, ya que aún no había sacado ni la cafetera ni el hervidor de té, para estrenar la hamaca y telefonear a Helena.

—¿Ya instalada?

—No, todavía no. Es pronto para eso. De momento aclimatándome y conociendo la casa.

—Tengo entendido que es una preciosidad. Yo solo la he visto por fuera cuando Sebastian me dijo dónde ibas a vivir. ¿Qué tal el viaje?

—Esto es una pasada. Ni en mis sueños más *cozy* —se rio—. Y el viaje, bien. ¿Vas a venir?

—Sí, eso te iba a decir. Ahora me lo cuentas todo. Ya he terminado de trabajar por hoy. Recojo y salgo hacia allí. Tardaré unos veinte minutos. Tengo muchas ganas de verte, peque.

—Te espero. He comprado bollos de canela y té para estrenar la casa contigo. Voy a buscar el hervidor mientras vienes.

Dejó el móvil en la mesa de centro del porche y trató de relajarse en la hamaca mirando hacia el telón de fondo, de un verde natural, que le ofrecían los árboles de la ribera del río. La paz que sentía se mezcló con el miedo a sentirse sola durante el invierno y pensó que tal vez debería hacerse amiga de los vecinos.

Helena y Duncan vivían a una hora de ese pueblo, al otro lado de la ciudad principal, Dundee, donde el río se encuentra con el mar. La población minúscula en la que iba a vivir estaba situada a mitad de camino entre Dundee y Perth. Además de las pocas casas que había en su calle, el pueblo contaba con un castillo no muy grande ni conocido.

Por supuesto, dicho castillo pertenecía al que iba a ser su jefe, el conde de Rutherford y, aunque nadie se lo había contado, sospechaba que todo el pueblo era suyo. O debió de pertenecer a su familia en épocas pasadas.

Helena no tardó en llegar. Un pitido avisó a Eva de que su hermana estaba aparcando junto a su coche y se levantó de un salto con la emoción agarrándole el pecho. El abrazo que se dieron fue de los que hacen crujir las costillas y espachurrar el corazón.

—No sabes las ganas que tenía de abrazarte, cariño —le dijo Helena con entusiasmo cuando

por fin se separaron..

—Yo más —rio Eva, porque ese juego del «y yo más» era tradición entre ellas—. Ven, pasa y hacemos el té. ¿Sabes que este pueblo, a pesar de ser tan pequeño, tiene una tetería preciosa? Te llevaré algún día. Allí he comprado el té y los bollos.

—He oído hablar de ella. Con lo que te gusta el té, estarás feliz—. Helena la rodeó con el brazo y juntas avanzaron hasta la casa.

—Qué pena que no hayas traído a las niñas. Me muero por verlas.

—Pronto quedamos todos. Están en el cole y hoy va Duncan a recogerlas. Me apetecía estar un rato a solas contigo, hermanita.

Helena se quedó tan boquiabierta como Eva la primera vez que entró en la casa.

—Es preciosa. Tiene un encanto especial.

—Muy cozy, ¿verdad? Ya te lo dije.

Mientras hervía el agua para el té, juntas recorrieron las estancias fijándose en cada detalle.

—Esto tiene pinta de haberlo decorado una mujer, ¿no crees? —comentó Eva.

—Ahora que lo dices, creo que esta casa la preparó la ex de Sebastian. Él se la dejó cuando se separaron. Puede que la decorara ella misma.

—Tiene sentido, aunque me parece muy fuerte que vivieran tan cerca estando divorciados.

—Creo que duró poco —continuó Helena—. Cuando Sebastian se casó con Victoria, ella se fue a la ciudad. Yo la he visto solo un par de veces; he tenido más relación con Victoria por las niñas.

El pitido avisando de que el agua hervía no dejaba de silbar y las dos bajaron a preparar el té para tomarlo en el porche con los bollos.

—Esto es una maravilla, Helena.

—No, si aún me lo agradecerás —sonrió—. Recuerda que has venido a trabajar y no de vacaciones.

—Claro, claro, no me olvido. Estoy muy nerviosa. Háblame más de ellos. Me imagino que el conde es un tipo cincuentón huraño y que Vicky es la típica niña rica mimada e insoportable. Tengo miedo de no poder con ella.

—Noooo —se rio—. Todo lo contrario.

—Como no me has contado nada antes de aceptar, me temo lo peor. Algo me ocultas.

—No seas boba, nada de eso. Mira, Sebastian es amigo de Duncan. Se conocen de siempre, pero nunca habían sido íntimos por la diferencia de edad, aunque sus familias hacían muchos planes juntos. Ahora somos más amigos por las niñas, que van al mismo colegio, aunque a cursos diferentes, porque Sophie es más mayor. Coinciden en las clases de equitación de los sábados y se llevan muy bien, sobre todo desde que la madre murió. Sophie debió de recordar lo que pasó ella de pequeña y decidió por sí misma cuidar de Vicky. Solo Sophie sabe lo que es perder a una madre siendo una niña y la necesidad de cariño verdadero, no el que se da por lástima. Así que, empatizó enseguida con Vicky.

—¡Oh! Sophie siempre tan adorable.

—Sí, lo es.

—¿Y el conde?

—Sobre Sebastian tengo que prevenirte —le dijo con voz seria y cara de circunstancias.

—¿Qué le pasa? —preguntó tapándose la boca temiéndose lo peor.

—Que es condenadamente guapo. Bueno, no tanto como Duncan —se rio burlona—. Si cuando se divorció tenía un club de fans tras él, ahora como el viudo triste imagínate. Todas las solteras, y algunas casadas, revolotean para quitarle esa tristeza con un revolcón, y lo que venga

después. Seguro que a más de una le gustaría ser la próxima condesa. Así que ten cuidado, la pobre Victoria, que en paz descanse, fue muy criticada por su matrimonio con él. La acusaban de ser una española frívola que solo lo quería por su dinero y posición.

—¿Y lo era?

—En absoluto. Bueno, ya sabes que a mí me criticaron también, aunque no tanto porque mi puesto en la universidad es muy respetado. Pero Victoria no trabajaba y eso les quemaba a muchas. No le perdonaban que fuera un bellezón. Sebastian se quedó hundido porque estaba muy enamorado de ella. De quien no lo estuvo, por lo que Duncan me contó, es de su primera mujer.

—Parece una peli de sobremesa, Helena. Aquí no te aburres. ¿Quieres más té?

—Sí, gracias. Los bollos de canela son maravillosos.

—Lo son. La tetería del pueblo me ha gustado mucho. Me apetecía comprarlo todo. —Matizó su opinión relamiéndose con el azúcar que se le había quedado pegada a los dedos—. ¿Y viven en el castillo, de verdad?

—No exactamente. Duncan me contó que era enorme; este pueblo lo formaban las casas que había alrededor y que pertenecían al castillo. En una guerra lo destruyeron y a partir de las ruinas se reconstruyó uno más pequeño, como es ahora. Lo alquilan para bodas y eventos, igual que Duncan con el suyo. Ellos viven en la casa que han edificado al lado, en lo que eran los jardines del castillo. Bueno, lo que en España llamamos un chaletazo —le guiñó el ojo sonriendo.

—Pffff. Estoy muy nerviosa. Mañana sábado debo de ir a presentarme. He quedado con el conde a las once de la mañana. Primero me reúno con él y luego me presentará a Vicky.

—Tranquila. Es un amor, ya lo verás.

—¿Quién? ¿El conde?

—No, boba —reprendió a Eva en broma empujándola en el brazo—. Vicky. Es un amor de niña. Pero qué tonta eres.

Ambas se rieron con ganas sintiéndose más unidas que nunca. Helena siempre decía que lo único que le faltaba para sentirse plenamente feliz era tener a su familia más cerca y ahora, con Eva en Escocia, su sueño se cumplía y deseaba que su hermana se sintiera igual de dichosa que ella.

Capítulo 3

UN AMOR DE NIÑA

A las once menos cinco de la mañana del sábado, Eva hacía tiempo delante de la verja que daba acceso a un enorme jardín. Al fondo adivinaba lo que Helena llamó *chaletazo*. Sonrió al pensar en ella y en la tarde que pasaron juntas, como cuando vivían en Madrid con sus padres. El día anterior no regresó a su casa hasta que Duncan la llamó por si le pasaba algo, ya que era bastante tarde. Las niñas, sobre todo Zoe que todavía era un bebé, la echaban de menos.

Se acostó pronto porque le daba respeto estar sola en una casa aún desconocida para ella y que le parecía una mansión, si la comparaba con el piso enano de Londres. A Eva solo le dio tiempo a colocar la ropa y dejó las cajas para el fin de semana. Por la mañana se dio cuenta de que había hecho una tontería, porque la mayoría de la ropa estaba de nuevo fuera del armario. No sabía con qué modelo presentarse a su nuevo jefe y que casara con su papel de institutriz del siglo veintiuno, y se probó casi todas las prendas que ya había guardado. Le tocaría trabajar doble por su indecisión.

Los nervios la habían llevado a pensar en ropa desordenada sacándola del momento presente, en lugar de decidirse a pulsar el timbre de la puerta y no llegar tarde a la cita. Las conexiones mentales son un misterio. Respiró dos veces profundamente y sacó el brazo por la ventanilla bajada del coche para llamar.

Las puertas se abrieron hacia los dos lados dejando ante su vista un sendero que atravesaba un jardín perfectamente cuidado. Conforme avanzaba despacio hacia el majestuoso edificio que se adivinaba al fondo, observó los árboles que la rodeaban. Un conjunto de pinos salvajes y abedules, entre otros que le eran desconocidos, jalonaban el camino y dotaban al entorno de una gran variedad de tonos verdes. El final del verano se reflejaba en los colores aún vivos de la vegetación.

En la entrada, frente al edificio, la esperaba el chófer del conde, el mismo que le había entregado las llaves, y con el mismo gesto que el día anterior (es decir, ninguno) le abrió la puerta del coche y se ofreció a aparcarlo, para lo que le dio las llaves. Antes de meterse en él, la acompañó hasta la puerta principal donde le presentó a la secretaria del señor Rutherford, una señora que debía de estar a punto de jubilarse, con unas gafas pequeñas en la punta de la nariz y aspecto de abuela bonachona, que le sonreía con amabilidad. La brisa fresca que sintió al salir del vehículo ayudó a que su mente se despejara antes de enfrentarse a la reunión. Ya no había vuelta atrás.

—Bienvenida, señorita Peris. Soy Fiona. El señor la espera en su despacho. Si es tan amable de acompañarme.

Por supuesto que la siguió aunque más por inercia pues su mirada se paseaba atenta por lo que veía a su alrededor y no era del todo consciente de dónde ponía los pies. La entrada de la casa era enorme. A pesar de ser una estancia amplia, era bastante cálida gracias a las alfombras y a la decoración. Fiona golpeó con los nudillos una de las puertas del lado izquierdo y enseguida se escuchó una voz varonil:

—Pase.

Un escalofrío recorrió la espalda de Eva que trataba de mantener toda la calma de que era capaz. Una de las cosas que más le costaba era moverse en ambientes con excesivo formalismo y

exquisitez, y sentía que se estaba metiendo en la boca del lobo. «Tú puedes, eres capaz, todo está bien», se repetía mentalmente sin mucho convencimiento. Prefería mil veces antes la calidez de la casita del río que toda esa grandiosidad.

Fiona abrió la puerta y se quedó junto a ella, sin soltarla, para dejarla pasar. Antes de cerrar, la anunció con formalidad:

—La señorita Eva Peris está aquí, señor.

—Que pase —contestó levantándose para recibirla mientras Fiona salió para dejarlos solos. Le extendió la mano, grande y fuerte, a modo de saludo y ella se sintió pequeña ante una figura que tenía tanta presencia. No era solo que fuera guapo, como le advirtió Helena, si no que desprendía algo que no supo definir en ese instante, una especie de autoridad nada forzada que imponía. Solo una cosa desentonaba de su porte, varonil y carismático, y era la tristeza que Eva advirtió en sus ojos color miel.

—Bienvenida a Escocia, señorita Peris.

—Gracias, señor.

—Puede sentarse aquí —le pidió señalando uno de los dos butacones situados junto a la chimenea. Él esperó educadamente a que ella se sentara para ocupar el de al lado. A Eva le halagó que no la recibiera ante la mesa del despacho y buscara esa cercanía—. Dígame, ¿qué le ha parecido la casa del río? Espero que esté todo a su gusto.

—Es una preciosidad. No esperaba tanto —contestó espontánea y se arrepintió al segundo. Se acordó de su madre, que siempre le decía que debía sentirse merecedora de lo bueno que le pasara, y pensó que pretender que la casa era demasiado para ella no era ser agradecida.

El conde, lejos de molestarse, sonrió satisfecho ante su respuesta, lo que la alivió bastante. Se sentía demasiado nerviosa, más que ante el tribunal de la universidad para los exámenes orales, y no entendía la razón. Solo esperaba que no se le notase y el conde cancelara el contrato por considerarla tonta o estúpida. Se removió en el sillón para recuperar una postura erguida que mostrara seguridad en sí misma.

—Me gusta su frescura —respondió, tomándola por sorpresa—, creo que es bueno para mi hija. Por nada del mundo quiero que Vicky se eduque con una estirada —añadió irguiendo la espalda y levantando la barbilla en un gesto muy elocuente. Eva estaba descolocada ante la actitud divertida y natural del conde; quizá no fuera tan serio y autoritario como pensó al llegar—. Aunque ya me imaginaba que usted no sería así siendo hermana de Helena. Las referencias no podían ser mejores —volvió a sonreír.

—Gracias, espero no defraudarle.

—Yo también, señorita, yo también. Vicky es lo más preciado que tengo y la falta de su madre ha sido un golpe duro para ella..., para todos en realidad.

Su mirada se ensombreció y Eva no supo cómo actuar. La pérdida de su mujer debía de dolerle todavía.

—Bien —continuó él sacudiéndose de lo que fuera que nublara su mente—, en estos documentos está todo lo que hablamos por correo electrónico. Si está de acuerdo tiene que firmarlos y devolvérmelos. Pero... —puso la mano en la carpeta para cerrarla al ver que Eva empezaba a leerlos—, no ahora. Léveselos a casa y el lunes hablamos. Como sabe, el trabajo es pasar las tardes con Vicky y hablarle en español aunque ella no quiera. Como lo hablaba solo con su madre, hay días que se niega a hacerlo. Le ayudará con los deberes o jugará y la llevará a las extraescolares cuando yo no pueda. Aparte de recogerla en el colegio cada día a las cuatro, el resto de su horario dependerá de mis obligaciones y viajes. Eso incluye el fin de semana. Está todo ahí explicado. Y ahora, ¿vamos a ver a Vicky?

—Claro, estoy deseando conocerla.

Los ojos del conde se iluminaron y entonces Eva se dio cuenta de que la niña debía de llevar un rato esperando a entrar, pero ella, al estar de espaldas a la puerta, no la había visto. Giró la cabeza y la vio dando saltitos, nerviosa, de la mano de una señora mayor a la que llamaban Yayi, según supo después. A un gesto de su padre, Vicky se soltó y entró corriendo. El conde se levantó con rapidez y alzó la mano para pedirle calma.

—¿Vicky? —dijo severo y con cariño a la vez.

Ella captó el tono y redujo el paso mirándolos alternativamente a su padre y a Eva.

—Así que tú eres Vicky —se dirigió a la niña en español poniéndose de pie. Vicky alargó el brazo para darle la mano. Eva la tomó de los dedos y se la bajó antes de añadir—. Mmmm, me gustaría más un saludo a la española.

Se agachó para ponerse a su altura y le dió dos besos en las mejillas sonrosadas. Ella sonrió con timidez y miró a su padre. Eva también se giró hacia él temerosa de haberse tomado demasiada confianza, pero vió en el rostro del padre que no. El conde sonreía satisfecho.

—Bueno, señoritas, las dejo solas para que se conozcan. Vicky, cuida de mi despacho. Estaré en la biblioteca si me necesitan. —Le guiñó un ojo a Eva antes de salir de la habitación, lo que provocó que la cabeza de ella se pusiera a dar vueltas sin saber cómo empezar esa relación con la familia, sin quitar la mirada de la espalda del conde. Eva pensaba que no reflejaba en absoluto la edad que Helena le había dicho. Además de guapo, el conde tenía un porte impresionante y un atractivo fuera de lo común.

—Bueno, cuéntame, ¿cuál es tu juego preferido? —preguntó a su nueva alumna.

Vicky sonrió satisfecha y tiró de la mano de Eva para situarse juntas sobre la alfombra.

—A mi papi no le gusta que me siente en el suelo, pero si estás tú a lo mejor me deja —suplicó con las manos delante de la cara como si rezara—, *porfi* —añadió en un perfecto español.

—Vale —concedió—. Solo hoy porque aún no le he preguntado las normas a tu padre y no tengo por qué saberlo, pero en adelante tenemos que cumplir lo que él nos diga, ¿trato?

—Trato.

—Ahora, dime, ¿a qué te gusta jugar?

—Pueeeess —alargó la e mientras con un dedo se tocaba el labio inferior dándole golpecitos—. Lo que más me gusta es jugar con mis amigas cuando me dejan. Sobre todo con Sophie, porque las dos vamos a montar a caballo. ¿Te gustan los caballos? Y tambiéén —volvía a arrastrar la e sin darle tiempo a Eva a contestar a su pregunta— me gusta patinar, y comer pasteles que hace la Yayi y correr y...

—Vale, vale. Veo que te lo pasas muy bien —sonrió.

—¿Quieres ver mi cuarto de jugar? Es mejor que esto —dijo la niña señalando a su alrededor. Para Eva era lógico que el despacho de su padre le pareciera de todo menos divertido, aunque ella valorara la elegancia con la que estaba decorado; la misma con la que él vestía. Sin duda el conde, o quien le ayudara con la decoración, tenía buen gusto.

Las dos se levantaron del suelo y salieron juntas al recibidor. El señor Rutherford salió a su encuentro alertado por sus voces.

—¿Ya habéis terminado? —preguntó asustado por si algo había ido mal.

—Nooo. Aún no. Papi, voy a enseñarle mi cuarto de jugar. ¿Puedo?

—Claro, por supuesto —aprobó mientras miraba a Eva de reajo a quien se acercó para decirle en voz baja—: le ha caído usted bien; no enseña su cuarto a cualquiera.

Eva percibió como una brisa fresca la voz del conde en su cuello y aspiró el aroma a cítricos de su piel, provocándole un leve mareo que la obligó a recordarse dónde estaba y quién era.

Pasó un rato más con Vicky hasta que la señora que estaba antes con ella, la Yayi, fue a buscarla para que se aseara y bajara al comedor.

—¿Se va? ¿No se queda a comer? —preguntó Sebastian a Eva cuando esta pasó por el despacho del conde a recoger sus cosas y despedirse de él.

—Sí, señor Rutherford. He quedado con Helena.

—¡Oh!, por favor, llámeme Sebastian.

—De acuerdo, Sebastian. Entonces, el lunes...

—Sí, el lunes acuda a la puerta del colegio de Vicky. Le mando la dirección por mensaje.

—No se preocupe. Iré con mi hermana. Solo recuerde avisar en el colegio de que la recoge una desconocida para ellos —sonrió.

—Descuide. —El conde se levantó para acercarse a despedirla—. Bien, entonces todo claro. El lunes me trae los papeles firmados.

—Buen fin de semana. Vicky, adiós, bonita —se despidió de la niña en español.

Sebastian la acompañó a la puerta principal frente a la que ya estaba su coche preparado. El chofer le entregó las llaves y Eva se giró de nuevo para despedirse otra vez del conde y de su hija que se había abrazado a la pierna del padre. Sebastian la separó y la hizo entrar en la casa, mientras él bajó los escalones en dos zancadas para alcanzar a Eva.

—Perdone, quería preguntarle sin que Vicky me escuchara —le dijo—, ¿qué tal con ella?, ¿y su español?

—¡Oh! —exclamó—, es una niña encantadora. Me ha contado un montón de cosas y solo en alguna ocasión le ha faltado la palabra que buscaba. Sinceramente, habla muy bien para su edad, quiero decir, como cualquier niña española de seis años.

—Me alegra escuchar esto. Como le dije, estos meses se ha negado a hablar excepto con sus abuelos españoles. Usted ya ha conseguido mucho en unas horas, Eva. Se lo agradezco.

—No tengo ningún mérito. Seguramente me relaciona con Sophie y eso hace que sienta mayor cercanía. No es lo mismo hablar con la tía soltera de su amiga que con una profesora del colegio, supongo.

—Sí, puede ser. Es una suerte que tenga a Sophie como amiga por lo que han pasado las dos y por la coincidencia de compartir idioma materno. Gracias. Nos vemos el lunes.

El trayecto hasta casa de Helena, al que Eva no estaba acostumbrada, se le hizo largo pero entretenido, ya que iba observando el paisaje como una turista curiosa que descubre la maravillosa Escocia por primera vez, aunque, en realidad, ya hubiera estado en varias ocasiones. La sensación era diferente a cuando visitaba a su hermana solo por unos días. La certeza de volver a los mismos sitios hizo que percibiera el paisaje de una forma diferente a como lo haría una turista apresurada. Quería sentirlo como su hogar.

A pesar de vivir cada una en un pueblo distinto, en direcciones opuestas desde Dundee, se sentían por fin cerca, después de tantos años separadas por miles de kilómetros, desde que Helena llegó a Escocia por un proyecto de investigación y se quedó al enamorarse de Duncan, un conde viudo con una hija pequeña. Eva tembló al descubrir las similitudes con su situación y haber llegado al mismo país a trabajar para un conde viudo con una niña pequeña, «igual» se dijo, y deseó que no se repitiera la historia; ella tenía claras sus prioridades, que no eran otras que ganar dinero durante unos meses mientras acababa su proyecto del máster de traducción para empezar a trabajar como intérprete lo antes posible. Además, el padre de Vicky echaba mucho de menos a su mujer y seguro que no tenía ninguna opción con él. Eva sacudió la cabeza y se reprendió por haber tenido semejante pensamiento fuera de lugar. Sebastian era su jefe y punto final. Aunque fuera guapo, elegante, atlético...

Sonrió al pensar en que era verdad que no estaba nada mal, y no era pecado reconocerlo, a pesar de esa nube gris que entristecía su mirada. Y su edad, que podía ser su padre, pensó. Se comportó con amabilidad, porque era una persona educada y porque ponía a su hija en sus manos; no iba a tratarla con antipatía. Dudó de que pudiera haber otro interés, y más cuando se acababan de conocer, pero no podía obviar que el conde era muy atractivo.

«Para ya, Eva», se riñó por seguir con ese absurdo bucle de pensamiento.

Cuarenta minutos después, llegaba a casa de Helena en Carnoustie. El último tramo lo hizo cerca de los acantilados que tanto le atraían, con el mar bravo golpeando contra las rocas. Antes de llegar hizo una llamada perdida para avisar y que las niñas, que ya llevaban un buen rato esperándola en el camino de entrada, no se impacientaran más. Para ellas la visita de su tía era una fiesta y estaban ansiosas por verla.

La tarde en familia se les pasó en un suspiro. Las dos niñas esperaban con los ingredientes listos para hacer tortitas con Eva, mientras Helena preparaba una ensalada y unas croquetas para el almuerzo. Cuando Duncan regresó de comer con sus padres, las encontró agotadas a causa de todos los juegos que Sophie se inventaba sobre la marcha.

—Cariño, es tu turno de ejercer de padre —gritó Helena desde el baño donde estaba con Zoe, la pequeña, al escuchar el saludo de su marido.

—Ya voy. Eva, ¿te quedas a pasar la noche con nosotros? —preguntó Duncan a su cuñada.

—Sí —gritó Sophie—, quédate, *porfa*.

—En realidad —intervinó Helena—, habíamos pensado en salir las dos, solas, si puedes quedarte con las niñas. No nos han dejado hablar ni un minuto. Ya le he preparado el cuarto de invitados para que duerma esta noche con nosotros.

—¿Y quedarme yo solo con las dos princesitas? ¡Planazo! —contestó Duncan con entusiasmo—. Haremos fiesta de pijamas y veremos una peli comiendo palomitas. ¿Quién se apunta?

Las dos niñas gritaron como locas alrededor de su padre y Helena miró a su hermana sonriendo, satisfecha. Eva sintió una oleada de felicidad, quizá con algo de envidia, al ver la familia que Helena había creado y lo bien que se llevaba con su marido.

Capítulo 4

LA NOCHE ESCOCESA

«Si algo es igual en todos los pubs es el ambiente cerrado y el ruido de fondo de la gente», pensó Eva al entrar a uno de los bares del centro de Dundee. Helena y ella se veían obligadas a hablar a gritos y bromeaban con que iban a perder la voz de seguir así.

Se habían sentado junto a la ventana en una de las pocas mesas que quedaban libres. La mayoría de hombres estaba al fondo, de pie, viendo un partido de fútbol entre Escocia y España, por lo que las hermanas trataron de ocultar su origen al ver que el equipo español goleaba al local.

Eva se levantó para ir al baño, al otro lado del pub, sin darse cuenta de que el partido estaba a punto de terminar y de que los hombres, que tan quietos estaban ensimismados mirando a la pantalla, se movían en masa hacia la barra o la calle cuando ella salió. Tuvo que esforzarse por hacerse hueco entre tantas personas que gritaban contra los españoles.

—¡Ug! —exclamó con dolor al recibir un buen pisotón.

—Vaya, disculpa. No te he visto —contestó, elevando la voz, el chico que la acababa de pisar al echarse hacia atrás—. ¿Te he hecho daño?

—Un poco, pero no te preocupes. No es nada.

Levantó la mirada hacia él y su cara de agobio la hizo reír.

—Vale, si te ríes es que no es para tanto —gritó acercándose a su oreja para hacerse oír y un aroma fresco a azahar, a pesar del ambiente pegajoso del local, invadió las fosas nasales de Eva.

—Sí, eso te he dicho. Gracias, si me puedes dejar pasar —le apremió—, me están esperando. Por favor —sonrió.

—Claro, disculpa. Pasa.

El chico, que no se había dado cuenta de que le impedía el paso, se echó a un lado para dejarle espacio y ella respondió con otra sonrisa que lo dejó flotando. Eva se alejó con su imagen en la retina, porque algo que no supo identificar la había llamado la atención, y no solo lo guapo que le pareció.

—¡Qué follón hay aquí, Helena!

—Si quieres nos vamos ya.

—¿Tú vienes a este sitio a menudo?

—Nooo, ¡qué va! —se rio—. He oído hablar de este pub a mis alumnos y pensé que aquí encontrarías gente más de tu edad. No te vas a pasar el trimestre con nosotros, las niñas y con el cincuentón de tu jefe.

«Así que era eso», pensó Eva. Todo el empeño por salir de su hermana, aún sabiendo que no le apetecía nada, era por ella. Helena siempre se había comportado un poco como una madre y eso le daba rabia cuando eran pequeñas. Los ocho años que las separaban Helena se los tomaba como si tuviera derecho sobre su hermana menor y a menudo la reprendía, más incluso que su madre. Sin embargo, al hacerse adultas, esa diferencia se quedó en una cifra anecdótica y empezaron a congeniar. En realidad, para Eva era más fácil sincerarse con ella y pedirle consejo, que hacerlo con su madre a la que su adolescencia le pilló ya mayor y sin ganas.

—Pues no me has presentado a ninguno, ¿o es que les da vergüenza ver aquí a su profe? —ironizó Eva.

—No he visto a nadie conocido. Tendré que preguntar a mi cuñada Emily y a Rodrigo. Ahora que lo pienso, podrías salir con ellos algún día. No sé cómo no se me ha ocurrido antes. Da igual —añadió con un gesto de la mano como si sacudiera al aire—, ya organizaremos algo con ellos. Hay tiempo.

Salieron a las frías calles de Dundee en busca del coche, que estaba aparcado muy cerca, para volver a casa. Helena subió la primera y por eso no vio al chico del pisotón con el que Eva habló mientras su hermana sacaba el coche.

—¿Ya te vas? —preguntó él.

—Sí, estamos cansadas y nos hemos agobiado ahí dentro con tanta gente —le contestó observando sus facciones a la luz de la farola. Confirmó que era guapo y que su voz cálida le acariciaba los oídos.

—Nosotros vamos a otro sitio ahora con mejor ambiente. A este pub solo venimos cuando hay fútbol. Me ha parecido raro ver a alguien como tú ahí dentro.

—¿Cómo yo? ¿Qué quieres decir?

—Nada, no te ofendas. Solo que suele llenarse de tíos para ver partidos.

—¿Qué pasa? ¿Que no me puede gustar el fútbol? —saltó ofendida a pesar de que realmente lo aborrecía tanto como el comentario algo machista del chico.

—Claro que sí. Perdona, ha sonado fatal. Soy Kenneth —dijo sonriente y extendiendo la mano hacia ella.

A Eva le sorprendió ese cambio abrupto. No obstante, le devolvió el saludo al darle la mano que le tendía, al mismo tiempo que Helena daba toques en la ventanilla para llamar su atención.

—Yo soy Eva.

—Encantado. ¿No os apetece seguir un poco más?

—No, nos vamos. Gracias.

—¡Ya voy! —gritó a sus amigos que le llamaban por detrás de ella—. Bueno, pues ya nos veremos. Si vuelves por esta zona, ve al The Monkeys. Tal vez nos encontremos de nuevo.

—Gracias. Lo tendré en cuenta. Que lo paséis bien.

Entró al coche y vio cómo Kenneth caminaba casi en paralelo a ellas que llevaban la misma dirección, hasta que lo sobrepasaron. Unos segundos que le permitieron a Eva apreciarlo mejor. Era un chico alto, con el pelo rubio oscuro y los vaqueros le sentaban muy bien. Más o menos como a ella le gustaban.

—Mírala ella —exclamó Helena—, si te ha dado tiempo a ligar y todo. ¿Quién era? No he podido verle la cara. ¿Es guapo?

—No te embales que si es por ti me casas mañana con él —rio—. Solo es un tío con el que me he chocado al salir del baño y me ha pisado. Me lo he encontrado en la calle y me estaba pidiendo disculpas otra vez. Kenneth creo que se llama.

—Es posible. Es un nombre muy común en Escocia. Conocerás a más de uno con ese nombre, seguro.

En unos treinta minutos llegaron a casa, cerca de los acantilados y junto al castillo de Duncan, que explotaban como hotel con encanto, además de como salón de eventos. Cada vez que Eva visitaba a su hermana le decía que si alguna vez se casaba, cosa poco probable, le gustaría hacerlo en ese castillo.

La casa de Helena era tan acogedora que a Eva le encantaba dormir allí. La habitación de invitados daba hacia el mar y, aunque quedaba algo lejos, si abría la ventana podía escuchar el rugido de las olas al levantarse. Menos ese día. Todavía no se había despertado cuando dos niñas saltaron sobre ella en la cama. Eva gruñó sin acordarse dónde estaba, víctima aún del sueño que

le provocó la cerveza de la noche anterior.

—Tíííííaaaa, levanta, levanta, levanta —gritaron a coro.

Eva se dio la vuelta con la almohada en las manos y las atrapó bajo ella haciéndolas reír.

—Perdona, Eva —escuchó la voz de su hermana que entraba apresurada en la habitación—.

Las he retenido todo lo que he podido para dejarte dormir, pero quieren desayunar contigo.

—No te preocupes, Helena. Ya es hora. Bajo enseguida.

Se duchó veloz para no hacer esperar más a sus sobrinas, a las que se encontró sentadas en el pasillo, contando en español e inglés, para echarle en cara lo tardona que era. Al verlas, las retó a hacer una carrera hasta la cocina.

—¡Vamos! ¿Qué hacéis aquí que no estáis ayudando?

—Si ya lo hemos hecho todo —protestó Sophie—. Solo faltabas tú.

—La última recoge la mesa —gritó Eva y echó a correr.

Al llegar a la escalera dejó pasar a Sophie y cogió a Zoe de la mano, aún demasiado pequeña para correr escaleras abajo, y la soltó antes de llegar a la cocina para dejarse ganar.

—Hemos preparado un *brunch* para que desayunes y comas todo en uno —anunció Duncan al verla—, me ha dicho Helena que te vas enseguida.

—Sí, tengo que arreglar la casa y preparar cosas. Ayer me vine con las maletas casi sin deshacer.

—No te vayas —rogó Sophie.

—Sí, cariño. Debo irme. Te prometo que pasaremos muchos fines de semana juntas. Además, el lunes te veré en el colegio cuando vaya a recoger a Vicky.

—¡Es verdad! ¿Y podré quedarme alguna tarde con vosotras? Mamá dice que vas a hablar español con ella y yo también sé.

—Claro, cariño. Si vuestros padres os dejan.

—No te agobies con Sebastian, es un buen tipo —comentó Duncan cuando ya estaban acabando de comer—. Ha sufrido mucho, primero con su ex y luego al perder a Victoria. Imagínate, lidiar con el cuidado de una niña y la enorme tristeza que sentía. Estaba muy enamorado de ella. Aunque mi caso no fue en absoluto igual —añadió—, empatizo con él mejor que nadie y ese sentimiento nos ha unido. Antes éramos más que conocidos pero tampoco tan amigos como ahora. Y no solo porque las niñas sean amigas también, ya sabes.

—Lo entiendo. No te preocupes. —Eva acompañó su respuesta con un suave apretón en el brazo de su cuñado.

—Irá todo bien. Con paciencia, sobre todo con Vicky. Le está costando abrirse. Ojalá congeniéis.

—Gracias, Duncan. Lo tengo en cuenta.

Aunque sus palabras iban destinadas a tranquilizarla, Eva se sintió inquieta. Fue rumiando la conversación durante el viaje de vuelta, sin fijarse ni en el paisaje, ni en nada más que en sus pensamientos entre los que predominaba una pregunta: «¿Dónde me estoy metiendo?».

Capítulo 5

TARTAS, TÉ Y LIBROS

«¿Es suficiente una semana para acostumbrarte a una casa?», se preguntaba Eva mientras barría las hojas que el viento de la noche había arrastrado hasta el porche. Dejó la escoba en su sitio, se subió la cremallera de la chaqueta y cerró la puerta trasera para dirigirse al sendero del río, y empezar la mañana haciendo ejercicio.

No era la única que aprovechaba las primeras horas del día para correr siguiendo el río Tay. Después de seis días haciendo lo mismo cada mañana, las personas con las que se cruzaba empezaban a saludarla. El primer día la miraron extrañados, luego elevaban un poco la barbilla a modo de saludo. Poco a poco se acostumbraban a verla correr bajo los árboles de la ribera. De vez en cuando Eva le quitaba el sonido a sus auriculares con el fin de escuchar el agua correr, los pájaros cantar y el viento al bailar con las hojas de los árboles. El frío de septiembre le sonrojaba el rostro y le abría los pulmones llenándola de energía.

Se sentó delante de la casa rememorando todo lo ocurrido durante esa primera semana.

Recordó el primer día cuando, tras ducharse después del paseo, quiso empezar a trabajar en el escritorio que encontró junto al ventanal. A pesar del entorno y la facilidad para estudiar, pronto sintió una soledad enorme y como que estaba fuera de lugar. Decidió ir al pueblo a comprar comida y tomarse un café para luego regresar y continuar trabajando hasta que tuviera que recoger a Vicky. Sus planes se truncaron en cuanto puso un pie en la tetería que descubrió el día que llegó al pueblo.

El aroma a azahar y anís la embobaron durante unos segundos al abrir la puerta del local. El día de su llegada estaba tan nerviosa que no reparó en los detalles del que ya sabía que iba a convertirse en su lugar preferido del pueblo. En vez de un mostrador largo lleno de tartas y dulces, la dueña utilizaba un mueble de comedor con vitrina, dando la sensación de que estabas en la cocina de la abuela. Junto a ella, en un aparador pegado a la pared, estaba la máquina de café y los hervidores de agua para el té con todo lo necesario para prepararlo. A la derecha una puerta daba a la pequeña cocina de la tetería.

Al otro lado, varias mesas sin ningún orden concreto, con diferentes formas y asientos de todo tipo, desde sillones hasta un sofá o sillas, ocupaban todo el espacio. La calidez del sitio la completaban la chimenea de la esquina y la estantería repleta de libros en la pared del fondo, a cuyo lado podía ver una puerta de cristal que daba a un jardín abierto a los clientes en verano.

—Siéntate dónde quieras y enseguida te llevo un té. ¿Quieres el de esta semana? —se dirigió a Eva una chica pelirroja que tendría más o menos su edad.

—¿El de esta semana? —preguntó.

—Sí, mira —dijo señalando a una pizarra colgada en la pared—, cada semana elijo un té especial. Pero puedes pedir otro. Te preparo lo que quieras.

—Bien, gracias. El de la semana está bien. Y una tarta de fresas silvestres.

—Enseguida te lo llevo. Te va a encantar. Por cierto, me llamo Eleanor aunque todos me llaman Leslie.

—Eva —contestó estrechándole la mano.

A los cinco minutos, Leslie apoyó la bandeja que llevaba y la vació en la mesa que Eva había elegido junto a la ventana.

—Aquí tienes, la infusión de esta semana se llama final de verano y lleva canela, jengibre, cúrcuma, boabad y naranja. Te he traído agua y unas galletas que he horneado esta mañana para que las pruebes.

—¡Oh! Gracias —exclamó Eva con el entusiasmo que manifestaban sus tripas haciendo de coro. Su propio sonido la ruborizó.

—Come tranquila —rio Leslie—. Por cierto, ¿eres la que ocupa la casa del conde?

Eva se sonrojó más aún.

—Sí, trabajo para él.

—Ya, con la peque, ¿verdad? No te agobies que este pueblo es tan pequeño que todo se sabe. Tu acento es raro.

—Vengo de Londres. Trabajaba como profesora de español allí.

—Ah, claro. Se nota ese deje londinense. Bien, si quieres algo, por aquí estaré. Mucha gente viene a trabajar, a veces pienso que debería haber montado un *coworking* —sonrió de nuevo—. Ahí tienes la clave de wifi por si la necesitas —añadió señalando el menú, antes de volverse hacia la cocina.

Eva se sintió acogida. El desparpajo de Leslie y que no la hubiera tratado como a una intrusa, le caldeó el corazón. Además del lugar, que se asemejaba a la sala de estar de una casa. No iba preparada para trabajar, pero al menos llevaba la *tablet* y pudo adelantar algunas tareas atrasando el momento de volver a la casa que, por preciosa que fuera, resultaba demasiado grande y solitaria para ella.

Dos horas más tarde, fue corriendo a la tienda de alimentación con el tiempo justo de prepararse algo de comer y subirse al coche para recoger a Vicky a las cuatro en el colegio, a las afueras de Dundee. El primer día no podía llegar tarde.

Helena ya estaba allí cuando llegó. Ver a su hermana la tranquilizó mucho y ella fue la encargada de presentarla a otras madres y algún padre de los que ya estaban junto a la puerta conversando.

Vicky le dio un abrazo alrededor de las piernas que sorprendió y enterneció a Eva durante unos segundos. La magia se rompió cuando la niña dijo a sus compañeras una frase que dejó heladas a las dos hermanas:

—Va a ser mi nueva mami —. Y girando la cara hacia Eva, apretó el abrazo.

—¿De dónde habrá sacado eso? —preguntó Helena preocupada a su hermana cuando se dirigían hacia los coches—. Sebastian temía que te rechazara. Pero esto..., ha sido muy raro.

—No sé... ¿Se lo contarías a su padre? Apenas he hablado con él y me impone mucho.

—Sí, ya sé —rio Helena—, entre lo guapo que es y lo serio, corta bastante. A mí me pasaba también. No sé qué decirte, peque.

—Vicky me ha puesto muy nerviosa. Hablaré con ella de camino a su casa. No puede ir diciéndolo primero que se le ocurre sin venir a cuento —se lamentó.

Se despidieron con un abrazo y cada una subió a su coche.

Durante el trayecto no quiso abordarla con ese tema, al fin y al cabo era el primer día cuidando de ella y lo que menos quería Eva era estropearlo nada más empezar. Aparte de su sobrina Sophie, no había conocido a nadie que perdiera a su madre tan pronto y le costaba hacerse a la idea de los sentimientos que, por otra parte, eran muy personales. Así como Sophie tuvo una madre que se ocupaba poco de ella, la de Vicky estaba totalmente volcada en su hija, lo que suponía un duelo totalmente distinto para cada una.

Se dio cuenta de que llevaba demasiado tiempo en silencio, enfrascada en sus pensamientos, con la niña sentada a su lado en el coche y decidió que debía hablar con ella.

—¿Cómo ha ido el cole?

Justo la pregunta que, según había leído, nunca se debía de hacer a un niño. Los psicólogos aconsejaban formular preguntas más concretas. Sin embargo, quizá por la necesidad que tenía Vicky de hablar con un adulto que no fuera su padre, empezó a contarle una a una las clases que tuvo desde primera hora de la mañana hasta la última, lo que dio pie a Eva a hacer otras preguntas. Sin duda la chiquilla era habladora, no sabía si por los nervios de la novedad o sería de las que no callaban ni bajo el agua. Pronto lo descubriría.

El resto de la semana pasó igual, por la mañana iba a la tetería del pueblo a trabajar, por la tarde a la mansión de la familia Rutherford con Vicky. Le daba la clase de español, la vigilaba mientras hacía sus tareas y jugaban hasta que llegaba su padre antes de cenar. A Eva le impresionaba su porte duro y mirada triste que cambiaba en un segundo cuando su hija corría a abrazarlo. Era como si todo su cansancio y pesadumbre de lo que fuera que le pasara durante la jornada laboral, se la sacudiera de un plumazo con solo verla. Eva pensaba que debía de ser precioso tener ese efecto en alguna persona y que fuera recíproco, como les pasaba a ellos.

Una persona como, quizá, la que llevaba días pensando en ella y recreando el rostro de Eva cada noche antes de dormir, aunque ella aún no lo supiera.

Mientras corría ese sábado por la mañana, iba repasando todo lo vivido los días anteriores. En cuanto regresara a casa quería escribir todo lo que se le iba ocurriendo que podía mejorar, tanto para ayudar a Vicky como para su propia vida en Escocia. Ese fin de semana, Helena y su familia tenían un compromiso familiar en Stirling y no iba a quedar con ellos. Dos días enteros para ella sola que quería aprovechar bien.

Se duchó, se preparó un té de castañas, cardamomo y calabaza que le compró a Leslie; el *tréscés*, lo llamaba y le dijo que era de lo mejor para caldear el cuerpo tras el ejercicio. Eva no lo puso en cuestión y solo por su sabor dulzón y el calor interior que se añadía al del agua de la ducha sobre su piel, era suficiente razón para tomarlo.

En su agenda se hizo un calendario con los horarios de Vicky y los suyos propios, que consistían en hacer ejercicio temprano, trabajar en la tetería o en casa, y visitar la biblioteca de Dundee una vez hubiera buceado en la de Sebastian Rutherford, que parecía repleta de conocimiento. El conde le había dado permiso para usarla cuando quisiera. Le contó que en el antiguo castillo habían tenido una de las bibliotecas más completas de Escocia, y a ella acudían estudiosos y eruditos de todas las islas británicas. Rescataron solo un tercio tras la destrucción del edificio original, y la completaron con libros actuales, creando una sala de consulta de acceso libre para los vecinos, en el castillo que se reconstruyó después. Pero el conde se resistía a tener todo en el otro edificio por lo que creó la suya propia en la casa, con sus libros preferidos. Para asombro de Eva, lo que él llamaba *sus* libros preferidos eran miles de ejemplares que él ponía a disposición de ella por ser trabajadora de la familia. Un espacio de calma rodeada de libros en los que podía consultar algunas de las obras que pensaba incluir en su proyecto.

Sebastian estaba feliz, aunque aún cauteloso, con lo bien que le había sentado a Vicky la presencia de Eva. Además, la chica le gustaba porque era disciplinada, divertida y amaba los libros tanto o más que él. Cuando su terapeuta y algunos amigos le recomendaron que buscara a alguien que ayudara a Vicky, su temor era meter a una extraña en su hogar. No le gustaba la idea de que su hija se educara con alguien ajeno y le fastidiaba no poder pasar más tiempo con ella. Los primeros meses redujo su jornada laboral para no dejarla con niñeras y, aunque agradeció el tiempo juntos y estaba seguro de que a Vicky le ayudó su compañía y no sentirse doblemente abandonada, pasaba la tarde agobiado por los asuntos que dejaba de atender en sus negocios y

porque realmente no sabía cómo tratar a su hija. Él también estaba triste y lo único que le apetecía era abrazarse a Vicky para llorar juntos. Por eso el trabajo era un escape a su duelo. Además, la cháchara constante de Vicky y su energía infantil lo agotaban.

En verano la cosa empeoró y sentía que la relación se podía deteriorar si no ponía remedio.

El dolor que sentía por la pérdida lo rompía por dentro. A veces notaba una especie de enfado por lo injusta que la vida estaba siendo con ellos, otras veces era la tristeza que le corroía las entrañas, al ser consciente de que nunca más vería ni tocaría a su bella esposa, a su compañera, a la única mujer que lo había hecho feliz. El tremendo vacío que dejó Victoria solo su hija podía llenarlo. Por eso, que Vicky pudiera distanciarse de su madre por influencia de una extraña, le hacía tener pesadillas.

Sus temores se fueron aplacando al conocer a Eva. Que viniera recomendada era un punto a favor, sin embargo, que fuera familia de Helena lo ponía algo nervioso por si la mujer de su amigo quería aprovechar la oferta de trabajo para tener cerca a su hermana, pero no ser realmente la persona que necesitaba. No era plato de buen gusto rechazar a la hermana de una amiga. Sin embargo, la primera semana todo fue sobre ruedas. Sobre todo, estaba orgulloso de su hija que se estaba adaptando con facilidad. Que Eva le pidiera usar su preciada biblioteca, como hizo Victoria, le hizo especial ilusión y le dio permiso para ir incluso fuera de su horario laboral.

—Papi, ¿nos vamos? Hoy estaré sola en la clase de equitación, Sophie se ha ido fuera —dijo Vicky sacándolo de sus pensamientos.

—Vaya, podemos preguntar si puedo cabalgar contigo, ¿quieres?

—Síííí, ¿te dejarán?

—Supongo que no habrá problema. Me cambio y nos vamos, cariño.

La sonrisa en la cara de su hija valía millones; una sonrisa que le recordaba demasiado a la de Victoria y que, aun así, le llenaba de alegría. No había mejor forma de empezar el sábado.

Capítulo 6

CUANDO PALPITA EL CORAZÓN

Dejó las bolsas en el maletero después de haber paseado por el centro comercial de la ciudad. A punto de abrir la puerta para subirse al coche, sus tripas le recordaron que no había tomado nada en toda la mañana, y decidió buscar algún sitio cerca para comer antes de volver a casa y disfrutar un poco más de Dundee, una ciudad que le resultaba muy acogedora, sobre todo en el otoño que comenzaba.

Se sentó al fondo en la única mesa libre que había en lo que se asemejaba a un bistró francés. En la vitrina de la barra había pequeños bocadillos variados, quiches, pastel de carne y de verduras, tartas de diferentes sabores, sandwiches y ensaladas. Escogió una de salmón y queso con rúcula y frutos secos que la camarera le llevó enseguida junto a una botella de agua. Como a Eva no le gustaba comer sola en sitios públicos, abrió su dispositivo de lectura y se enfrascó en la novela que leía para que le acompañara durante su almuerzo.

—¿Eva?

Sorprendida al escuchar su nombre en un lugar en el que suponía que nadie la conocía, levantó la mirada y se encontró con los mismos ojos almendrados que descubrió el sábado anterior en el pub, al que acudió con su hermana.

—Hola, Kenneth, ¿verdad?

—Sí. Te acuerdas —contestó el chico con una sonrisa de agradecimiento—. ¿Está buena? —añadió señalando a la ensalada—. Normalmente no como aquí y dudo qué pedir.

—Si te soy sincera..., está muy buena. Pero es lo único que he probado de este sitio, no puedo comparar con lo demás.

—Muy astuta —respondió él—. Voy a ver qué más tienen. Me alegro de verte de nuevo.

Kenneth se alejó con el corazón palpitando más rápido de lo habitual. Desde que la vio al entrar cuando buscaba mesa para comer, notó cómo se le aceleraba y su mente comenzó a darle razones por las que no molestarla: no te conoce, para qué vas a decirle nada, déjala con sus cosas, seguro que no se acuerda de ti... Pero el recuerdo que conservaba de ella del sábado anterior le bombardeaba a diario. Esa semana se había quedado en Dundee en casa de su madre y cada vez que salía a la calle, en su cabeza se formaba una imagen en la que se la volvía a encontrar. Y estaba sucediendo, «¿por qué no hablarle?». Kenneth era de la opinión de que mejor deshacerse de la idea que su imaginación había creado, y conocer a la verdadera persona por si no era como pensaba. Y así iba a hacer con Eva. Si no le gustaba lo que veía, dejaría de pensar en ella.

Pero le gustó.

La mirada, el gesto que ponía al estar enfrascada en su lectura, la melena morena por debajo de los hombros y cómo se quitaba un mechón rebelde empeñado en caer delante de sus ojos, molestándola para leer. Le gustó también su voz cuando habló con ella, con ese acento londinense tan característico, y la manera de mirarle tímida pero segura, sin dejarse intimidar por un extraño que se acerca a saludar.

La imagen que se había formado en su cabeza no tenía nada que envidiar a la Eva que observaba por el rabillo del ojo, desde la mesa en la que él estaba comiendo la misma ensalada que ella y que estaba realmente buena. ¿Por qué nunca había acudido a ese café, a pesar de estar

tan cerca de la tienda de su madre?, ¿por qué justamente había ido ese día?

El local estaba lleno de fotos antiguas del río y las calles adyacentes de cuando no era más que un pueblo dependiente del condado. Las imágenes, que eran unas en blanco y negro y otras en color sepia, le daban al café un aspecto sombrío por la parte más interior, en contraste con la luz que llegaba del exterior a través de un ventanal que daba a la calle. En la pared, al otro lado del mostrador, un enorme espejo, de lado a lado, permitía a Kenneth mirar con disimulo a Eva. En un instante en el que ella levantó la cabeza de su libro, cruzaron sus miradas a través del espejo y le sonrió. El chico se sintió azorado y volvió la cara al sentirse pillado. Acabó su consumición y salió del local a recoger a su madre en la tienda de objetos de decoración de la que era dueña.

A Eva le pareció divertida la situación. El chico rubio casi pelirrojo que la pisó en el pub, se mostraba tímido con ella y eso le hizo gracia. Estaba acostumbrada a los tíos como su ex, Simon, más lanzados y con la actitud de que las mujeres están en el mundo para satisfacerlos. Se tomó un café como era su costumbre en España y se fue a su casa, con la intención de pasar la noche del sábado viendo una película. Aunque Helena le dio el contacto de su cuñada Emily por si quería salir, en realidad prefería quedarse tranquila y disfrutar de la preciosa casa. Pensó en encender la chimenea y prepararse una cena especial para celebrar su primer fin de semana sola en Escocia.

Cuando se metió en el coche le pareció ver a Kenneth dentro de una tienda con un enorme ramo de flores blancas y azules en la mano. Eva pensó que era un detalle precioso, de los que ya se daban poco, y envidió a la novia de Kenneth. Simon jamás tuvo una sola sorpresa con ella.

—Tío, ¿otra vez quieres cambiar de sitio? Estás muy pesado. Desde que vives en Edimburgo te has vuelto muy raro —bromeó Edwin.

—Raritos vosotros que solo queréis ir a un bar en toda la noche —contestó Kenneth ocultando el verdadero motivo del interés en cambiar de local. No la encontraba en ninguno y le extrañaba que no hubiera salido un sábado por la noche. Se arrepentía por no haberse atrevido a preguntarle directamente si tenía planes, aunque podía haberle mandado a paseo. Por alguna extraña razón le atraía la chica morena de Londres que no tenía nada que ver con las mujeres con las que había salido hasta entonces. Le gustaría verla antes de volverse a Edimburgo y seguir con su doctorado. Algo le decía que si regresaba sin verla, probablemente no habría más oportunidades si ella estaba de paso en la ciudad.

—¿Vuelves el próximo fin de semana? —preguntó Edwin cuando ya regresaban a sus casas—. Hay fiesta en la universidad por el comienzo de curso y tocará *The Primary 5*.

—¿En serio? Ya tardabas en decírmelo, tío.

—No sé, como no te gusta venir a Dundee, que te has hecho de la capital —bromeó—, pensé que pasarías. ¿Ya no estás con la tía esa del año pasado? No te veíamos el pelo por su culpa.

—Qué va, hace meses que no la veo. Duró poco.

—Venga, enróllate y vente a la fiesta. Va a molar, seguro. Además, habrá que conocer a las nuevas, ¿no?

—Tú siempre igual —se rio Kenneth—, pareces desesperado.

—Y tú un sieso. —Edwin recibió una colleja de su amigo.

—Te llamo. Esta semana tengo bastante trabajo.

—No te hagas de rogar, tío. A tu madre le darás una alegría —insistía Edwin—. Siempre puedes traerte el trabajo a casa. Hace tres años que no vamos todos juntos a la fiesta.

—Vale, pesado. Me lo pienso.

Cuando el domingo se despidió de su madre, esta le dijo que volviera pronto que lo necesitaba para unas gestiones, pero no le quiso contar más.

Kenneth pensó que tantas casualidades podrían ser señales de..., lo que fuera, y subió al coche con el convencimiento de que el viernes siguiente haría el trayecto contrario. Su corazón bombeó más deprisa en cuanto tomó la decisión como cuando sabemos que algo va a pasar, pero desconocemos qué. Recordó una de las conversaciones que tuvo con su padre de pequeño cuando salían de excursión los dos solos.

—Si sientes que te vibra el corazón, es por ahí. Cuando razón y corazón se contradigan, escucha los latidos, dónde se acelera más, y te marcarán el camino.

«Y predicó con el ejemplo», pensó sacudiendo los pensamientos sobre su padre antes de reconocer que lo echaba mucho de menos.

Capítulo 7

PRIMAVERA EN OTOÑO

La semana pasó como la primera, sin contratiempos, aclimatándose al entorno y al frío que cada día aumentaba con un otoño que corría hacia el invierno, al menos como lo conocía Eva. Muchas mañanas lloviznaba. La primera vez que amaneció lloviendo se quedó en casa y no salió a caminar. Cuando se lo contó a Helena por la tarde, las carcajadas de su hermana se escucharon hasta en Madrid.

—Como dejes de salir por la lluvia, peque, te veo encerrada en casa hasta que tengas que volverte a España—rio Helena.

Eva lo entendió a la perfección. Así era Escocia y le daba la bienvenida de la mejor forma que sabía: lloviendo. Los demás días se vistió siguiendo los consejos de su hermana, y no dejó de hacer ejercicio porque estuviera nublado o cayeran unas gotas. Pronto se dio cuenta de la belleza del paisaje que cambiaba según el día. Si había algo de sol después de una jornada de lluvia, los colores brillaban y se volvían más intensos; si hacía viento, una alfombra de hojas ocres, verdes y marrones se extendía ante sus pies; si la mañana comenzaba con niebla, la forma de los árboles desaparecía ante sus ojos.

No había dos días iguales.

Y eso la fascinaba.

En la tetería hablaba con Leslie a diario, quien enseguida le contó los cotilleos del pueblo entre degustación de tartas y té.

—Me incomoda que me miren tanto —se sinceró Eva con ella.

—No le des importancia. Se aburren. No tienen nada qué hacer y se distraen inventando historias. —Leslie dejó una porción de tarta de frambuesas junto a un té de jengibre, canela y limón—. Prueba esta receta de mi abuela. Es de mis favoritas.

—¿Qué historias se inventan? —A Eva le dio curiosidad el comentario de su nueva amiga.

—Nada, ya sabes. —Le quitaba importancia con un gesto de la mano.

—No, no sé. ¿De mí?

—¿Te sorprende? Eres la nueva —rio Leslie—. La vida de los demás ya se la saben.

—Uf, no me gusta eso. ¿Y qué dicen?

Leslie dudaba si decirle algo. Ya había metido la pata con su comentario y no se le ocurría cómo librarse. Decidió que era mejor decir la verdad.

—Mira, te lo digo para que estés preparada si escuchas algo y te molesta. La gente dice... —Leslie miró a un lado y a otro antes de bajar la voz para seguir—, que estás con el conde.

Eva expulsó el té que acababa de beber ante la sorpresa.

—¿Quéééé? Si apenas lo veo.

—Ya, si yo lo sé. Pero ellas no. Solo saben que pasas las tardes enteras en su casa.

—¿Dicen lo mismo de su secretaria Fiona o del resto del personal que trabaja en su casa? ¿A qué no?

—Ya te he dicho que no hagas caso. Que digan lo que quieran. Se olvidarán de ti en cuanto haya otra novedad. El invierno es largo por aquí...

La conversación la dejó pensativa e incómoda. Al llegar esa tarde a la mansión Rutherford con Vicky de la mano, el corazón le bombeaba de una manera nueva que interpretó como nervios. La

mala suerte quiso que el conde acabara de llegar y ella, que no se lo esperaba, se quedó petrificada al verlo con su atractivo porte. El traje de chaqueta, seguramente confeccionado a medida, le quedaba como un guante y le daba un toque varonil que a Eva le hizo temblar.

—¿Cómo ha ido el día, princesa? —saludó a su hija, que enseguida lo rodeó con sus pequeños brazos.

—Súper —contestó Vicky zafándose de su padre—. Me voy a la cocina, tengo hambre.

—¿Es que solo sabes decir súper? Ven y cuéntame algo más —se quejó Sebastian mientras ella se alejaba—. Vaya generación. No puedo con ella.

—Eva, ¿vienes? —gritó Vicky.

—Hola, señor Rutherford —balbuceó Eva dispuesta a seguir a la niña y alejarse del efecto embriagador de su jefe.

—Sebastian, puedes llamarme Sebastian como te dije —le pidió con una voz que ella sintió seductora, aunque probablemente solo fuera su interpretación.

—Sí, sí, es verdad —concedió sin atreverse a repetir su nombre—. Disculpe, Vicky me espera.

—Vé, claro. Solo dime cómo va. Parece que está contenta.

—Sí, señor..., digo Sebastian. Es una niña muy lista que aprende rapidísimo.

—Lo es. Me alegro de que la ayudes. Gracias.

—¡Oh! Con ella es fácil. Bueno..., si me disculpas.

—Claro.

Eva se fue a la cocina donde ya tenía esperando una humeante taza de té preparado por Maggie, a quien Vicky llamaba Yayi, y que trabajaba como cocinera y cuidadora de la niña. La acompañó mientras merendaba y luego juntas subieron al cuarto de juegos para que hiciera sus trabajos del colegio. Acabadas las tareas, como cada día, dedicaron un rato a leer en español y luego comentarlo. Era la manera que Eva había elegido para irle explicando palabras y costumbres de su país. Por suerte, el conde tenía una biblioteca bien nutrida, también de libros en español, aunque por la edad de Vicky comenzó con los cuentos que le regalaba su familia española.

Al finalizar su jornada laboral, cuando Vicky ya estaba bañada y preparada para cenar con su padre, Sebastian sorprendió una vez más a Eva con otra sugerencia, que provocó la resurrección de sus nervios agarrados en la boca del estómago.

—Eva, he pensado que yo también podría aprender español. Sería un detalle con mi hija y con mis suegros. Lo básico. ¿Podrías darme clases?

—¿Yo? No soy profesora, además, lo básico me consta que ya lo domina.

—Por favor, tutéame, me sentiré más cómodo.

Eva sabía que el conde podía comunicarse con frases simples y un vocabulario corto pero suficiente. Su cabeza cortocircuitó al pensar en estar con él a solas en una sala, cerca uno del otro, dándole clases. Le imponía demasiado y estaba segura de que se quedaría bloqueada con su sola presencia como le estaba pasando en ese instante. ¿Sería que le *ponía* el conde? Cuánto más hacía por borrar esa idea de su cabeza, más se resistía a irse.

—Se me ocurre una cosa —improvisó Eva ante la cara expectante de Sebastian—. Como hablas mejor de lo que me quieres hacer creer, podemos organizar un pequeño club de lectura en español. Elegimos una novela sencilla y me vas preguntando lo que no entiendas. He visto que hay buena literatura en la biblioteca.

—Sí, mi mujer era adicta a la lectura. En cada viaje traía unos cuantos o los pedía *online*. Una locura. Le regalé un dispositivo de lectura que no usaba porque prefería el papel. Menos mal que en esta casa hay sitio.

Sonrió al contarle para alegría de Eva que siempre que lo escuchaba hablar de Victoria se paralizaba por dentro de la pena que le daba. Sus miedos a no saber cómo reaccionar hacían que precisamente no reaccionara de ninguna manera, lo cual, a menudo, era peor.

—Tenía buen gusto, sin duda.

—O un gusto parecido al tuyo —bromeó Sebastian y Eva se ruborizó. —Bien, me parece bien. Un club de lectura de dos. Original.

—Si quieres podemos invitar a más gente y hacer alguna tertulia.

—No es mala idea, en principio. Pero, no me malinterpretes, no a cualquier persona. La gente del pueblo me tiene respeto, demasiado para mi gusto, y no sé si querrían sumarse. Porque gente que hable español, aparte de Helena, Duncan, su hermana y su cuñado, no se me ocurre nadie.

—Bueno, solo era una sugerencia.

Eva abrió la puerta y una ola de frío otoñal llegó hasta ellos provocándole un escalofrío.

—Deberás venir más abrigada, el tiempo aquí es muy cambiante.

—Ya me he dado cuenta —sonrió—. Tengo el abrigo en el coche. Buenas noches.

—Hasta mañana. Ve con cuidado.

Eva se sintió conmovida con esa frase y algo inquieta. ¿Era paternalista o cariñosa? Quizá la decía por costumbre a todo el mundo. Suspiró antes de arrancar el motor y sintió una calidez interior que la hizo olvidarse del frío otoño.

Lo peor de este trabajo era volver a casa con tanta oscuridad aunque no fueran más de las siete o siete y media, según el día. Conducir de noche por caminos que aún no conocía, aunque el trayecto fuera corto, y llegar con todo a oscuras, le daba escalofríos. Debía de acostumbrarse a dejar la luz exterior de la puerta principal encendida. Sí, eso haría a partir del día siguiente. Y una luz de ambiente en el salón para que al entrar no le diera miedo también. Si Sebastian le llamaba la atención por el gasto, le diría de pagarlo ella, pero no iba a ceder.

No fue hasta la mañana siguiente que, con la luz del día, se dio cuenta de que alguien había arreglado el jardín. «Menos mal», pensó y agradeció mentalmente al conde. Al volver de su caminata matutina, Helena la llamó.

—Cariño, ¿tienes planes para el fin de semana?

—Helena, ¿tú qué crees? —rio haciéndose la ofendida—. ¿Qué me propones? ¿Reunión familiar?

—No, no. Al revés. Lo que quiero es que conozcas gente. Insisto en que si solo me ves a mí, a Vicky y a Sebastian cada día, acabarás frustrada. —Eva pensó que lo que Sebastian le provocaba no era frustración pero se calló—. Este fin de semana se celebra la fiesta de principio de curso en la universidad y creo que deberías ir. No conmigo, que mis alumnos ya me ven como un vejstorio. Emily y Rodrigo acudirán. Puedes ir con ellos.

—¿De sujeta velas? No, no, ni hablar.

El aroma del café inundó la cocina. Eva lo vertió en la taza que humeaba, se acercó para olerlo y llenarse de la calidez que le regalaba, le añadió un poco de leche y se lo llevó al sofá mientras sujetaba el teléfono acercando el hombro a la oreja.

—Llevan tanto tiempo juntos que no tendrás vela que sujetar —rio Helena—, además, van con más gente. Hay un concierto de un grupo de los que gustan ahora, cómo se llama..., *The Primary* algo.

—*Five. The Primary 5.*

—¿Los conoces?

—Claro. Me sorprende que toquen en una fiesta universitaria.

—Eva, te tengo que dejar. Se me acaba el descanso y tengo una reunión. Dime algo para que

se lo confirme a Rodrigo. Ten un buen día, peque.

—Sí, me lo pienso. Gracias. Pero no te preocupes tanto por mí; estoy bien —rio—. Te quiero, Helena.

Sebastian Rutherford se levantaba temprano cada mañana para hacer ejercicio con su entrenador personal en una pequeña sala habilitada como gimnasio. Pocas veces salía a correr, pues prefería la comodidad de su casa y estar pendiente de si Vicky se levantaba antes de tiempo. Tras la ducha, iba a despertarla para desayunar con ella. Podría delegar en Maggie y así llegar antes a la oficina, pero desde que Victoria les dejó, se prometió estar el máximo de tiempo posible con ella. Las tardes eran diferentes porque, además del trabajo, dedicarse a las tareas escolares y, sobre todo, practicar español, le costaba más. La psicóloga le aconsejó separarse de ella y no estar tan encima de la niña hasta el punto de que sintiera rechazo hacía él. Era mejor que lo echara un poquito de menos y tuviera su propio espacio. Gracias a Helena había encontrado a la mejor persona para hacer ese trabajo. No solo Eva y Vicky se llevaban a las mil maravillas y se entendían bien, sino que veía cómo su hija aprendía y reflejaba una alegría como hacía tiempo no tenía. Aunque esa mañana se quedó fastidiado porque su gran temor, que regresó a su mente, de que Vicky olvidara a su madre cuando la niña le habló de Eva en unos términos que lo preocuparon. Y no solo por ese motivo. Todo ocurrió cuando la llevó al colegio.

—Papi —llamó su atención cuando estaban llegando al centro escolar después de que le contara la actividad de ciencias que hicieron el día anterior—, ¿por qué Eva no vive con nosotros?

—Porque ella tiene su casa, cariño, como Sophie la suya. Cada uno vive en su propio hogar —le dijo en tono neutro para que no notara su sorpresa.

—No, Maggie vive con nosotros y mamá también cuando estaba.

—Claro, pero ellas son familia. Aunque Maggie no sea familia de verdad, es como si lo fuera. Ya vivía en esta casa cuando yo era pequeño, ya lo sabes.

—Pues cástate con Eva y así seremos familia.

Sebastian se quedó de piedra. No pudo añadir nada más porque ya estaban frente a la puerta del centro escolar y Vicky salió corriendo después de dar un beso a su padre. Pasó un rato hasta que decidió arrancar el coche durante el que notó calidez en su interior, un pellizco que le hizo darse cuenta de que nunca hasta ese momento había mirado a Eva como una mujer. Era cierto que le pareció guapa cuando la conoció y que sus intereses y carácter le habían gustado, pero todo lo relegó a algún lugar recóndito, pendiente como estaba de que fuera la persona idónea para ocuparse de su hija. Nunca había pensado en que otra mujer pudiera despertar en él los sentimientos que tuvo por Victoria, desde que solo se preocupaba de su niña.

El siguiente pensamiento que le abrumó más aún fue el de pensar que Vicky hubiera olvidado a su madre y buscara una sustituta. Él aún amaba a Victoria, la echaba muchísimo de menos. Le dolía sobremanera que Vicky hubiera dejado de querer a su madre, si es que eso podía llegar a ocurrir.

No dejaba de darle vueltas al asunto que lo tuvo preocupado toda la mañana. A mediodía decidió escribir un mensaje a Eva:

—Esta tarde te la doy libre. Acabaré antes de trabajar para recoger a Vicky y pasar más rato con ella.

—Estupendo. Se va a llevar una alegría enorme. Llámame si me necesitas. Hasta el lunes.

Sebastian leyó varias veces el mensaje. No supo interpretar si Eva se había molestado o no. En teoría debería estar contenta: iba a cobrar lo mismo sin trabajar. Le quitó importancia cuando empezó a darse cuenta de que quizá le importaba más a él que a ella. Se había acostumbrado a

que estuviera en casa cuando llegaba de trabajar y el ambiente hogareño con Vicky lo reconfortaba. Pero no, estaba loco si pensaba que ella... Era mucho más joven que él y además, no tenía ningún interés en una relación. Amaba a Victoria y aún le dolía su ausencia; un dolor que no tenía intención de quitarse porque le hacía sentirse más cerca de ella. Que Vicky necesitara una madre, como le habían insinuado algunos, no era razón suficiente para buscar novia tan pronto. Pensó que el roce hace el cariño, como había escuchado tantas veces a su abuela, por lo que lo mejor era tener el mínimo contacto con Eva. Además, aunque estuviera con esos pensamientos se daba cuenta que no despertaba en él la atracción que una vez tuvo por Victoria. La veía más como a una hija, sobre todo por la edad. Mejor sería no tentar a la suerte y tener el mínimo roce posible.

Capítulo 8

EL CONCIERTO

Emily y Rodrigo recogieron a Eva a las seis de la tarde para ir a cenar antes del concierto. Con reticencias, accedió a quedarse a dormir en su piso de Dundee para no tener que conducir después de la fiesta. La zona universitaria estaba a tope de gente, algunos de los cuales ya habían empezado a beber en los pubs desde el mediodía. A Eva le agobiaba la muchedumbre, pero al ser una fiesta al aire libre se mentalizó de que iba a aguantar. Enseguida llegaron los amigos de Emily y Rodrigo y se sintió un poco menos molestia para la pareja.

Emily le presentó a Fergus, Anne, Malcom, Brit, Lucas y Andrea, esta última, española también, trabajaba en el equipo de investigación de Rodrigo y Helena en la universidad. Por afinidad, Eva y ella entablaron conversación enseguida.

Tomaron unas hamburguesas para cenar antes de buscar un buen sitio desde donde ver el concierto que comenzaría dos horas más tarde.

Eva tenía la costumbre de asegurarse con la mirada de la ubicación de las salidas en los recintos en los que se congregaba tanta gente, así como los baños, desde que unos años atrás unas chicas perdieran la vida por una estampida en una discoteca de Madrid. En cuanto eligieron sitio, ella inició un recorrido visual para memorizar hacia donde ir en caso de necesitarlo.

No llegó a hacer el recorrido entero, pues su mirada se quedó clavada en un chico casi pelirrojo que empezaba a ser familiar, vestido con vaqueros y cazadora de cuero negra, que la miraba a su vez. El intercambio de sonrisas fue el saludo que se dieron. Kenneth supo en ese momento que todas las señales que recibía para regresar ese fin de semana a Dundee, tenían una razón: volver a verla. Eva sintió que su corazón daba un vuelco. Había pensado varias veces en él, pero sin darle mayor importancia hasta que lo vio en ese momento y notó una brisa cálida en su pecho.

—¿Lo conoces? —preguntó Andrea, la única que se dio cuenta, ya que el resto del grupo miraba hacia el escenario.

—No mucho. Nos conocimos en un pub hace dos semanas, nada más. ¿Te suena de la universidad?

—Para nada. Creo que no lo he visto nunca. A ver... —Andrea miró hacia él por encima del hombro de Eva.

—Tía, que se va a dar cuenta —se quejó.

—Te voy a decir dos cosas, Eva. Una es que nunca lo había visto antes; me acordaría porque es un bombón. Y la otra es que está cada vez más cerca, y más... Ya lo tienes aquí. Me quedo cerca por si es un maniaco sexual —rio echándose a un lado.

—No esperaba verte aquí —dijo Kenneth como saludo sin acercarse demasiado.

—¿Cómo dices? Con este jaleo no te escucho bien.

Las palabras de Eva lo obligaron a dar un paso hacia ella y percibir un ligero olor a lavanda que probablemente vendría de su pelo.

—Digo que no esperaba verte aquí —alzó la voz—. Hola, por cierto

—Hola. ¿Y por qué? —Eva se ponía de puntillas para poder hablarle y que la escuchara. Se dio cuenta de lo cerca que tenía su cuello y se ruborizó. Menos mal que la oscuridad la cubría.

—Me dijiste que no te gustaban los lugares concurridos —se alegró al ver que ella sonreía

complacida por haberse acordado de ese detalle.

Rodrigo se acercó a ellos para avisar a Eva de que el grupo se había adelantado un poco y de paso ver con quién hablaba. A pesar de ser una mujer adulta, Helena le había pedido que estuviera pendiente de su hermana.

—Eva, estamos ahí delante. ¿Vienes?

—Claro. Rodrigo, este es Kenneth.

Hizo las presentaciones y los chicos se miraron uno al otro para asegurarse de que no se conocían.

—Hola. ¿Eres de aquí? —preguntó Rodrigo.

—Sí. Nací en Dundee, pero vivo en Edimburgo desde que me fui a estudiar.

—Claro, por eso quizá no me suena tu cara. Yo vivo en Dundee desde hace unos pocos años. Soy español.

Al decir esto, la cara de Kenneth cambió. Miró a Eva, que no supo cómo reaccionar ante lo que fuera que le hubiera incomodado. Fue algo extraño a lo que no quiso darle importancia.

—Ahora voy, Rodrigo. Gracias.

Lo vio alejarse hacía los demás fijándose bien para no perderse antes de despedirse de Kenneth.

A mitad de concierto, se volvieron a encontrar.

Kenneth había convencido a sus amigos para cambiar de zona y poder acercarse a Eva a quien observaba con curiosidad. Le mosqueó que el amigo fuera español y solo deseaba que no tuviera nada que ver con él, y mucho más que ella también lo fuera. Lo deshechó enseguida porque su acento era claramente londinense. Claro que allí vivía gente de todas partes, y si... Ya se enteraría si volvían a coincidir. Sacudió esos pensamientos cuando su amigo le increpó.

—Tío, estás atontado. ¿Estás escuchando?

—Sí, ya sé lo que me vas a decir, ¡esos acordes! —E hizo el amago de tocar una guitarra inexistente—. Son lo más.

—¿Te acuerdas de cuando nos juntábamos para tocar? Desde que te fuiste a Edimburgo hemos dejado de lado muchas cosas —gritó a la oreja de Kenneth tratando de que su voz atravesara la música que atronaba en sus oídos.

Ken curvó los labios con un gesto de disculpa y volvió a tocar esa guitarra imaginaria a la vez que lo hacía el guitarrista en el escenario. Sus amigos se unieron a él con un bajo y una batería invisibles. Un corro se formó a su alrededor cantando la canción acompañándolos como si fueran los del verdadero grupo y, como ellos, se llevaron los aplausos de la gente. El grupo se tomó un descanso y la música sonaba algo más baja permitiendo que los asistentes pudieran hablar.

—Tocas bien.

Kenneth se giró de golpe al escuchar la voz de Eva y la timidez de nuevo se apoderó de él.

—¿Me has visto? Gracias. Estábamos de risas. Ellos sí que tocan bien —dijo señalando al escenario.

—En serio, ¿sabes tocar? ¿Estás en un grupo?

—Tuvimos uno mis amigos y yo cuando vivía aquí.

Eva casi lo tira de un empujón por culpa de la gente que iba y venía de las barras dispuestas a los lados del recinto, a dónde iban a consumir.

—Perdona.

—Ya, me la debías de la otra noche —rio Kenneth.

—Vale, estamos en paz —le siguió ella la broma—. ¿Quieres decir que no vives en Dundee? —retomó la conversación.

—Mi familia sí, yo estoy haciendo el doctorado en Edimburgo. Vengo de vez en cuando.

«¡Qué casualidad que le vea cada vez que viene!», pensó Eva.

—Ah, estás aquí. Toma tu cerveza. —Andrea volvía de la barra con dos consumiciones y se unió a la pareja movida por la curiosidad de saber quién era ese chico tan guapo, que no había visto antes por el entorno universitario en el que se movía ella.

Eva los presentó y se quedaron hablando los tres, hasta que el resto del grupo regresó justo cuando empezaba de nuevo el concierto.

Kenneth hizo las presentaciones con su grupo y todos juntos siguieron la fiesta horas después de que el concierto terminara.

El ritmo de la música los hacía moverse e, inevitablemente, rozarse. Eva sentía un cosquilleo cada vez que notaba cerca a Kenneth y más aún cuando se le acercaba para comentarle algo al oído. Su cuerpo fornido le atraía, los ojos almendrados de color avellana y la sonrisa tímida pero sincera, eran detalles que iba sumando a la imagen primera que se hizo de él. Le gustaba que la tratara con amabilidad y esa pizca de cautela que tienen las personas tímidas.

—¿Cómo has venido? ¿Puedo acercarte a casa? —se ofreció Kenneth cuando la música cesó y todos los asistentes a la fiesta se dirigían hacia el parking, para regresar a sus casas o seguir la fiesta en otro lugar.

—Gracias, no hace falta. Duermo en casa de Rodrigo y Emily. Nos vamos ya.

Kenneth respiró al darse cuenta de que Rodrigo, que la había estado vigilando toda la noche, ya tenía pareja, y se sintió frustrado al recibir una negativa después de lo que le había costado decidirse a preguntarle.

Se despidieron con dos besos y las ganas aparcadas de haber seguido hablando un poco más.

«Quizá en otra ocasión», se dijo Eva que no se atrevió a preguntarle nada más. Aún le escocía pensar en un hombre que la tocara porque inevitablemente pensaba en Simon y, con sus planes de estar solo unos meses en Escocia, lo último en lo que pensaba era en liarse con alguien. Quería curarse las heridas.

Kenneth, por su parte, decidió que no había nada de malo en visitar a su madre con más frecuencia y, si el destino así lo quería, volver a ver a Eva. No fue consciente hasta que llegó a su casa y se miró en el espejo, de la sonrisa que se le había instalado en la cara.

—Me suena ese chico, pero no lo ubico —comentó Emily en el coche.

—Quizá de verlo por la calle, ¿no crees? —dedujo Rodrigo—. Los dos os habéis criado en Dundee.

—Ya, pero no sé. Es como si hubiera estado con él en algún sitio. Si lo conozco, ya me acordaré.

—Tampoco sé mucho más —añadió Eva—, solo lo he visto dos veces. Tres con esta noche.

«¿Y me gustaría que fueran más?», se cuestionó a sí misma y sus labios dibujaron una sonrisa que nadie vio.

Capítulo 9

EL CLUB DE LECTURA

La música de *El carnaval de los animales*, de Camille Saint-Saëns, recibió a Sebastian cuando entró en su casa. Curioso, se acercó a la biblioteca sin hacer ruido tras despojarse del abrigo y la cartera, que dejó con sumo cuidado junto al perchero. La puerta estaba entornada y pudo ver a Eva sentada en uno de los amplios sillones, descalza, con las piernas cruzadas a lo indio y la cabeza gacha inmersa en un libro.

Abrió más la puerta para indicarle que había llegado sin asustarla. Eva sintió su presencia y se giró.

—Oh. Disculpa. —Se levantó enseguida azorada porque la hubiera pillado en esa postura, demasiado familiar para estar en casa ajena.

—Perdona tú, no quería asustarte. Ya te dije que puedes hacer uso de la biblioteca cuando quieras.

—Gracias —contestó escueta mientras miraba el móvil para quitar la música.

—Déjalo si quieres, Saint-Saëns es uno de mis compositores preferidos. En este mueble — señaló hacia su derecha acercándose más a Eva— tienes toda la música que quieras.

Abrió la puerta dejando a la vista una enorme colección de cedés de todo tipo.

—Es maravillosa, pero... —Eva rio coqueta mostrándole el móvil— ya no hace falta con esto. Tengo todo aquí.

—Es verdad. Se me olvida que eres de otra generación. Para mí es todo un ritual en mis ratos de lectura o recogimiento —se sinceró Sebastian—. Elegir qué quiero escuchar, sacarlo de su funda, ponerlo en el reproductor y acomodarme en uno de los sofás con una bebida y un buen libro. Por cierto, ¿qué estabas leyendo?

—Nada en concreto. —Eva volvió a la realidad tras haber imaginado la escena que relataba el conde Rutherford como si fuera ella la que vivía ese momento de relax—. En realidad, escogía el libro con el que empezar nuestro peculiar club de lectura en español. ¿Vamos a contar con más asistentes?

—Vaya, lo siento. No he preguntado a nadie. Como no sea Duncan, como te dije, ahora mismo no sé quién más habla algo de español —dijo Sebastian pensativo acariciándose su angulosa barbilla.

—No pasa nada. Empezamos nosotros. Tienes una buena selección de literatura en español.

—Sí, como te dije, Victoria amaba leer por encima de cualquier cosa —recordó.

Eva se sentó en uno de los sillones desde donde cogió los libros que tenía en la mesa de centro. Sebastian ocupó el de al lado.

—Dime cuál te apetece más de estos que he dejado aquí. He escogido los que considero más sencillos de leer. Tenemos: *Amnesia*, de Ocasar. La he leído y es una novela policíaca con suspense y lenguaje sencillo. —Eva le pasó el libro a Sebastian para que leyera la sinopsis—. Además, está escrita en presente de indicativo y tiene mucho vocabulario, que yo recuerde, de ropa, cuerpo y lugares. Puede estar bien.

—Tiene buena pinta.

—Sí. A ver, me ha hecho ilusión encontrar el de *Manolito Gafotas* de Elvira Lindo que leí de adolescente. Es juvenil y creo que, si te apetece, podemos leerla con Vicky. Es una historia sencilla, las peripecias de un niño que vive en un barrio obrero de Madrid, por eso tiene un lenguaje más coloquial. Divertida, sin duda...

Eva le acercó el libro a Sebastian, mientras seguía con su selección.

—En mis estudios universitarios siempre aconsejaban este para los estudiantes de español, no sé si será de tu interés —dijo mostrándole *Como agua para chocolate* de Laura Esquivel—. La película me encantó. Es una novela romántica, no sé si te gustaría eso, pero el lenguaje es sencillo y la recomiendan para estudiantes de los primeros niveles.

Sebastian la miró con una sonrisa triste en los labios.

—Era de las preferidas de Victoria. Creo que la leyó varias veces.

—En ese caso, quizá prefieras otra —comentó Eva que no quería remover sus recuerdos—. Esta es totalmente distinta y va de libros.

Elevó la última novela para que la viera y se la entregó.

—*La sombra del viento*, de Ruiz Zafón, muy famosa. Tiene intriga, suspense y quizá sea para más nivel pero puedes intentarlo. Estoy aquí para ayudarte con lo que no entiendas.

—Buena selección; les echaré un vistazo esta noche y mañana te contesto. Y ahora —dijo apoyando las manos en las rodillas para levantarse—, creo que deberías irte, ¿no? Tu horario de trabajo hace tiempo que terminó, no quiero ser un jefe explotador —sonrió—. Por cierto, nos hemos puesto a hablar y no he visto aún a Vicky.

—Estaba con Maggie en el baño. Debe de estar a punto de bajar. Sí, será mejor que me marche; es tarde. Nos vemos mañana.

Eva rumiaba en su cabeza lo ocurrido al final de la tarde mientras conducía de camino a su casa. Apenas eran cinco minutos de trayecto, pero necesitaba el coche para recoger a Vicky del colegio, lo que hacía necesario cogerlo cada día y, así, se evitaba caminar con la oscuridad de la noche al regresar. La conversación con el conde fue de lo más amena y cordial. Seguía pensando que era un hombre muy atractivo y que tenía una presencia que intimidaba, con un halo de autoridad y carisma, que no autoritario, porque sus maneras eran cordiales aunque distantes. Podría ser el resultado de una buena educación o de haber creado una barrera entre su mundo exterior y el interior. Imaginaba que Victoria debió de ser de las pocas personas a las que dejó atravesar esa barrera, pues incluso Duncan le dijo que se conocían de toda la vida y se consideraban amigos pero nunca habían intimado.

Aparcó frente a la fachada principal de su casa y salió del coche impregnándose del aroma de las jacarandas, que estaban en todo su esplendor a comienzos de octubre. Encendió la chimenea en cuanto entró y dejó puesta la tele, antes de subir a cambiarse de ropa y prepararse para cenar en el sofá viendo una serie.

Le gustaban esos momentos de soledad, con la luz tenue y con la libertad de hacer lo que se le antojase, como cenar arrebujada en el sofá bajo una manta sin que nadie le increpara por si caían migas. «¿Qué libro elegirá el conde?», pensó justo antes de que se le cerraran los ojos y se dejara llevar por un placentero sueño en el que mezcló a Manolito, con Tita, Daniel y el resto de personajes de las novelas de las que había hablado con Sebastian.

Que dos días después le anunciara que la elegida era *Manolito Gafotas* y que la leerían con Vicky la tranquilizó por no tener que compartir tiempo a solas con él, y se preguntó si el verdadero motivo de su decisión era precisamente ese. ¿Le perturbaba su presencia? Quiso creer que no. Se alegró también por Vicky, ya que así pasaría más tiempo con su padre y seguro que el libro sería divertido para ella. Después, pensó, podrían ver la película juntos en español. Los

viernes fue el día elegido para las reuniones del club al que solo se podía acceder con las invitaciones que dibujó Vicky, que parecía la más emocionada de los tres.

A la primera reunión, esa misma semana, acudió Sophie que se apuntó en cuanto Vicky le contó la idea. Maggie preparó pastas de té y bollos de canela que llevó, junto a un servicio de té y zumos, al cuarto de juegos y allí, alrededor de una mesa redonda demasiado baja para la envergadura del conde, comenzaron la charla literaria.

Eva puso deberes a todos los asistentes para cuando acabaran de leer la novela: crear un mapa de Madrid tal y como se lo imaginaran, dibujar a Manolito y a su familia, hacer una lista de las palabras que habían aprendido, describir las costumbres... Sophie sugirió hacer un teatro al final haciendo que la cara del conde se volviera blanca del susto.

—Como sigas yéndote tan tarde voy a tener que pagarte horas extra —exclamó Sebastian sonriendo cuando Eva se puso el abrigo para regresar a su casa.

—El club no entra en mi trabajo, lo hago con mucho gusto —le recordó ella—. Estas niñas son muy listas.

Sophie, que se quedaba a dormir, la abrazó cariñosa.

—Pórtate bien, So.

—¿Vendrás mañana a los caballos y a comer? —quiso saber su sobrina.

Helena la había invitado a pasar el sábado con ellos, pero Eva lo rechazó. Otro día con la familia Rutherford siendo su empleada, no le parecía bien.

—No, cariño. Mañana iré a Perth. Si estoy siempre con vosotras nunca conoceré Escocia —se excusó—. Pasadlo bien y acordaos de leer, pero no repitáis las travesuras de Manolito, que os conozco.

—Dios nos libre —exclamó el conde haciendo cosquillas a su hija que ya estaba poniendo cara de pilla—. Perth bien merece una visita aunque eso suponga que no vengas a comer mañana. Espero que, en la próxima ocasión, puedas estar —dijo Sebastian para sorpresa de Eva—. A las niñas les encantará.

Y con esa última frase se desinfló el globo que se le había creado a Eva en la boca del estómago.

Capítulo 10

NOCHE DE HALLOWEEN EN ESCOCIA

Octubre pasaba lánguido por la rutina que Eva seguía con pulcritud. Los caminos alrededor del río iban tomando un tono marrón gracias a las hojas caídas de los árboles; la escarcha de la mañana y la niebla con la que amanecieron algunos días, impregnaban el ambiente de un otoño de postal que pocas veces había vivido en su país natal.

Respirar el aire puro cuando salía a hacer ejercicio al amanecer le daba energía para el resto de la jornada. Trabajar por las tardes le permitía no tener que salir en la oscuridad. A menudo desayunaba sentada en la isla de la cocina mirando hacia el río Tay a la espera de que la luz le indicara que era el momento de salir. Llevaba casi dos meses allí y no se cansaba del entorno tan idílico que le había regalado la vida.

Como casi todas las mañanas, fue a la tetería de Leslie a trabajar. Solía acudir tres días a la semana y los otros dos iba a la biblioteca de Dundee. La chica le guardaba la mesa con más luz para que Eva pudiera leer y escribir en su ordenador.

—Estrenamos infusión —anunció alegre Leslie en cuanto Eva se sentó—. A ver si te gusta. Es muy otoñal. Prueba antes de decirte qué es.

Eva, muy obediente, dio un sorbo al té tras mantener la taza un rato entre sus manos y calentarlas.

—Mmm, es cítrico, ¿verdad?

—Bien. Vas aprendiendo —rio.

—Con la mejor maestra, desde luego que acabaré sabiendo. Cuando regrese a España me dedicaré a la cata de infusiones —bromeó y volvió a beber.

—¿Puede tener algo de manzana?

—¡Qué lista! En teoría no debería de llevar, pero me sobraba del mes pasado y he hecho la prueba, ¿Te gusta?

—Me encanta. Ahora dime qué es.

—Fácil —dijo sentándose al otro lado de la mesa—. Me tomo cinco minutos de descanso. Mira, es un rooibos con cúrcuma y limón. Y como has notado, un pellizco de manzana. Muy otoñal. Me parece que la combinación de la manzana y la hierba de limón le dan un toque dulce y refrescante, ¿verdad?, mientras que la cúrcuma que apenas se nota, aporta muchos beneficios para la salud y es ideal para mantener el cuerpo calentito en días como el de hoy, que ya hace frío.

—Sí que hace, sí. Pero tú, al frío deberías de estar más acostumbrado que yo —señaló Eva.

—Creo que nunca me acostumbraré. Con gusto me iría a vivir a una de vuestras playas.

—Las próximas vacaciones de verano nos vamos juntas a España.

Eva lo decía de corazón. Leslie se había convertido en una buena amiga, la mejor en Escocia después de su hermana Helena.

—Se acabó mi descanso —dijo Leslie levantándose—, te he traído bizcocho de zanahoria para acompañar al té. ¡Ah! —se giró de pronto otra vez hacia Eva que se quedó a punto de morder el bizcocho—. Este fin de semana es la fiesta de Halloween. ¿Te apuntas? He quedado con unos amigos en Dundee y sería genial que vinieras.

—¿Hay que disfrazarse?

—Claro. De hecho —añadió alzando la barbilla con un gesto altivo que no le pegaba nada—, dicen que la fiesta de Halloween se originó en los festivales celtas de la cosecha, así que en Escocia lo celebramos por todo lo alto. —Se agachó sonriente hacia Eva—. No sé si eso es cierto, pero me da igual, es un orgullo para mí. En Escocia tenemos un montón de tradiciones y supersticiones heredadas. Verás como la ciudad se transforma con la decoración de las casas embrujadas, festivales y todo eso. Te gustará. ¿Te he convencido?

Las dos rieron.

—Eres casi tan convincente como Vicky, que me ha liado para que la lleve al Centro de Ciencias de Dundee. Por lo visto hay un montón de actividades para niños estos días.

—Sí, es una pasada. Hay cosas de esas interactivas y talleres temáticos. A los críos les encanta. Lo pasaréis muy bien. Pero no me cambies de tema, ¿vendrás el sábado?

—Solo si me ayudas con el disfraz.

—Hecho. Vas a flipar.

Y se fue sonriente a seguir trabajando.

El sábado amaneció nublado. Eva comprobó enseguida la previsión del tiempo porque no le apetecía nada mojarse en la fiesta de Halloween, si la idea era ir disfrazados por la calle. Pensó para sí misma que quizá estaba buscando excusas para no acudir y enfrentarse a conocer a más gente. Le daba una pereza infinita sobre todo cuando veía la chimenea, la manta y un libro esperándola sobre el sofá.

Leslie interrumpió sus pensamientos al llamar a la puerta. Habían quedado para comer y disfrazarse juntas. A Eva le sorprendió que, nada más abrirle, entró directa hacia la mesa de la cocina como si conociera la casa.

—Dejo todo esto aquí y después te enseño lo que he traído para vestirnos. Imagino que no te habrás traído ningún disfraz desde Londres —rio—. Y esto, para comer.

Abrió una de las bolsas en la que llevaba porciones de quiche y de varias tartas de la tetería.

—¡Genial! Gracias. Pero antes mi ensalada para compensar todo eso, que solo de mirarlo engorda —dijo Eva mientras metía los *tupper* en la nevera—. Leslie, ¿puedo preguntarte algo?

—Por supuesto. ¡Dispara! Y que no sea los ingredientes de mi tarta de manzana porque son secretos.

—No, en absoluto —rio por la ocurrencia. Era refrescante tener una amiga tan jovial—. Es que..., bueno, me ha parecido que ya conocías la casa. ¿Has estado aquí antes?

—Bueeeno, sí. Un par de veces —reconoció con las mejillas algo encendidas, o ¿sería por el fuego de la chimenea?—. Ya te contaré otro día, aquí nos conocemos todos. Venga, vamos a hacer la ensalada. ¿Dónde pongo la mesa?

Eva se dio cuenta de que no quería que indagara con ese cambio de tema y lo dejó estar. En realidad tenía razón, en un pueblo tan pequeño era más que probable que hubiera entrado en casi todas las viviendas.

Una hora después de comer, tras descansar un rato en el sofá, Leslie sacó lo que había traído para los disfraces. Se probaron todo entre risas, se maquillaron y, poco antes de las seis, dos brujas salían de casa de Eva, se metieron en su coche y se dirigieron a la ciudad donde habían quedado con los amigos del colegio de Leslie, aún desconocidos para Eva.

Con un poco de retraso llegaron al restaurante mexicano donde iban a cenar antes de unirse a las diferentes fiestas que había por la calle. Los amigos no reconocieron a Leslie hasta que esta no dio un grito lúgubre por la espalda de uno de ellos que, al girarse, se encontró con la mirada tímida de Eva. Ella notó un pellizco en la boca del estómago al reconocer, en los ojos

almendrados que la miraban a Kenneth, al que llamaba para sí misma el chico misterioso. Daba igual la pintura o la careta con la que se ocultara, lo reconocería por los ojos. Esa certeza la hizo sonreír y dudar de las razones por las que le estaba dando importancia.

—¡Leslie! ¡Por fin! —se levantaron todos y la fueron abrazando unos y besando, otros. Ella presentó a Eva a las tres chicas y los cuatro chicos que habían llegado antes que ellas.

—No me puedo creer que os conozcáis —exclamó Ken sonriente—. ¿Sabes que Leslie es mi mejor amiga de la infancia?

—¡No puede ser! —contestó Eva sorprendida.

—Venga ya —dijo Leslie—, ¿y vosotros de que os conoceis?

—Realmente —Kenneth miró a Eva sonriendo bajo la máscara de zombie que le cubría media cara—, de nada en concreto. Nos hemos chocado un par de veces, ¿verdad?

—Eso mismo —ratificó Eva.

—Venga, ¿a qué esperáis? Vamos al pasaje del terror —gritó uno de los amigos de Leslie.

Se unieron al grupo y a Eva le pareció que Leslie dibujaba tres palabras sin sonido dirigidas a Kenneth, un «luego te cuento» que la dejó intranquila. Aunque tampoco estaba segura de haber entendido eso, gracias a sus prácticas como intérprete le era más fácil leer en los labios, aunque no fuera su idioma materno. Dejó aparcado ese pensamiento para retomarlo en el viaje de vuelta a casa y preguntar a Leslie durante el trayecto. Tenía tiempo por delante para pensar cómo averiguar el sentido de esa frase sin molestarla por curiosa. Quizá solo era algo entre ellos que no querían que la «nueva» supiera. Esta última idea la dejó más tranquila.

Llegaron al túnel del terror al que accedieron en fila. Eva entró detrás de Kenneth para sentirse protegida, porque en realidad ella no quería vivir esa experiencia; no se atrevió a decir que no y mostrar sus miedos ante los amigos de Leslie, y tuvo que hacer de tripas corazón y desear que pasara cuanto antes. Sin duda, pensó, la espalda amplia y fuerte de Kenneth le serviría de parapeto.

Nada más empezar, Eva vio como un zombie lleno de sangre se abalanzó sobre ella y dio un grito de espanto que la paralizó. Kenneth se giró asustado y enseguida se dio cuenta de lo mal que lo estaba pasando Eva. Su cara era de angustia y los ojos comunicaban terror. Ya no había vuelta atrás pues estaba lleno de gente. Eva se sintió atrapada y al miedo se le unió una sensación de claustrofobia. Kenneth la abrazó levemente, le susurró que no tuviera miedo ya que él la protegía, y la cogió de la mano. Eva le agradeció el gesto y cuando pasaban por alguna zona más terrorífica, se agarraba del brazo del chico y se tragaba el grito para no pasar más vergüenza. El contacto le produjo un escalofrío diferente al del miedo, uno cálido que le provocaba un cosquilleo por el estómago. Entre el pánico y lo que fuera que la cercanía de Kenneth le transmitía, Eva se sentía como los juncos un día de viento: volátil y removida en todo su ser.

—¿Estás bien? —le preguntó al salir.

—Sí. Muchas gracias. Odio estos sitios —contestó Eva con una risa nerviosa.

—Se notaba —le dijo Kenneth tranquilizador—. Estaré cerca por si necesitas apretar otro brazo.

—¡Ay! qué vergüenza —exclamó Eva llevándose la mano libre a la boca—, espero no haberte hecho daño.

—Nada, tranquila —mintió Kenneth, al que no le extrañaría que al día siguiente aparecieran unos pequeños morados en su brazo.

Leslie se les acercó mirando con cara rara las manos aún cogidas de ellos, que al sentirse vistos reaccionaron y se soltaron. Eva notó cómo la mirada de Leslie hacia Kenneth era diferente y se preocupó. A ver si había algo entre ellos y su amiga iba a empezar a odiarla. Quiso

excusarse hablando de su miedo al túnel del terror pero no llegó a hacerlo. Un rápido cambio de actitud de Leslie le hizo dejar la conversación para más tarde. En ningún caso Eva pretendía meterse en medio de ninguna relación, si la había, y era muy consciente de que su tiempo en Escocia era temporal.

—Vamos al bar de Fred —anunció Leslie—. Hoy hay dos por uno.

Se cogió del brazo de Kenneth por la derecha y del de Eva por la izquierda y se unieron al grupo que iba unos pasos por delante de ellos. A Eva le maravillaba la decoración de Halloween con la que la mayoría de los vecinos habían engalanado las fachadas de los edificios; algunos incluso abrían sus puertas a los viandantes para mostrar la decoración del interior.

La puerta del bar al que iban estaba a reventar de gente tratando de entrar. El grupo se metió entre el gentío y a base de empujones lograron acceder al pub en el que no cabía ni un alfiler, con la incomodidad añadida de los complementos de los disfraces de algunos como cuchillos, guadañas y sombreros enormes. Eva se agobió y perdió de vista a los demás. Otra vez una mano que empezaba a ser conocida, la rescató. De nuevo una ola de sensaciones la invadió. Levantó la cara para encontrarse con los ojos almendrados de su salvador.

—No te separes de mí, por favor —le susurró al oído.

—No lo haré, tranquila.

Leslie se acercó a ellos con unas cervezas en la mano seguida de un chico que Eva no había visto nunca.

—Hola, Teo —saludó Kenneth y se lo presentó a Eva, a quien le llamó la atención la sonrisa exultante de Leslie.

—¿Qué tal, tío? Con ese disfraz no te habría reconocido si no es por Leslie —dijo guiñando un ojo a su amiga.

Hablaron a gritos unos minutos y se fueron de nuevo cogidos de la mano, no sin que antes Leslie lanzara una mirada de advertencia a Kenneth.

—Es el ex de Leslie —le aclaró—. La típica pareja que no puede estar junta y cuando están separados, se echan mucho de menos. Ahora él vive en Stirling y cuando viene a ver a su familia, Leslie desaparece, ya sabes.

—Anda, yo creía que tú y ella..., por cómo os mirais..., nada, déjalo —sonrió tímida ante la carcajada de Kenneth.

—¿Nosotros? No. Leslie ha sido y es mi mejor amiga desde la escuela infantil. Toda la vida. Creo que me conoce mejor que yo mismo. ¿No te hablo de mí, ni de Teo?

—No. Hablamos mucho, pero de otros temas. Del trabajo, de Escocia, de libros, de té..., cosas así —dijo Eva subiendo los hombros.

—Muy propio de ella. Nunca habla de nadie y mira que en la tetería se entera de todos los cotilleos de la gente del pueblo. Que sepas que a mí tampoco me contó que había conocido a una chica nueva.

—No es algo importante. Si te tuviera que poner al día de toda la gente que no es del pueblo que aparece por su local —exclamó Eva—, sería raro, ¿no?

—Sí, tienes razón.

Eva y Kenneth se fueron alejando del barullo para poder hablar mejor. Estaban cerca de la barra apoyados en la pared del fondo, en un hueco donde había menos gente, que se acumulaba en la zona de la entrada.

—Entonces, ¿vas mucho por la tetería?

—Sí, al menos tres días a la semana. Me llevo el ordenador y trabajo.

—¿Qué eres, de esos nómadas digitales que trabajan en cualquier lugar?

—Más o menos —rio—, estoy haciendo un trabajo de investigación para obtener el título de especialización de traductora e intérprete.

—Suenas interesante.

—Me encanta. ¿Y tú? ¿Qué haces?

—Un doctorado en la universidad de Edimburgo. Soy biólogo.

Eva sintió el cuerpo de Kenneth encima del suyo por el empujón que recibió de un grupo que trataba de hacerse hueco junto a ellos. Se quedaron aprisionados y la cercanía disparó las alarmas de Eva, que luchaba contra la atracción que sentía por Kenneth. Simon la dejó muy marcada y le costaba confiar en los hombres. Sin embargo, Kenneth le atraía de una manera nueva, como si una fuerza que nacía de su interior la empujara hacia él. Era algo más que atracción física.

Kenneth, que hacía tiempo que se había quitado la máscara, rozó la mejilla de Eva al acercarse a su oído y susurrarle una disculpa que le acarició la piel.

—Eres preciosa —añadió mirándola a los ojos, alentado por el impulso que daba el ambiente festivo y distendido—. Desde el primer choque que tuvimos no he dejado de pensar en ti.

A Eva estas palabras le ablandaron las piernas y un cosquilleo empezó a subirle por los muslos. Tuvo que cogerle por la cintura para evitar que los empujones ajenos aplastaran a Kenneth contra ella. Él aprovechó el movimiento para besarla en el cuello. Eva respondió poniendo la mano sobre la nuca de Ken invitándole a seguir. Bajó la mano hacia el mentón del chico levantándole la cabeza y buscando sus ojos. Le acarició la mejilla y bajó la mirada a sus labios golosos, como golosos le parecían a Kenneth los de ella. El pulgar de él acariciando suavemente el pómulo de Eva actuó como un interruptor que apagó todo lo que los rodeaba. La piel se le erizó receptiva. Ken, perdido en la profundidad de sus ojos verde avellana, oscurecidos por la tenue luz del local, observó con satisfacción la reacción que sus caricias produjeron en Eva y se acercó más. Por fin unieron sus labios con un acercamiento tímido, piel con piel, hasta que ambos abrieron sus bocas para recibirse el uno al otro.

Fue un primer beso pausado en el que cada uno se guardó su avidez. Mientras se exploraban con la lengua y con las manos, la música dejó de sonar para ellos y la gente desapareció. Solo eran conscientes de su sabor, de su tacto y de sus ganas.

Una explosión de sensaciones nuevas invadieron a Eva a la que nunca la habían besado así. No era apremiante ni posesivo. Un beso en el que se le permitía estar en él, fluir y dejarse ir. Un beso que le supo a acogida, a hogar y a placer. Un beso que la llevó a prados abiertos y luz solar, tan diferente a la oscuridad de puertas cerradas y cadenas que le hacía sentir Simon.

Otro empujón ajeno les hizo volver a la realidad del lugar en el que estaban. Una canción estridente martilleaba sus oídos y Kenneth le propuso salir fuera.

—Pero antes tengo que localizar a Leslie, que hemos venido juntas. Y esto está petado, no la veo —dijo poniéndose de puntillas y mirando hacia el fondo del pub.

—Mira.

Kenneth señaló hacia el lado contrario en el que estaban. Leslie y Teo se besaban con avidez.

—Yo te llevo, Eva. Le mandamos un mensaje a Leslie, no te preocupes.

—No, si el coche lo llevo yo. No quiero dejarla tirada.

Consiguieron salir del local y por fin Eva respiró tranquila.

—Para no gustarte las aglomeraciones, solo nos vemos en ellas —bromeó Ken—. ¿Tienes frío?

—Un poco —contestó abrochando el abrigo.

Con gusto él la hubiera abrazado en ese momento para darle calor, pero se contuvo. Había conseguido avanzar un poco en su acercamiento a la chica que lo tenía deslumbrado desde hacía

semanas, y no quería correr demasiado; no sin antes saber más de ella y conocer sus intenciones. Le daba miedo enamorarse de alguien que fuera a desaparecer de su vida y más estando cada uno en una ciudad diferente. Algo en su interior le impulsaba hacia ella.

—¿Quieres tomar algo en un sitio más tranquilo?

—Pero, ¿y Leslie?

—Ahí vienen; imagino que se han hartado de los empujones como nosotros —sonrió.

—Y la falta de aire —añadió Eva.

—Eh, estáis aquí —exclamó Leslie—. Os buscaba dentro. He salido para llamarte por teléfono, Eva. Siento dejarte sola, pero me quedo con Teo. Él me lleva a casa. ¿Te importa?

—En absoluto —sentenció—. Conozco el camino y no he bebido, así que tranquila. Mañana nos vemos.

—O el lunes; no sé si mañana trabajaré —dijo Leslie mirando de reojo a Teo.

—Venga, pareja —intervino Kenneth—, pasadlo bien. No te preocupes por Eva. Yo me ocupo.

—Me fío de ti, ya lo sabes Kenny. Mañana hablamos.

Eva se quedó con la sensación de que Leslie le advertía de algo a su amigo que no alcanzaba a entender. La misma sensación que tuvo Kenneth que notaba que Leslie le quería decir algo sin que Eva lo escuchara, pero ¿qué?

Capítulo 11

MERIENDA CON SORPRESA

—Cariño, debes de ir. Si fuera al revés, yo estaría deseando que vinieras.

—Mamá, no. Sabes que mi lealtad es contigo —contestó Kenneth a su madre.

—Si así lo piensas, yo te pido que vayas. Creo, cariño, que no nos ha ido tan mal juntos, y debes de asumir quién eres y la familia que tienes. Te he dicho miles de veces que no tienes que vivir como una víctima. Lo que pasó fue entre tu padre y yo.

—Ya, mamá, pero...

—Pero nada, hijo. Si alguien tiene derecho a estar dolida o enfadada soy yo y, mírame —dijo dando una vuelta sobre sí misma—, me siento muy bien y feliz de ver el hombre en el que te estás convirtiendo. Un hombre que sabe dónde tiene que estar y cuál es su papel y su familia. Te debes a ellos tanto como a mí, cielo. ¿Irás?

La pregunta se quedó sin respuesta detenida por el sonido de la puerta de la tienda. Una señora entró pidiendo adornos de Navidad.

—Señora Harris, viene usted pronto —señaló Amanda, la madre de Kenneth—. hasta dentro de una semana más o menos no me llegan; antes tenemos que quitar todo lo de Halloween.

—Hija, he visto que mi vecina ya ha empezado a decorar y me ha entrado la prisa.

—Un poco adelantada sí que va su vecina, tiene usted razón.

—Qué guapo está tu chico. Todo un hombre. Bien, ya volveré la semana que viene.

Kenneth, que se entretenía arreglando algunos centros de flores, fue a contestar a su madre cuando entró otra clienta. Amanda le hizo un gesto de paciencia y le dijo que ya hablarían en casa. Él salió a caminar un rato por la ribera del río donde se abre al mar y pensar en lo sucedido el fin de semana, incluida la conversación con su madre, mientras hacía tiempo a que llegara la hora de encontrarse con Eva, con quien había quedado a tomar un café antes de volverse a Edimburgo.

La noche anterior no fue a más. Una vez que Leslie desapareció con Teo, Kenneth llevó a Eva a un pub menos concurrido. Hablaron de cosas tan intrascendentes que, cuando se fue a dormir, no conseguía conciliar el sueño por culpa de todas las preguntas que se le quedaron sin resolver: ¿se había criado en Londres?, ¿por qué estaba haciendo su proyecto en Dundee?, ¿tenía familia?, ¿dónde vivía? Kenneth sentía que se habían dejado lo importante aunque no tenía ninguna prisa. Eva le gustaba mucho, la observaba con cautela y no le pasaba desapercibido que era ella la que ponía límites a hablar de su vida. Eso le hacía sospechar que debía de haber tenido una mala experiencia y no quería presionarla. Hablar de libros o de series también servía para saber si estaban bien pasando tiempo juntos.

Después la acompañó al coche, donde se despidieron con besos mucho más intensos que el que se dieron en el pub. Arropados por la noche, sus bocas continuaron lo que habían dejado a medias y sus manos iniciaron un recorrido de reconocimiento de sus cuerpos por debajo de la ropa. Eva se estremeció cuando Kenneth la acarició por encima del pantalón y eso lo animó a desabrocharle un botón para que siguiera por dentro de la prenda, pero ella, después de un jadeo que parecía decir lo contrario, le retiró la mano. Sin embargo, no lo dejó desamparado, porque

cerró el abrazo con él. Su miembro endurecido estaba en contacto con el vientre de Eva y hasta ahí llegó todo su acercamiento, en la calle y apoyados en un coche como adolescentes. Ella lo miró con ojos vidriosos, por la pasión que sentía y reflejaba la lucha interior entre sus ganas de tener sexo con él y el recuerdo de las últimas dolorosas veces con Simon. Decidió parar, aun a riesgo de arrepentirse si él no quería volver a verla.

No fue así. Rompieron el abrazo, se besaron levemente y se despidieron.

—Me gustaría verte mañana antes de irme.

—Me encantaría —respondió Eva aliviada y sonriente.

Quedaron en un café acogedor frente a la desembocadura del río Tay del que le había hablado Helena. Eva no había llegado cuando lo hizo Kenneth después de pasear y rememorar el fin de semana.

—Hola —saludó levantándose de la silla al verla acercarse y le dio un beso en la mejilla—. Toma, para ti.

Kenneth le entregó un pequeño ramillete de flores silvestres blancas y amarillas que había cogido de la tienda de su madre.

—Es precioso —dijo ruborizada—, pero no tenías por qué...

—No tiene mérito —contestó Kenneth sentándose de nuevo una vez lo hizo ella—. Son de la tienda de mi madre.

—¿Es la que está en una transversal de Murraygate?

—Sí, ¿la conoces?

—No, pero me pareció verte dentro un día. Llevabas unas flores en la mano y pensé que eran para tu novia o algo así —rio.

—Puede ser lo primero, lo segundo no porque no tengo novia. Cuando vengo a la ciudad suelo pasar rato con mi madre en la tienda. La ayudo y así hablamos, porque trabaja todos los días y a todas horas.

—Vaya, suena precioso que lo hagas. Aunque debe de ser duro que esté todo el día trabajando.

—Le gusta. Es como una extensión de su casa. Y al estar yo en Edimburgo, tampoco tiene mucho más que hacer. Se lamenta de que ya no la necesito, ya sabes, cosas de madres —concluyó sacudiendo la mano en el aire con gesto de quitarle importancia.

Eva no quiso preguntar por su padre. Al no nombrarlo, intuyó que no había. La camarera salvó el momento al traerles el té sorpresa que pidió Eva y el café de Kenneth, con una degustación de bizcochos.

—¿Por qué le has dicho que sea sorpresa? —preguntó intrigado.

—Por culpa de Leslie —sonrió y se llevó la pequeña tetera a la nariz para oler el aroma que desprendía—. Me está enseñando a reconocerlos. Dice que soy buena catadora.

—Ay, Leslie. ¿Cómo le iría anoche? No he hablado con ella.

La conversación se animó cuando Kenneth comenzó a contar algunas anécdotas de él y Leslie en el colegio. Pasó una hora como un suspiro.

—Me tengo que ir o llegaré tardísimo a Edimburgo.

—Claro, se ha hecho tarde. ¿Cuándo vuelves?

A Kenneth le gustó que ella se interesara y sopesó la respuesta que tanto tenía que ver con la conversación con su madre.

—Puede que venga el viernes si me confirman una reunión el sábado. Cosas de familia —decidió no contar más—. Te aviso, ¿vale? Me gustaría verte de nuevo.

—Sí, y a mí. Lo he pasado muy bien este fin de semana. Toma, anota mi número de teléfono.

Después de intercambiar los números, salieron del café y Kenneth la acompañó hasta el coche.

Como la noche anterior, ninguno quiso irse sin volver a besarse. Kenneth puso la mano por debajo de la oreja de Eva y la atrajo hacía él acariciando el lóbulo con el dedo pulgar, provocando una explosión de fuegos artificiales en su interior. Ella lo rodeó con el brazo.

—Eres preciosa. Voy a soñar contigo cada noche, Eva.

Y la besó sin darle tiempo a responder. Apoyada en el coche, ella lo recibió reconociendo su aliento, su sabor dulce. Un beso exploratorio al que siguió uno más apasionado y provocador, que despertó todas sus terminaciones nerviosas. Eva no pudo reprimir un leve jadeo que él aprovechó para pegarse más a ella. La mano que Kenneth tenía en la nuca de Eva bajó al cuello, al hombro y se acercaba peligrosamente a sus senos, mientras la de ella jugaba con los rizos de su pelo con tonos caoba. La otra mano en la parte baja de la espalda de él temerosa de moverse en un espacio público.

Kenneth notó la duda en Eva y se dio cuenta de que no podía seguir. «La próxima vez tendrá que ser en su casa o en la mía», pensó para sí mismo pues empezaba a pesarle no poder tocarla libre de las posibles miradas ajenas.

Se separaron turbados y con las mejillas arboladas. Los dos querían más y sabían que no era el momento.

—Menos mal que viajo solo en mi coche, Eva. No podría disimular esto —dijo señalándose la bragueta.

Eva soltó una carcajada que la liberó de la tensión que había acumulado.

—¿Tienes el coche cerca?

—Tengo que ir hasta la calle de al lado de la tienda de mi madre; menos mal que el abrigo me cubre.

—Si quieres, te acerco —sugirió Eva entre las risas de los dos.

Cada mañana, Ken le daba los buenos días y, de nuevo, hablaban antes de dormir; a veces demasiado tiempo. Él le contaba los trasiegos de la ciudad y las anécdotas de la universidad, mientras que ella le hablaba del libro que leía en un peculiar club de lectura, de las historias de Leslie y los téis que probaba. También le contaba que se iba enamorando de ese país conforme avanzaban los días, y de cómo iba cambiando el paisaje con el otoño en sus paseos matutinos por la ribera del río Tay, que él tan bien conocía. Solo una cosa tenía desconcertada a Eva y fue que Kenneth le pidiera que no le contara nada a Leslie sobre ellos dos, lo cual la incomodaba bastante. No pensaba contar nada si no preguntaba, pero si lo hacía le iba a costar mucho disimular, porque no le gustaba mentir. Y menos a la que consideraba su mejor amiga en esos días.

A Eva se le notaba más alegre. Hasta Helena se lo dijo la tarde que Duncan se quedó con las niñas para que ellas pudieran ir a comprarle un regalo de cumpleaños a Vicky, sin que esta se enterara.

—Te sienta bien Escocia, peque.

—Eso parece, Helena. Estoy muy a gusto.

—Ya, ya, pero hay algo más que no me cuentas —insistió Helena.

—Claro, no es suficiente haber cambiado el asfalto y la contaminación por vivir en el campo junto a un río precioso y la mejor hermana del mundo, ¿verdad?

—Ya, claro. Eso será. Aunque es cierto que el nivel de estrés que llevabas en Londres no es comparable a tu vida aquí.

—Pues eso —respondió Eva queriendo cortar el tema antes de que sus ojos hablaran por ella.

Porque era verdad que sentía una felicidad nueva y que deseaba que no fuera transitoria. La imagen de Kenneth se había instalado en su mente provocándole una sonrisa que no soltaba en

todo el día. Se preguntaba si vendría ese fin de semana, aunque ella estaba comprometida con Vicky en su fiesta de cumpleaños que celebrarían en su mansión. Maggie y ella lo estaban preparando todo con mimo, lo que la obligó a ir alguna mañana a la casa fuera de su horario laboral. Pero aún le quedaban las noches del viernes y del sábado, y el domingo para pasarlo con Kenneth si se decidía a venir.

El viernes, la tarde que Sebastian llegaba antes para asistir junto a Eva y Vicky a su particular club de lectura, aprovecharon para repasar el vocabulario de una fiesta de cumpleaños, y padre e hija le contaron a Eva quienes eran las amigas invitadas a la celebración.

Kenneth no decidió hasta el mismo viernes que iría a pasar el fin de semana a Dundee. No fue por ver a su padre en esa reunión a la que su madre le insistía que fuera, si no por Eva. Necesitaba verla de nuevo y el despreciable de su padre le había dado la excusa perfecta. El viernes llegó tan tarde que decidió no decir nada a Eva hasta el día siguiente. La llamó por la mañana y quedaron en verse después de su reunión, ya que ella estaba ocupada todo el día. Aunque no se quedó contento con la decisión, pues si salía mal de la reunión con su padre, sería Eva quien se tragase todos sus malos rollos, y era pronto para hacer algo así. No tenía la suficiente confianza.

El sábado por la mañana lo pasó ayudando a su madre en la tienda mientras Eva, nerviosa por la expectativa de volverlo a ver, ayudaba a Maggie y a Vicky a engalanar la casa. Entre las dos habían despejado el comedor y el porche para recibir a todas las niñas y los familiares que las acompañarían. Helena y Sophie acudieron al poco rato para ayudar también y se quedaron a comer con ellas.

Un poco antes de las tres, la hora a la que deberían aparecer las invitadas, llegó un repartidor con unos adornos que faltaban. Enseguida todos se pusieron manos a la obra a colocarlos para ir más deprisa y acabar antes de que llegaran las invitadas. Eva se empeñó en ocuparse de unas guirnaldas que debía de colgar encima del ventanal pero, a pesar de ser alta, no llegaba y le cayeron encima llenando su pelo de florecillas de papel. Sebastian, que estaba a su lado, acudió a ayudarla. Le quitó algunas flores del pelo y del hombro. Vicky se acercó a los dos y los abrazó, provocando que se tuvieran que juntar, diciendo emocionada lo feliz que era.

—Gracias por esta fiesta, papá. Gracias, Eva.

—Y a la Yayi Maggie, no lo olvides —añadió Sebastian consiguiendo que la niña los soltara para ir a abrazar a la mujer, que también estaba emocionada.

—Qué imagen tan emotiva —dijo Helena.

Una imagen que no fue tan emotiva para los atónitos ojos de Kenneth que lo vio todo desde fuera de la casa por el otro lado del ventanal. En su cabeza solo tenía la imagen de su padre abrazando a la mujer que le quitaba el sueño y a su medio hermana rodeando las piernas de los dos. Foto de familia feliz. El malnacido y odioso conde Rutherford en actitud demasiado cariñosa con Eva. *Su* Eva. «No puede ser», se repetía insistente. Con la ira cegándole la mirada se subió al coche de nuevo y salió de allí lo más rápido que pudo.

Los de la casa solo escucharon el chirriar de las ruedas en el asfalto, se giraron y al no ver nada, siguieron con lo suyo.

Kenneth conducía furioso sin entender qué hacía ella en casa de su padre. ¿Por eso no le había contado dónde vivía?, ¿realmente estaba preparando un proyecto o era una mentira?, ¿por qué le hacía esto a él? «Con razón he tenido la sensación desde el primer día de que ocultaba algo» gritó dentro del habitáculo del coche golpeando el volante.

Capítulo 12

Y ADEMÁS ESPAÑOLA

—¡Leslie! ¿Dónde está Leslie? —gritaba Kenneth al entrar en la tetería y no verla. Brenda, la camarera, lo miraba asustada sin tiempo a llamar a su jefa, que escuchó los gritos desde el almacén y salió con rapidez.

—Kenny, pero ¿qué pasa? ¿Estás bien?

—Lo sabías, lo sabías y no me dijiste nada —gritaba—, estoy seguro. ¿Y te llamas mi amiga?

—Kenny, cariño, tranquilo, no sé de qué me hablas. ¿Me lo explicas?

Lo notó tan alterado que decidió sacarlo de allí antes de que revolucionara a su clientela, normalmente muy pacífica y calmada. Con un gesto indicó a Brenda que se ocupara del local y tiró de la manga de Kenneth para sacarlo al jardín trasero, que abría solo en verano. Era un patio lleno de plantas y árboles en los que sus clientes solían pasar horas tomando té helado. Con el otoño tenía un aspecto más sombrío, con las hierbas crecidas, los árboles con menos hojas y las sillas apiladas.

Desplegó dos e invitó a Kenneth a sentarse en una de ellas sin conseguirlo. Caminaba desesperado como si le picara el trasero, murmurando frases que Leslie no llegaba a entender.

—Me estás poniendo de los nervios. ¿Quieres sentarte y contarme con calma qué ha pasado? Ibas a ver a tu padre, ¿es eso? ¿Habéis discutido?

—Lo sabías —dijo señalándola.

—Deja de repetir eso y dime qué es lo que sé.

—Sabías lo de mi padre y Eva. Justo ahora que estábamos, que estábamos...

—¿Qué? ¿Saliendo? De eso sí que no tenía ni idea. Ninguno de los dos me lo habéis contado, Kenneth. Soy lista, pero no adivina. ¿Quieres sentarte de una vez!

—No cambies de tema —dijo cogiendo la silla sobre la que se dejó caer abatido—. Lo sabías, no lo niegues.

—Sí. Y no podía decirte nada. ¿Sabes por qué? Porque si te lo cuento, no hubieras querido ni hablar con ella. Cuando vi cómo os mirabais el primer día supe que era mejor callarme y que la conocieras sin esos prejuicios tuyos tan estúpidos. Ya sabes cuál es mi opinión.

—Pero, ¿tú te escuchas? ¿Cómo ibas a consentir una relación doble? ¿Qué somos padre e hijo! ¿Con los dos? ¿Ibas a dejar que se tirara a mi padre y luego a mí? Leslie, no te reconozco. Esto es muy grave.

—¿Quééé? —reaccionó Leslie llevándose la mano a la boca sorprendida. Enseguida se dio cuenta de las conclusiones que había sacado Ken por alguna extraña razón—. A ver, a ver, ¿de qué estamos hablando, Kenneth?

—Los he visto juntos, Leslie. Con estos ojos. Abrazados, jugando a la familia feliz con la niñata. No lo niegues, porque los he visto.

—A ver, yo creo que no es así, pero cuéntame.

Kenneth, algo más calmado, pero aún con el corazón encogido y la ira apretándole la garganta, respiró profundamente antes de contarle lo que había visto a través de la ventana.

—El gesto era cariñoso. Muy cariñoso —concluyó.

—Podría ser cualquier cosa. No están juntos, de verdad. Al menos que yo sepa.

—Entonces, explícame qué hacía ella ahí, abrazada al señor conde, en el cumpleaños de mi..., de Vicky, y por qué nunca me ha dicho nada de lo que ha venido a hacer aquí. Jamás me ha hablado de su trabajo, solo de un proyecto de fin de curso o algo así.

—Trabaja para él. Nada más. Cuida de tu hermana por las tardes y le enseña español. Creo que tu padre la trata como a una hija, porque se llevan muy bien y Vicky está otra vez feliz gracias a Eva. ¿Es que no pueden llevarse bien?

—No sé, Leslie —respondió más calmado mientras en su cabeza daban vueltas miles de ideas diferentes—. Te juro que parecían una familia feliz. Como cuando estaba Victoria. —Calló un momento, pensativo.

La tristeza de Kenneth le llegó a los ojos al revivir la separación de sus padres. Al principio Sebastian trató de que congeniara con Victoria, pero él estaba tan dolido que no hizo nada por llevarse bien con ella. Cuando nació Vicky veía con envidia lo unidos que estaban los tres. Eran la familia perfecta, la que él no tuvo por culpa de la española que vino a robarle su sitio.

—Kenneth, Kenny, ¿me oyes? —Lelsie le zarandeo el brazo al notar lo ausente.

—Creo que te equivocas. Además, si vive con ellos... ya sabes. ¿Has pensado que a lo mejor tiene una relación en secreto y no te lo ha contado? La conoces desde hace poco tiempo. Si me lo ha ocultado a mí, habrá hecho lo mismo contigo.

—Estás haciendo una montaña de un grano de arena. Además, no vive con ellos.

—Entonces —una idea le llegó como una ráfaga de luz—, ¿no estará en la casita a dónde nos mandó a mi madre y a mí?

—Sí. Lo siento, Kenny, cariño. Pero ella no sabe nada de lo tuyo. Te lo juro.

—¿Seguro? ¿O solo es que no ha salido en la conversación? Por eso nunca quiso que la acompañara. Poco a poco encaja todo. Lo que no entiendo es para qué ha tratado de liarnos a los dos. ¿No querrá el dinero de mi padre?

—Kenneth, ¡te estás pasando! —gritó— ¡Vaya culebrón te has montado tú solito! Y yo que creía que venías a reñirme por no haberte dicho que es española —rio y la carcajada se le quedó congelada en el rostro al ver la expresión de Kenneth, que se estaba poniendo cada vez más rojo.

—¡Española! —gritó—. ¿Cuándo pensabas decírmelo? ¡Otra española destrozándome la vida! Las odio. A todas.

Se levantó con tal ímpetu que la silla cayó al suelo y se fue dando zancadas roto de dolor. Antes de salir por la puerta del jardín, se volvió hacia su amiga para decirle algo que la dejó inquieta.

—Creo que también te ha engañado a ti, ¿no lo has pensado? Te has creído su patraña. Es probable que venga de parte de la familia de Victoria y has caído en la misma trampa.

—Pero, no, no es así. ¡Kenneth! Escúchame. ¡Kennyyyyy! Vuelve, ¡Kenneth! —iba Leslie tras él que ya estaba fuera, cosa que le agradeció para no molestar a sus clientes. Una vez en la calle lo dejó ir aunque preocupada por lo que fuera a hacer.

Suspiró y entró en el local para seguir trabajando con la cabeza en ebullición, tratando de colocar cada cosa en su lugar antes de hablar con él de nuevo, cuando se hubiera calmado. Estaba segura de que se equivocaba y, aunque había intentado estar al margen y que se conocieran dejando a un lado los prejuicios de su amigo, le iba a tocar intervenir. ¿Habría una infusión para eso? Ojalá fuera tan sencillo. No obstante, miraría en los libros de su abuela por si acaso. Ese pensamiento la hizo sonreír bajando la carga emocional que llevaba encima. Vivió con Kenneth todo lo que sufrió de niño y que volviera a pasar por ello, esta vez sin razón, la reconcomía por dentro. Porque ¿estaba segura de que no tenía razón?; por un momento imaginó

que las sospechas de su amigo fueran ciertas y un escalofrío le recorrió la espalda.

Eva no hacía más que mirar su teléfono. Le parecía extraño que Kenneth no hubiera dado señales de vida en toda la tarde para quedar después del cumpleaños, que no estaba disfrutando de tanto darle vueltas a la cabeza. Varias veces fue ella la que intentó contactar, sin obtener más respuesta que una voz metálica diciendo que el teléfono estaba apagado o fuera de cobertura.

Preocupada por si le había pasado algo o, peor aún, se había arrepentido y no quería saber nada de ella, decidió llamar a Leslie en cuanto se fuera de la fiesta. Cuando las invitadas al cumpleaños se marcharon, Helena y ella se quedaron un rato más para ayudar a Maggie y a Sebastian a recogerlo todo mientras las niñas jugaban con los regalos de Vicky.

—Ha sido la mejor fiesta de cumpleaños de mi vida —dijo la niña, muy acontecida, a Eva sin dejar de abrazarla.

—Uy, qué zalamera eres —contestó en español provocando la risa de todos menos de Sebastian que no entendía la palabra.

—Venga, señoritas, que tenéis que descansar.

Salieron más tarde de lo que a Eva le hubiera gustado por dejarlo todo recogido. Le dijo a su hermana que se iba a descansar y se metió en el coche. No esperó ni a salir de él de nuevo, al llegar a su casa, para llamar a Leslie.

Sacó el móvil, comprobó que no había ningún mensaje de Kenneth y que, de nuevo, le salía el mensaje de voz, antes de marcar el número de su amiga.

—Leslie, ¿te pillo mal? —saludó en un tono amargo que no supo disimular.

—Acabo de cerrar y ha venido Teo a recogerme. Vamos a tomar algo, ¿te vienes?

—No, no. Te llamo porque había quedado con Kenneth o, más bien, tenía que llamarme para quedar, pero no lo ha hecho. Le llamo y solo sale el buzón de voz. Me dijo algo de una reunión con su padre. ¿Sabes algo de él? Estoy preocupada.

—Y no es para menos.

—¿Cómo dices?

—A mí tampoco me contesta. Ha debido de apagar el móvil.

—Pero, a lo mejor necesita ayuda. ¿Tan grave era eso de su padre?

—A ver, Eva. Hay muchas cosas de él que no sabes. Por cierto, ¿a qué esperabas a decirme que estábais juntos?

—A estarlo —matizó Eva que se movió incómoda en el asiento del coche—. Unos besos no es estar juntos. Esperaba hablarlo esta noche, pero ha desaparecido. Eso me lo deja claro. Ya no hace falta ninguna conversación, ¿no crees? —respondió, enojada, más para sí misma que para Leslie.

—No lo sé. En serio, Eva. Deberías hablar con él, pero dado que no da señales de vida y que yo también estoy preocupada, tal vez debamos hablar nosotras. Teo —dijo bajando la voz—, ¿te importa que cambiemos de planes?

Eva los oyó cuchichear sin entender qué se estaban diciendo; Leslie debía de haber puesto la mano sobre el micrófono del teléfono. Unos segundos después volvió a hablarle a ella.

—En diez o quince minutos estoy en tu casa.

La noche acabó entre risas, más bien carcajadas de Eva ante las locuras de Leslie. Sabía que la pelirroja era simpática pero no la había visto en su salsa. Era una chica que se hacía querer y entendía que se llevara tan bien con Kenneth.

Eva no solía beber, por eso el vino que trajo Leslie junto al cansancio de todo el día y la preocupación, le provocaron esa risa floja y tonta después de haber llorado durante una hora o

más con todo lo que le contó sobre Kenneth.

—¿Cómo puede haber pensado que estoy con Sebastian? Sí podría ser mi padre. Además, es un amor..., como jefe quiero decir. Eso suena fatal —rio a carcajadas—, ya me entiendes. No sé cómo nadie puede llevarse mal con él.

—Por eso, Eva, lo estás diciendo todo: porque es un amor y no me negarás que, además, está como un tren —alegó acertadamente Leslie—. Era el amor platónico de todas las chicas del colegio.

—No me extraña —asintió—. Por eso no entiendo que Kenneth lo odie. Para él no es un amor.

—Eso parece. Aunque no lo odia por cómo es sino por haberse dejado embaucar por Victoria. Eso dice él, no yo.

—Y dale. Si se enamoró... Porque te aseguro que habla de ella de una forma, que ya me gustaría a mi provocar ese amor y admiración en alguien.

—No te lo niego. Pero es la visión de Kenny. Sea verdad o sea mentira, es la suya. Lo que él sintió.

—Y por eso odia a todas las españolas, por extensión. Leslie —se giró para enfrentarla—, no me negarás que no tiene sentido.

—Bueno, su padre sucumbió a los encantos de una provocando el divorcio de su madre. Ey, ahora que lo pienso —dijo misteriosa, señalando a Eva con un dedo y sonrisa guasona—, igual que él. Ha sucumbido a una española.

—Pero qué boba eres. Vaya manera de hablar. No ha sucumbido a nada; además, ni siquiera sabía que yo soy española. Venga, no bromees que esto es serio.

A pesar de que acabaran riendo, la tristeza había invadido todo su ser. Se sentía impotente y defraudada.

—¿Sabes? —intervino Leslie más seria—, él cree que le ocultas algo. Me dijo que te notaba demasiado precavida cuando se acercaba a ti. Ahora cree que es porque estabas liada con su padre.

—¡Dios, no! —hizo una pausa bajando la mirada—. Es cierto que soy cautelosa con los hombres. Con todos. Vengo de una relación de malos tratos muy dura y no me fio de ninguno.

—¡Oh! Vaya. Cuánto lo siento —le dijo Leslie tomándola de la mano—. Eso es horrible. Y creo que, si de verdad queréis intentar algo juntos, debes contárselo a Ken. Te aseguro que es la mejor persona que conozco y que te puedes fiar. Con razón o sin ella, ha sufrido mucho. Él también desconfiaba de la gente en general cuando era niño.

Se quedaron en silencio durante un rato absortos con el crepitar de la chimenea que daba calidez al salón en penumbra.

—¿Quieres saber en qué estoy pensando? —preguntó Eva.

—¿En que seguimos sin saber dónde está?

—Exacto. Estoy preocupada.

Cada una volvió a sumergirse en sus pensamientos unos segundos que fueron interrumpidos por el teléfono de Leslie.

—Mira, el príncipe ha vuelto —dijo mostrando la pantalla de su móvil a Eva, quien sintió un pellizco en el estómago. Lo giró enseguida para leerlo en silencio.

«Sé que estás con ella. He visto tu coche aparcado en la casita todas las veces que he pasado por delante. No le hables de mí. Empiezo a dudar de tu amistad».

Una lágrima se escapó de los ojos de Leslie, dolida por ese comentario ruin, y Eva se preocupó aún más.

—¿Qué ocurre? —preguntó nerviosa.

—Nada. Cree que estoy de tu lado. Ha visto mi coche en tu puerta.

—No, Leslie, no dejes que esto os afecte. Vete a casa. No volveré a la tetería. Eres demasiado importante para mí como para hacerte perder una amistad de toda la vida.

—Pero, es que yo os quiero a los dos —lamentó llorando.

—Lo sé. —Eva la abrazó—. Lo sé, amiga.

—Míranos —sonrió entre lágrimas—, he venido a ayudarte y acabas consolándome tú a mí —afirmó Leslie al separarse de Eva—. Menuda amiga de pacotilla soy.

—Venga, vete. Puede que aún puedas quedar con Teo. Gracias por acompañarme esta noche, Leslie.

—Solo espero que lo podáis arreglar. Los dos sois maravillosos.

Capítulo 13

NO ES SOLO UNA TORCEDURA

Los días de noviembre se sucedían fríos en el corazón de Eva. Desde que se levantaba hasta que se acostaba, un nudo le aprisionaba la garganta y le costaba centrarse en lo que hacía. No volvió a la tetería. Al volver de hacer ejercicio por la ribera del río, se quedaba en casa a trabajar o iba a la biblioteca en Dundee. Supo que se rumoreaba que tenía una relación con el duque y eso la hundió un poco más, hasta el punto de que no se sentía del todo bien a su lado. Menos mal que en su club de lectura privado estaban Vicky y Sophie, porque era el único momento en el que no podía escaquearse de su compañía.

Durante las reuniones se reían con las travesuras de Manolito Gafotas, que las niñas trataban de imitar y eso le quitaba tensión al momento.

Eva pensaba mucho en Kenneth y en el desastre que se había convertido su vida en pocas semanas. Si cuando llegó estaba alucinada con lo idílico del lugar y la sensación de que poco a poco sus sueños se iban cumpliendo, en ese momento solo veía un túnel oscuro del que no sabía cómo salir: tenía un trabajo temporal en el que había dejado de estar a gusto a pesar de que cada vez quería más a su alumna, iba lenta con el proyecto que debía darle el título necesario para trabajar como traductora e intérprete y, lo peor, buscar ese trabajo y encontrarlo, seguía con un perfil bajo en su vida social por el miedo a que Simon la encontrara, y para colmo se había colgado de un tío que pasaba de ella por un malentendido.

El otoño la estaba llenando de nostalgia y tristeza. Pensó que lo mejor sería volver a España. Su madre la cobijaría y le daría el cariño que necesitaba. Ella y sus tías, ya que al faltar su padre se juntaron las tres para convivir. Helena y ella las llamaban «las chicas de oro» en alusión a la serie de televisión. Estaba convencida de que si se iba a vivir temporalmente con ellas, la colmarían de mimos. O tal vez le darían una patada en el culo para que espabilara y dejara de compadecerse como estaba haciendo en ese momento, arrebujada en el sofá, con un pijama de felpa a cuadros y la música de su lista de reproducción para momentos tristes a todo volumen.

Miró al móvil por enésima vez como cada día para constatar que Kenneth no estaba por la labor de comunicarse con ella. Le escribió un mensaje como tantas veces hacía sin llegar a enviarlo: «Me quedé esperándote y me gustaría saber por qué no me hablas». Así, sin más, escueto y directo. Necesitaba saber por su propia boca las razones de ese alejamiento, aunque las supiera gracias a Leslie. En un arrebato, le dio al botón de enviar. Si no había reacción tal vez significara que no era hombre para ella y que, además, se debería ir de Escocia pronto. Lo que tenía que hacer, pensaba, era centrarse en su proyecto y darle la vuelta a su precaria vida con un buen trabajo de traductora e intérprete.

Kenneth leyó una y otra vez el texto como si desentrañara un mensaje oculto detrás de cada palabra. Su corazón seguía roto por culpa, en gran parte, de su propia mente. Pasaba las noches sin dormir imaginando a su padre con Eva juntos en escenas cotidianas y, las peores, de cama. Haciendo con ella lo que quisiera hacer él. Compartiendo, amándose y viviendo un amor profundo.

Las personas con las que solía hablar de sentimientos, su madre y Leslie, no eran las

adecuadas para compartir esos pensamientos que lo atormentaban. Pensó en llamar a la psicóloga que lo atendió cuando sus padres se separaron. Tal vez ella pudiera orientarle, porque si visto desde fuera no era para tanto, ¿por qué a él le dolía de esa manera? ¿Qué le estaba pasando? Y cuanto más pensaba, peor se sentía. Debía de pararlo como fuera.

Todos los que los rodeaban a ambos notaban que algo no iba bien, sin relacionarlos entre ellos excepto Leslie que era la única al tanto de todo. Sebastian sentía a Eva más lejana y como protegiéndose de no sabía qué, pues era consciente de que su comportamiento con ella era impecable; Helena notaba a su hermana muy distante y menos alegre; Amanda veía a su hijo poco expresivo y menos comunicativo, de hecho, no había vuelto a visitarla desde el fin de semana de la fiesta de Vicky; y Sebastian estaba dolido, porque Kenneth no asistiera al cumpleaños de su hermana y no diera ninguna explicación, casi era peor eso que haberse tomado el tiempo de inventarse una excusa.

Noviembre terminaba más triste de lo que empezó y no solo por la constante lluvia. Mientras Eva se debatía entre dejar el trabajo en Navidad y mirar por ella, o quedarse por Vicky, su hermana pensaba en cómo hacer para que Eva volviera a ser Eva y no ese fantasma que parecía haberse metido en ella durante Halloween y no la había soltado.

—Mañana te vienes a la clase de equitación y luego vamos al *cottage* de mis suegros a comer con toda la familia —le anunció Helena a Eva sin preguntar cuando recogieron a las niñas el viernes por la tarde. No había opción a decir que no, aunque lo intentó.

—No puedo, Helena. Discúlpame con ellos, por favor.

—Ni hablar. No les vas a hacer ese feo a la familia de Duncan. Estarán Rodrigo y Emily y ya sabes que Sophie te adora. Te recojo antes de la clase de las niñas y pasamos el día juntas.

Eva accedió a pesar de no apetecerle nada encontrarse con Sebastian fuera del trabajo. Si la gente ya murmuraba, esto daría pie a más habladurías. Decidió contarle ese miedo a Helena. Se sentaron en un banco mientras las niñas jugaban con sus amigas en uno de los parques de Dundee aprovechando la tregua que les daba la lluvia.

—¿Desde cuándo nos importa lo que diga la gente? Si no es cierto, ¿qué más te da? —argumentó Helena.

Eva se quedó pensativa, porque no le daba igual cuando quien lo creía era Kenneth. El resto del mundo podía pensar lo que quisiera, pero él no. ¿Cómo hacerle abrir los ojos? O, tal vez, es que no merecía la pena. Volvía a sus debates internos que no hacían más que embarrar sus sentimientos. Por suerte, Helena le dio un codazo al verla abstraída y la sacó de ese círculo vicioso en el que su mente vivía las últimas semanas.

—De verdad, peque, no sé qué te pasa últimamente. Estás en las nubes. Me tengo que ir ya. Mañana te recojo a las nueve y media, ¿eh? Sin peros.

Eva se acostó tarde después de una reunión muy divertida del pequeño club de lectura en la biblioteca de la mansión del conde, en la que Vicky llevó gafas para los tres, ya que Sophie no fue ese día, y palomitas de maíz que hizo con Maggie. Celebraban el fin de la lectura y Eva aprovechó para hacer un concurso de palabras aprendidas entre Sebastian y su hija. Durante esos ratos se le olvidaban sus comeduras de cabeza a pesar de que la cercanía de Sebastian la ponía en modo alerta. No solo por lo que pasaba por su cabeza, sino por la revolución interna que le provocaba el aroma que desprendía, la mirada envolvente, la voz seductora y la amabilidad de su jefe.

Declinó la oferta que le hicieron para quedarse a cenar por no estar más tiempo del necesario con ellos. Deseaba llegar a su casa, ponerse cómoda y zambullirse en una novela romántica con final feliz, que le hiciera olvidarse de ella misma y su desastrosa vida amorosa. Calentó la cena,

que se dejaba preparada por las mañanas y, una vez terminada, se arrebujó bajo la manta con un té caliente de canela y naranja. La música suave que sonaba en una lista de reproducción aleatoria la sumió en un duermevela en el que los personajes de la novela que leía eran Kenneth y ella. Estuvo soñando en esa vida idílica hasta que al intentar darse la vuelta casi se cae del sofá. Subió a su habitación sin recoger nada en un intento de que esa sensación placentera que le había proporcionado el sueño, no desapareciera y retomarla en la cama.

Madrugar un sábado no era en absoluto su ideal de fin de semana; por si fuera poco, tener que ir a la clase de equitación con su hermana, debía de recoger un poco la casa antes de que Helena entrara y lo viera todo hecho un desastre. «A la de tres», se dijo como cuando tenía que ir al colegio y saltó de la cama. Una ducha rápida antes de bajar a prepararse el café que, eso sí, lo tomó con calma frente al ventanal de la cocina, desde el que veía un pequeño tramo del río entre los árboles. Un momento de serenidad al que se había vuelto adicta. El suelo del jardín había adquirido un tono ocre y marrón gracias a la hojarasca que le encantaba mirar. Le daba calma. Se fijó en el cielo que le mostró una gama de azules mezclados con blancos y anunciaba un buen día. Aunque en Escocia era temerario pensar así, ya que en un solo día se podían vivir las cuatro estaciones. Por eso ya se había acostumbrado a llevar paraguas y chubasquero en el coche, aunque saliera el sol por la mañana.

Un minuto antes de las nueve y media estaban Helena y Sophie en su casa; a la pequeña Zoe la dejaron con Duncan y se reunirían después en casa de sus padres. Las dos salieron del coche para abrazar a Eva que no les dio pie a entrar en la vivienda.

—Tía, ¿cuándo me vas a invitar a dormir en tu casa? —quiso saber Sophie.

—Buena pregunta —intervino Helena divertida—. ¿Noche de chicas?, ¿fiesta de pijamas?, ¿día de sobrinas para que salgan sus papás solitos? Tienes para elegir, tía Eva —añadió con retintín, riendo.

—Ya me estáis liando. No puedo hacer fiestas en esta casa, ya sabes que no es mía.

—Pero, tía, —sollozó la niña—, al menos una noche con Vicky y conmigo.

—Vale, sobrina consentida. Se lo preguntaremos a Sebastian que, al fin y al cabo, la casa es suya.

Llegaron unos minutos antes de que empezara la clase. Vicky ya estaba allí y, para alegría de Eva, su padre la había dejado y se había marchado.

—Voy a llamarle y le digo que no venga a recogerla. Ya nos la llevamos nosotras —propuso Helena—. Me viene muy bien que no esté, porque quiero hablar contigo.

Eva se veía venir el momento *hermana mayor* y soltó un bufido.

En cuanto las niñas se fueron con el profesor, Helena se llevó a su hermana a la cafetería del centro hípico, un lugar rodeado de los árboles del bosque junto al que se ubicaba la escuela.

—A ver, no me digas que no te pasa nada, que te conozco, peque —Helena preguntaba temerosa de que tuviera que ver con el conde y las habladurías fueran ciertas. De serlo, ella debería saberlo antes que nadie.

—Helena, es complicado. —Se interrumpió para pedir al camarero y pensar cómo plantearle sus paranoias mentales—. Antes de nada, ¿puedo hacerte una pregunta? —siguió ganando tiempo.

—Claro, dime.

—Estoy segura de la respuesta. —La miró a los ojos severa—. ¿Tú sabías que Sebastian tiene un hijo de otro matrimonio?

—Claro. Se divorció de su madre —contestó sin adivinar qué tenía que ver con ella.

—¿Y por qué no me dijiste nada?

—¿La verdad? Ni lo pensé. ¿Es importante para tu trabajo, quizá?

—Claro que no, pero sí para mi relación con los Rutherford.

—Eva, dime adónde quieres llegar, porque no lo pillo. ¿No estarás liada con Sebastian?

—Por Dios, no. Si me trata como a su hija. No, Helena.

—¿Entonces?

—¿Te acuerdas del chico con el que me choqué la noche que salimos las dos?

—Sí, me suena. No lo llegué a ver por la gente que había en el pub. Era tarde de fútbol, ¿verdad? Ni lo pensé. Me dijiste que era guapo y... ¡Eh! Espera, ¿no sería Kenny? ¡Ay ay ay! Qué era él. ¿No habrás vuelto a quedar?

—Helena, para por favor. Respira —le dijo acercándole un vaso de agua—. Sí, era él. Y sí, hemos vuelto a quedar. Me lo he encontrado varias veces y resulta que es amigo de Leslie.

—¿Y estás así por él?

—Aquí es donde empieza lo complicado.

Eva bebió lo que le quedaba del café capuccino que se había pedido, apoyó los codos sobre la mesa y empezó a contarle a su hermana toda la historia.

—Y desde ese día ni Leslie ni yo sabemos nada de él. Bueno, Leslie algo porque habla con Amanda y a mí solo me dice que está bien.

—A ver, cariño. La historia no es exacta. Supongo que es normal que él lo viviera así, pero Amanda y Sebastian nunca estuvieron enamorados. Fue un matrimonio pactado entre sus familias y la separación no fue nada traumática para ellos. Supongo que para Kenneth sí lo fue. Esto me lo contó Duncan y no tengo más detalles; solo sé que convivían, porque es lo que les había tocado, hasta que él conoció a Victoria y se volvió loco por ella. Yo la conocí y era una mujer espectacular. No solo guapa. Era muy simpática y culta.

—Sí, ya sé. Me estoy aprovechando de su biblioteca —comentó Eva.

—Cierto, leía mucho. Aunque las malas lenguas digan que lo cazó por su dinero, no le hacía falta. Su familia tiene negocios en Málaga y no les va nada mal. De hecho, su padre no quería que se casara aquí, pero ya sabes, al decirle que era un conde bien situado, cambió de parecer. Me consta que los dos fueron muy felices y Sebastian se quedó con el corazón roto de dolor. Si se ha recuperado más o menos pronto es gracias a Vicky.

—Todo eso Ken no lo ve.

—O no lo quiere ver.

«Familiares de Victoria Rutherford, vayan a enfermería».

Las dos se levantaron de un salto al escuchar la voz que repetía esa frase por el altavoz de la cafetería. Helena salió corriendo y Eva fue detrás, llegaron al edificio de la escuela y lo rodearon hasta encontrar una puerta con una cruz roja pintada en ella.

—¿Ha pasado algo? —gritó Helena al entrar y ver la estancia vacía.

La sanitaria salió a su encuentro.

—¿No está el señor Rutherford?

—No, no, Vicky está con nosotras. ¿Le ha pasado algo?

—Aún no lo sé. La están trayendo para que la examine. Se ha caído del caballo.

—¡Ay! Mi niña —gritó Eva—. ¿Tardarán mucho? ¿Ha perdido el conocimiento?

—Creo que no. Un momento. —La sanitaria elevó la mano para que se callaran y se acercó el *walkie talkie* a la cara.

—Están llegando. Despejen, por favor.

Al minuto entraron dos chicos portando una camilla y el profesor corriendo detrás.

Helena y Eva se acercaron a Vicky para calmarla mientras la sanitaria y su ayudante la

examinaban.

—Tienen que llamar a su padre. Hay que llevarla al hospital.

Eva se encargó de la llamada, mientras Helena hablaba con Duncan para que recogiera a Sophie, que lloraba asustada al ver la cara de dolor de su amiga.

Se encontraron todos en el Ninewells Hospital de Dundee, nerviosos por no saber qué le pasaba. Sebastian fue el único que entró con su hija, mientras los demás se quedaron en la sala de espera.

Eva sentía su corazón desgarrado y un estado de nervios que solo vivió cuando su padre estuvo enfermo antes de morir. Ahí se dio cuenta de cuánto quería a Vicky, cómo en esas doce semanas se había hecho un hueco en su corazón que ya sería siempre para ella su niña de cabellos dorados y mirada dulce. Adoraba a su alumna y se sentía feliz pasando las tardes con ella.

En realidad, toda la familia la tenía encandilada, sobre todo uno que había creado un cisma en su interior. Lo echaba de menos al tiempo que odiaba cómo la ignoraba.

Una hora y todavía no les habían dado noticias. ¿La estarían operando? Una hora tras la que el estado de nervios dio paso a la consternación cuando en el mismo instante en que Eva abrazada a Sebastian para darle ánimos, Kenneth aparecía por la puerta.

Capítulo 14

LAS APARIENCIAS ENGAÑAN

—Mamá, ¿estás más tranquila? Ya has oído que todas las pruebas están bien y solo tienes que cuidarte y descansar, que pasas demasiadas horas en la tienda —le recordó Kenneth una vez subieron al coche camino de su casa tras salir del hospital el viernes por la tarde.

—Sí, hijo. Gracias por venir. Sabes que no me gusta nada ir al médico y estaba preocupada.

—No dudes de que vendré siempre que me lo pidas, lo tienes claro, ¿verdad?

—Sí, pero no quiero molestarte con mis cosas. Tú tienes tu vida, Kenny. Y debe ser muy intensa cuando llevas tanto tiempo sin venir a ver a tu madre —ironizó Amanda.

—Todo lo interesante que pueda ser pasarte horas entre el laboratorio, la biblioteca y el estudio de mi casa. No veo el día de presentar la tesis.

—Ese día seré la madre más orgullosa de Escocia, qué digo, del mundo.

—¿Es que no lo eres ya? —le reprochó sonriendo.

—Qué hijo más bobo me ha tocado. ¡Cómo no voy a estarlo!

—Vamos a cenar que estarás molido entre el viaje y la tarde de médicos. Mañana sábado no madrugues. Descansa.

—Descansaré si tú también lo haces.

—Ya veremos. Oye, cariño, ¿no me habré dejado en el coche el chal verde que llevaba? No lo encuentro.

—No he visto nada. Bajo al coche a ver.

A los cinco minutos Ken regresó con las manos vacías.

—Qué raro. ¿Estará en el hospital? —se preocupó Amanda—. No me gustaría perderlo.

—No te preocupes. Mañana voy por la mañana al Ninewells y pregunto.

—Genial idea, gracias cariño. Y después vas a ver a tu padre. Aún no te has disculpado por no ir al cumpleaños de Vicky.

—Eso no te lo prometo, mamá. Si antes no quería verlo, ahora menos —masculló.

—¿Y eso por qué?

—Por nada, mamá. No quiero verlo y punto.

—Cariño, eres injusto con él. Ya te conté que...

—Mamá, déjalo. Si sigues con eso, me vuelvo ahora mismo a Edimburgo —amenazó.

A la mañana siguiente, sábado, Ken regresó al Ninewells Hospital en busca del chal de su madre, que encontró en el mostrador de enfermería, donde el médico lo dejó al cerrar la consulta por la tarde. Al bajar, cruzó distraído los largos pasillos del centro, con la mirada clavada en el suelo para evitar encontrarse con nadie y volver pronto a su casa. Estaba visto que esa mañana el destino no escuchaba sus deseos, y una voz real se mezcló con la de sus pensamientos. «No puede ser», se dijo para sí. Alzó la cabeza, giró a la derecha para atravesar la amplia sala de espera, y los vió.

Paralizado, sin que su cuerpo se moviera a pesar de darle la orden de largarse de allí, vio cómo Eva abrazaba a Sebastian. Ella se dio cuenta de su presencia y se separó con rapidez susurrando algo a su padre, que se giró de inmediato con el corazón en un puño.

Lo primero que se le pasó por la cabeza a Sebastian fue que su hijo había ido preocupado por su hermana, pero en seguida dudó de cómo se había enterado. Lo siguiente, mientras avanzaba hacia él, fue pensar en que ya había perdido a su gran amor, casi pierde a Vicky y a su hijo, aunque viviera, también lo había perdido. Ken lo echó de su corazón hacía años y necesitaba recuperarlo.

Cuando llegó a su altura vio que en sus ojos no había odio sino decepción, tristeza y pena. Un brillo acuoso en sus ojos pardos indicaba que estaba aguantándose las ganas de llorar, y los puños apretados a ambos lados de la cadera le decía que contenía su ira. Seguía paralizado y Sebastian temió porque su hijo tuviera una reacción agresiva. Así que cambió de actitud y lo abordó con suavidad.

—Gracias por venir, hijo. Vicky está fuera de peligro.

Esa frase hizo reaccionar a Ken que miró a su padre a los ojos por primera vez, después de haber estado unos minutos en otro lugar intentando encajar lo que veía y lo que sentía.

—¿Vicky? ¿Estáis aquí por ella? ¿Qué ha pasado? —dijo en voz tenue—. Y no me llames hijo —le reprochó entre dientes.

—Sí, hi..., Kenneth. Ha tenido un accidente en la clase de equitación. Por suerte, no ha sido nada más que un brazo roto, pero aún le están haciendo pruebas neurológicas. Pronto estará en casa. ¿Cómo lo has sabido?

—Yo..., yo, venía a por esto que se dejó mi madre —alzó la mano para mostrar un chal que Sebastian conocía bien, mientras dirigía su mirada al fondo de la sala, donde Eva lo observaba incómoda.

Ken se dio media vuelta y se fue a buscar otra salida aunque tuviera que rodear el centro para llegar al parking.

Helena se acercó a su hermana y la abrazó, ante la mirada de Sebastian que no entendía qué estaba pasando.

—Por esa puerta que va directa al aparcamiento lo alcanzas —susurró a su oído.

Eva la miró con unos ojos llenos de los interrogantes y las súplicas que se agolpaban en su interior luchando por salir. Todos sus sentimientos estaban librando una batalla que la paralizaba. Helena se dio cuenta y le dio un suave empujón para que reaccionara.

Eva salió en el momento en el que Ken estaba llegando a su coche. Corrió hasta él y se apoyó en la puerta del conductor para que no entrara en él.

—Habla conmigo, por favor —suplicó Eva.

—No tenemos nada de qué hablar. Os he visto.

—¿Qué has visto? —dijo con voz enérgica—. ¿A una mujer consolando a un padre destrozado? ¿Eso has visto? Ah, no. Has visto a tu padre consolando a la cuidadora de tu hermana después de traerla al hospital. ¿Eso has visto? Dime, ¿qué es lo que te ha molestado?

—Eso... no...

—Ken, no estoy con tu padre, si es lo que te han dicho. Ni siquiera sabía que sois familia. Adoro a Vicky y solo espero que se ponga bien. Hazte un favor y entérate bien de qué pasa a tu alrededor, porque te estás perdiendo lo mejor de la vida. Si quieres vivir en tu cueva interior, en la historia que te has inventado, allá tú. Ese no es el Ken que me gusta.

Se separó del coche y volvió al hospital dejando a Kenneth totalmente abatido y confuso.

Capítulo 15

REFUGIARSE CUANDO LLEGA EL FRÍO

Aunque a Eva le dijeron que Dundee era la zona más cálida del país, el frío era el frío y ella cada vez lo sentía más intenso. O quizá era la consecuencia de haber dejado enfriar su corazón.

A Vicky le dieron el alta al día siguiente, después de tenerla en observación toda la noche. Helena y su familia regresaron a su casa con Eva, a quien no le apetecía quedarse sola esa noche. La comida en casa de los padres de Duncan se trasladó al domingo y así se mantuvo distraída.

El conde Rutherford le pidió que fuera más horas hasta que Vicky se incorporara a las clases unos días después, motivo por el que no pudo ir a la tetería a hablar con Leslie. A pesar de que la niña estaba al cuidado de Maggie y de Eva, Sebastian acudía todas las veces que podía durante el día para estar con ella.

Uno de esos días regresó para comer. Maggie preparó una sopa al gusto de Vicky y un poco de carne con verdura que comieron los tres mientras charlaban de lo que la niña había aprendido con sus clases de español. Eva aprovechó y les propuso un nuevo libro para su club de lectura.

—Quiero hablarte de Kenneth, ahora que por fin estamos los dos solos —le dijo Sebastian cuando Vicky se fue a descansar tras la comida.

—¿A mí?, ¿por qué? —se mostró confundida.

—No disimules, Eva. Os vi y hablé con Amanda esa misma tarde. Estaba preocupada por él y ahora sabemos la razón. Siento lo que ha pasado y que os haya afectado. La verdad es que no conozco mejor persona que tú para ser su pareja.

Eva se sonrojó de inmediato, lo que hizo sonreír a Sebastian, que retomó la palabra.

—Es curioso que en todo el tiempo que llevas trabajando para mí, no haya salido mi hijo en la conversación. Como ya sabes, no quiere ninguna relación conmigo. Sigue dolido a pesar de que su madre le ha explicado lo que pasó un montón de veces, él no quiere verlo.

—Eso ahora lo sé. Leslie me contó también.

—Sí, me alegro de que seas amiga de ella. Es la persona que más le ayudó a superar nuestra separación, más incluso que la psicóloga. Él solo veía traición por todas partes y no confiaba en nadie. Ni en Amanda, su madre. Te puedo decir que ella es una de las mejores personas que conozco, noble como Ken. Cuando conocí a Victoria, ya estábamos separados aunque aún compartíamos techo. La casita en la que vives la construí para ella y a Kenneth le ofrecí seguir viviendo aquí, pero lo rechazó. No quería estar con mi nueva mujer. A los pocos meses, Amanda decidió abrir la tienda y se mudaron a Dundee.

El conde miró su reloj y apuró el café que le quedaba.

—Vaya, es tardísimo. Me vuelvo a la oficina.

—Claro, nos vemos luego. Gracias por la aclaración. No tenías por qué hacerlo.

—Sí, sí que debía de hacerlo, Eva. Te aprecio mucho, Vicky te adora, y he visto cómo te miraba mi hijo. Siempre he deseado para él que se enamore como yo me enamoré de Victoria. Hasta que la conocí, para mí tener una pareja era algo que tenía que hacer, sin más. Me educaron en la creencia de que la amaría con el paso del tiempo y que tenía un papel en mi vida. Cuando me enamoré de verdad lo vi distinto. A Victoria la quería junto a mí pero libre, compartir el

camino, disfrutarnos... Es algo tan profundo que no sé explicarlo. Y eso quiero para mis hijos. Y para ti, que ya te siento como a una hija.

El conde se marchó dejando a Eva con una maraña de pensamientos que le costó apartar para centrarse en Vicky, a la que ahora veía diferente. Hasta ese día no se había dado cuenta de cuánto se parecía a su hermano. Antes de marcharse, Sebastian le dijo que sería buena idea ir a conocer a Amanda, que era una mujer excepcional.

A Eva, lejos de animarla a apostar por Ken, todo lo que escuchaba la abrumaba más. Su charla mental derivó hacia la razón por la que tenía que acercarse a Kenneth, entenderlo y perdonarlo. Como si fueran pareja cuando solo hubo unos pocos encuentros. ¿Quién decía que ella estaba enamorada? Si representaba todo lo que él odiaba: ser española, tener una relación cercana con su padre y su hermana, haber irrumpido de pronto en su vida..., ¿por qué tenía que apostar por él? Además, ella también tenía sus barreras. No estaba aún recuperada del tema Simon como para arriesgarse. Mejor pasar de Ken y esperar a que apareciera alguien con quien sentir el amor que Sebastian vivió con Victoria. Eso sí era amor con mayúsculas, lo que cualquier persona desea en su cuento de hadas. El que parece que no existe cuando te encuentras con personas como Simon, al que le das todo y solo quiere tenerte como una posesión más. No, definitivamente, Eva no quería arriesgarse.

Tanto pensamiento la dejó agotada. Se preparó para irse antes de que Sebastian regresara al caer la tarde, y poder salir nada más escuchar su coche. Así evitaría tener que hablar con él de nuevo. Dejó a Vicky en manos de Maggie, que se ocupaba de que se duchara antes de cenar, y se fue a su refugio, a esa casa tan confortable que apenas estaba aprovechando.

Recuperó sus rutinas una vez que Vicky volvió al colegio con su brazo escayolado y recuperada del susto. Salía cada mañana, no importaba el frío o la lluvia, a correr o caminar junto al río. Observaba el cambio de estación paulatino, fijándose en los colores que variaban sutilmente, no solo de las hojas de los árboles, también el agua del río parecía más oscura conforme avanzaba el invierno. Unos días con escarcha, otros con copos de nieve que no cuajaban, y otros con tímidos rayos de sol que asomaban entre las nubes.

Volvió a visitar a Leslie en la tetería, necesitada de calor humano y físico. Las infusiones que le preparaba le calentaban el alma tanto como la conversación con ella y con otros vecinos que frecuentaban el local casi a diario. Allí trabajaba en su proyecto que ya tenía escrito. Había empezado con la revisión y necesitaba cotejar datos, para lo que seguía yendo a la biblioteca un par de veces a la semana. Se dio cuenta de que, para no pensar, se enfocó más en el trabajo. Visto de otra manera, sus problemas sentimentales le dieron el empuje que necesitaba para acabar el proyecto en fecha. Sonrió porque ella misma se felicitó por haber tomado la decisión correcta.

Las tardes las dedicaba en cuerpo y alma a Vicky y, aunque temía los encuentros con Sebastian por si sacaba el tema de Ken, este nunca lo hizo. La respetaba demasiado como para distraerla de sus proyectos. Él sabía bien que, si estaban hechos el uno para el otro, de alguna manera se encontrarían como le pasó a él con Victoria.

Kenneth también encontró refugio en su trabajo. Su frío interior no era provocado por una ausencia, como el de Eva, sino que él lo construyó a conciencia. Desde niño mantenía esa coraza gélida, con su familia sobre todo. Tan solo Leslie y algunos amigos íntimos le proporcionaban algo de calor. Cuando tuvo más edad y con la ayuda de la psicóloga comprendió que no era para tanto, que magnificó lo que ocurrió y que Victoria no era ninguna bruja. Es más, le daba a Sebastian el amor romántico que no tuvo con Amanda, aunque le doliera escuchar que sus padres no se querían como pareja. Era un niño querido que no supo gestionar la gran decepción de su vida. A pesar de la ayuda de la psicóloga y de entender lo que ocurrió, no supo cómo deshacerse

de ese muro helado con el que había encerrado a un corazón sediento de cariño.

Uno de los motivos de alejarse de Dundee fue empezar de cero con amistades nuevas en la universidad de Edimburgo. Le costó porque su nombre era conocido y su historia salió en algunos medios de cotilleo social. Por eso no solía decir su apellido, como hizo cuando conoció a Eva. Se maldijo por no darse cuenta desde el primer momento de que era española, con ese acento tan londinense, y de que estaba con Helena, la amiga de Victoria, en el pub en el que se encontraron. Sus ojos solo eran para Eva y no reparó en nada más.

Amanda se asustó al verlo de nuevo tan encerrado en sí mismo y le aconsejó que volviera a hablar con la psicóloga. Él era consciente de que estaba teniendo un retroceso por culpa de sus miedos, algo había aprendido en esos años, y se decidió a escribirle un correo electrónico pidiéndole una sesión. Ella le sugirió que le contara todo, con pelos y señales, en otro correo para ir preparada a la cita. Y esa fue su sesión de terapia, porque al verlo por escrito, él mismo fue despejando dudas, podando ideas y quedándose con la raíz de su problema: el miedo a no ser querido, a que su amor no fuera correspondido. Solo dos mujeres, su madre y Leslie, le querían sin más. ¿De verdad pensaba que su padre no lo quería igual? ¿O Vicky? ¿Él les quería? ¿Y Eva? ¿Pasaría algo si lo rechazaba?

Capítulo 16

NAVIDAD EN ESCOCIA

—¿Has hablado con mamá? —preguntó Helena.

—Sí, anoche. Vaya desastre.

—¿Por qué? A mí me parece genial.

—No sé —respondió Eva cambiando el cruce de piernas. Estaban sentadas en el banco de un parque cercano al colegio donde jugaban Sophie y Vicky con otras amigas—. Tenía mis planes hechos y me apetecía ver a mi gente de Madrid.

—Ya, eso sí. A mí me viene genial que sean ellas las que vengan este año y no tener que movernos hasta el verano, la verdad. La familia de Duncan nos echa de menos cada Navidad. Para ellos son fiestas muy especiales.

—Claro. Lo entiendo.

—Siempre puedes ir para Nochevieja y quedarte unos días. Aprovecha y viajas con mamá y las tías.

—Será si el conde me da vacaciones —rio.

—Seguro que sí. Está encantado contigo. —Helena se giró cayendo en la cuenta de las palabras de su hermana—. ¡Oye! ¿Eso quiere decir que te quedas? Porque estabas de prueba hasta Navidad, ¿no?

—Aún no he decidido nada. El proyecto lo tengo muy avanzado y me queda poco para cerrarlo. Esta semana tengo que hablar con mi tutor y, de lo que me diga, dependerá mi decisión.

—¿Solo de lo que diga tu tutor? —Helena le guiñó un ojo y se levantó con rapidez al ver a su hija pequeña llorando—. Ahora vuelvo.

Eva sabía que el comentario iba dirigido a su maltrecho corazón, aunque después de tres semanas sin saber nada de Ken, ya había dejado de pensar en él. O no. Si era sincera con ella misma, se daba cuenta de que lo seguía buscando entre la gente cada vez que iba a Dundee.

Incluso una vez entró en la tienda de su madre y se compró un jarrón que no necesitaba para unas flores que no tenía.

Fue la semana siguiente a la del encuentro en el hospital. Eva salió de la biblioteca para hacer un descanso y comer algo. Caminando enredada en sus pensamientos llegó al centro sin saber cómo. Se paró para situarse en una ciudad que todavía no conocía bien, y la vio en la acera de enfrente. La última vez que estuvo en esa calle, Ken estaba dentro con un ramo de flores en la mano que ella creyó que serían para su novia. Que el destino la hubiera llevado hasta allí la inquietó.

Tras pensarlo unos segundos, decidió entrar y conocer a la famosa Amanda. La tienda por dentro era mucho más bonita de lo que se podía pensar desde fuera. Como la encontró vacía, aprovechó para pasear por todo el local sin sentirse presionada por la mirada de una vendedora preguntona. Vio a un lado una estantería repleta de objetos de porcelana y loza para la casa: platos, tazas, fuentes, boles..., de todo. En el lado contrario, en otro expositor, cojines de todos los tamaños en tonos cálidos, muy otoñales, y delante varios sillones de distintas formas. El aroma la llevó hasta un mueble repleto de velas, cada cual más bonita, que le daban un toque

acogedor a cualquier casa. Había más objetos que no pudo explorar pues una voz dulce se le clavó en la nuca al verse sorprendida oliendo las velas.

—Hola. ¿Buscas algo en especial?

Eva se giró y casi se cae del susto al encontrarse de frente con los ojos de Kenneth, solo que en el rostro de una bella mujer de más de cincuenta años, que cargaba con una caja llena de adornos navideños.

—Disculpa —siguió la señora que debía de ser Amanda—, estaba en el almacén sacando el material para adornar la tienda. Voy a dejar la caja en el mostrador. Si necesitas mi ayuda, estaré allí.

—Gracias —fue todo lo que pudo articular. No sabía la razón, o quizá el haber visto muchas películas de Disney fuera una, se imaginaba a Amanda casi como una bruja. Y lo que veía era una mujer guapa, moderna, con aspecto bondadoso, educada y muy elegante.

De lo que Eva no tenía ni idea era de que Amanda sí sabía quién era ella. Al ver a su hijo tan abatido, habló con Leslie y con Sebastian, pero debía mantenerse callada y disimular para no enfadar a Kenneth, que no estaba al tanto de las pesquisas de su madre.

Las dos mujeres se estudiaban mutuamente con disimulo. Eva, cansada de dar vueltas y sin atreverse a iniciar ninguna conversación, cogió lo primero que vio delante de ella, un jarrón blanco con estrías en color beige, y lo acercó al mostrador que estaba lleno de los adornos que Amanda sacaba de la caja.

—¡Oh! Tienes buen gusto —alabó la dueña de la tienda.

—Gracias. —Eva se reprendió por no ser capaz de decir nada más que «gracias».

—¿Tienes flores para poner? Quedará precioso en cualquier parte —comentó callando que podía decirle incluso dónde colocarlo ya que fue ella quien decoró la casita del río.

—Sí —mintió—, me regalaron unas y no tenía dónde ponerlas.

—Mmmm, espero que haya sido un chico guapo.

—¿Quién? —se asustó Eva.

—Quien sea que te haya regalado las flores. Con lo guapa que eres, seguro que el chico ha estado a la altura con su regalo.

—Bueno. No salgo con nadie si es a lo que se refiere. ¿Todo esto es para adornar la tienda? —preguntó por cambiar de tema mientras Amanda envolvía el jarrón para protegerlo.

—Sí, voy a ordenar un poco y hacer selección antes de abrir las cajas con la nueva mercancía para vender. Dentro de nada tendré por aquí a medio Dundee comprando adornos. Espero que mi hijo pueda venir para ayudarme.

—¡Oh!, claro, mejor que la ayude alguien —respondió ruborizada sin atreverse a decir nada más al respecto.

—Si necesitas adornos ya sabes, en un par de días los tendré a la venta.

—Buena idea. Pasaré. Muchas gracias.

Pagó y salió a la calle, que la recibió con un frío helador en el rostro sonrosado por el calor de la tienda y la calidez de su dueña.

Cuando fue un hecho que su madre y sus tías iban a pasar la Navidad en Escocia, Eva se vino abajo. Quería aprovechar el viaje a Madrid para decidir sobre su futuro con la perspectiva que da la distancia. Y ya no podría ser. Durante cinco días sería presa de su familia que, además de varias comidas y cenas en casa de los padres de Duncan, harían visitas a la ciudad y a otras localidades cercanas como Perth. Por suerte podían alojarse en el castillo de su cuñado y no tendría que compartir su casa con ellas, aunque al menos una comida le tocaba organizar.

Decidió aceptar su realidad y ayudar a Helena con los preparativos. Si le daba la vuelta, pensó,

podía ser una Navidad especial. Y muy diferente. Tan especial y diferente como resultó ser, aunque aún no lo sabía.

Capítulo 17

ENCUENTRO PRENAVIDEÑO

Como cada año, Kenneth recibió una tarjeta de su padre y de Vicky felicitándole la Navidad e invitándole a comer con ellos en la casa familiar.

Y como cada año la dejó en una caja dentro del armario de su habitación en casa de su madre, aunque en su interior sintió un pellizco de arrepentimiento. Durante las últimas semanas había reflexionado sobre todo lo ocurrido desde que sus padres se separaron y tenía claro que su postura no era la correcta. Se sacudió los pensamientos, pues no tenía ni idea de cómo salir de esa historia que él solo se había creado en su cabeza. Estaba en una rueda que no dejaba de girar y saltar de ella lo asustaba.

Amanda estaba feliz porque su hijo hubiera podido coger unos días de vacaciones, después de unas semanas en las que dijo que tenía mucho trabajo. Kenneth lo hizo así creyendo que Eva estaría en España por Navidad y él no tendría que enfrentarse a ella porque, de verla, no sabía cómo iba a reaccionar. Se reconocía a sí mismo que la echaba de menos, veía su rostro a todas horas y le parecía escuchar su voz susurrándole al oído, y a la vez luchaba porque no fuera así.

—¿Qué planes tienes hoy? —preguntó Amanda dejando una humeante taza de café recién hecho delante de su hijo, que acababa de entrar en la cocina a desayunar.

—Pensaba ir a ver a Leslie y luego, si quieres, paso por la tienda a ayudarte y comemos juntos.

—Me parece perfecto, cielo. ¿Un poco de bizcocho de calabaza?

—Imposible negarme a semejante manjar, mamá. Voy a tener que salir a correr para deshacerme de tantas calorías —bromeó y le dio un beso en la mejilla.

—Mira qué eres —le reprochó dándole con el trapo en el hombro—. Recoge esto que yo me tengo que marchar ya. Nos vemos luego. Dale un beso de mi parte a Leslie.

Amanda salió de la casa diez minutos después para abrir la tienda dejando a un Kenneth pensativo. Se daba cuenta de la suerte que tenía con su madre y por eso nunca entendió por qué Sebastian no la quería. Empezaba a comprender que en el amor no entra en juego lo mejor o peor que sea una persona, ni lo guapa o inteligente. Tenía que sentirlo desde dentro y es algo que jamás experimentó hasta conocerla a *ella*. Una vez leyó que la pareja debía de sentirse como el lugar favorito del mundo en el que estar, y le pareció una cursilada que empezaba a cobrar sentido.

Dio otro bocado al bizcocho, se sirvió más café y abrió su *tablet* para escribir sobre esos pensamientos en correos electrónicos que se mandaba a sí mismo cuando la psicóloga le aconsejó que siguiera escribiendo, como ese primer texto que le envió a ella, y que solo la llamara si no se sentía mejor y las palabras escritas no lo ayudaban a encontrarse.

Una hora después aparcaba delante de la tetería un poco contrariado: le había parecido ver movimiento en la antigua casa de su madre junto al río en la que vivía Eva. Se prometió no mirarlo sin conseguirlo. Al pasar por delante, se le removieron los recuerdos no solo de cuando sus padres se separaron y ocupó esa casa con su madre, sino también los de Eva. Se convenció de

que sería alguien limpiando o el jardinero, porque estaba seguro de que ella estaría con su familia en Madrid pasando las navidades.

Nada más verlo entrar, Leslie se le tiró al cuello y le dio un sonoro beso en la mejilla que hizo girarse a algunos clientes.

—¿A qué viene esa alegría? —preguntó Ken a su amiga.

—Ven —le dijo tirando de su mano para alejarlo de la clientela—. Ya es oficial: Teo y yo somos novios.

—Enhorabuena, me alegro muchísimo. --Ken la abrazó y ella respondió con otro beso—. Como sigas así tu novio me va a moler a palos.

—Qué va, si te adora. Luego lo verás. Venga, te pongo el té del día.

Leslie se dio la vuelta para preparar la infusión que enseguida le puso delante con unas galletas de jengibre con formas navideñas.

—Déjalo cinco minutos y verás qué cosa más rica.

—¿Qué lleva?

—Bah, te lo digo que tú no lo adivinarías ni en cien años. Lleva unas hojas de mora, anís, hinojo, hojas de frambuesa y de fresa, flores de caléndula, pétalos de rosa, bálsamo de limón, aroma de manzana, arándanos y menta. ¿Qué te parece?

—¿Todo eso cabe ahí? Jamás lo hubiera adivinado. Eres una artista.

—Bueno, ¿y tú qué? —lanzó Leslie sin anestesia sentada en el taburete contiguo—. ¿Has hablado ya con Eva?

—No, Leslie. Deja ese tema —dijo bajando la voz.

—Deberías. La has cagado, amigo. Has volcado en ella tus miedos más tontos. Y lo sabes.

—Lo sé, lo sé. ¿Por qué eres tan sabionda?

—Porque te conozco. ¿Y bien? No me cambies de tema.

—No he decidido nada. Cuando Eva regrese después de Navidad vendré. A lo mejor para entonces no quiero nada con ella, ni ella conmigo. Me da igual.

—Ella no... —Leslie se arrepintió a tiempo de confesarle que Eva no se había ido cuando intuyó que no lo sabía, gracias a una idea que se le cruzó por la mente.

—¿No, qué?

—Que no sé cuando estará por aquí —resolvió decir para salvar la situación—. ¡Venga! Ayúdame a encender la chimenea que tengo que trabajar.

El chico pasó el resto de la mañana ayudando a su amiga mientras ella maquinaba en silencio un plan para provocar que Eva y él se encontraran.

Cuando más tarde fue a comer con su madre, esta no le dijo que Helena y Eva habían estado en la tienda esa mañana comprando adornos navideños para la comida familiar. Helena le presentó a Eva que saludó ruborizada pero Amanda, con la elegancia y educación que la caracterizaba, no la puso en un compromiso y la trató como si fuera la primera vez que la veía, gesto que agradeció para no tener que dar explicaciones a su hermana. Aunque, pensaba Eva, podría ser que de verdad no la hubiera reconocido. No encontraba ninguna razón para que tuviera que disimular, ya que Eva no tenía ni idea de si la madre de Ken sabía algo de su intento de relación.

Compraron algo de muérdago y unos adornos para el árbol con formas de animales que les habían pedido las niñas.

Eva se entretuvo mirando postales para enviar a sus amigos y no se enteró de la pregunta que Helena le hizo a Amanda:

—Entonces, ¿venís el día siguiente de Navidad?

—Eso espero. No sé si convenceré a mi hijo —contestó haciendo una mueca de desesperación.

—Me llevo estas —anunció Eva, que puso sobre el mostrador un taco de tarjetas navideñas y las dos mujeres interrumpieron su conversación.

Al salir de la tienda, Eva recibió un mensaje de Leslie proponiéndole unirse a la cena de Navidad que organizaba cada año para sus empleadas, que en realidad solo eran dos, y así ser un grupo mayor, ya que por las horas que pasaba cada semana en la tetería se podría considerar una más. A Eva le hizo ilusión tener una cena de empresa como la mayoría de la gente que conocía y que siempre había echado de menos. En la academia de idiomas de Londres no la organizaban con la excusa de que los profesores, la mayoría extranjeros, se iban a sus países en las vacaciones navideñas.

A las cinco y media estaba en la tetería, puntual como un reloj suizo. Leslie había cerrado el local para estar solas en la cena que había pedido a un catering de la ciudad. Eva ayudó a Leslie mientras llegaban las dos chicas. La mesa estaba preciosa con un mantel blanco y cubre manteles rojos, la vajilla a juego y adornos por el centro. Dejó la luz tenue apoyada por los reflejos de la chimenea y unas cuantas velas que, le contó, eran de la tienda de Amanda.

Dos horas después llamaron a la puerta. Leslie dio un respingó y miró el reloj:

—¡Ya están aquí! Chicas, se me ha pasado volando. Gracias por este rato de risas. Venid, vamos a brindar antes de abrir.

Rellenó las copas de champagne y brindaron deseándose lo mejor en la vida como tocaba hacer en una cena de ese tipo. A los golpes en la puerta se añadieron los gritos:

—¡Abre ya! ¿Qué os pasa? Nos estamos congelando.

—¿Quiénes son? —quiso saber Eva, extrañada porque no tenía ni idea.

—Nuestros amigos. Vamos a hacer una fiesta no-familiar —rio—. Todos los años hacemos lo mismo, primero cenamos solas y luego se unen nuestros colegas en una fiesta informal.

Leslie fue a abrir la puerta mientras las chicas despejaron la mesa y entraron al almacén a por bebidas ante una expectante Eva, que no se enteraba de nada. Sospechó la razón de que no le contaran sus planes para esa noche al ver a Kenneth dejando su abrigo en la percha que había junto a la puerta. Observó sus movimientos al quitarse la prenda de espaldas a ella e ignorante de su presencia, el cabello rubio con tonos caoba algo más largo que la última vez que lo vio, los músculos que asomaban debajo de la camiseta blanca cuando se despojó del jersey verde oscuro que le sentaba tan bien, y la espalda tan robusta y perfecta. No quiso bajar más la mirada y alzó la cabeza para encontrarse con sus ojos almendrados cuando él se dio la vuelta. Los dos se quedaron quietos, con sus mentes navegando en una nube de confusión y los corazones galopando salvajes a punto de salirse del pecho.

Los dos sintieron lo mismo durante un tiempo que pudo durar minutos o segundos, nunca lo supieron, pero que los dejó enlazados por un hilo invisible para el resto de sus vidas.

Leslie rompió el embrujo al acercarse a Ken para darle un abrazo a modo de saludo. Entre ellos siempre había gestos físicos de cariño que Teo aprovechaba para hacerse el celoso y demandar esos mimos para él. Eva se dirigió al resto del grupo para saludar a su vez y felicitarles las fiestas procurando disimular el temblor de sus piernas. ¿Por qué se sentía así? Ni que nunca le hubiera gustado un hombre, se reprendió. Desde luego no sentía lo mismo que con Simon, que solo fue atracción física, aunque se diera cuenta demasiado tarde. Nunca notó ese pellizco en la boca del estómago que sentía al tener a Ken cerca. ¿Sería eso verdadero amor? Se anotó mentalmente la pregunta para comentarlo con su enamoradísima hermana Helena.

De lejos veía como Leslie y Ken se hablaban al oído sin posibilidad de saber que su amiga común trataba de convencer al chico para que no se fuera, acusándola de haber montado una

encerrona.

—Pero, Ken, si todos los años hacemos esta mini fiesta. No es ninguna encerrona —protestó Leslie.

—Lo es desde el momento en que se te pasó comentarme que ella estaría aquí —ironizó.

—¿Y qué más da eso? Es mi amiga y me dijiste que no querías nada con ella. Te lo pregunté, ¿recuerdas?

—Eso no es exacto, no me líes. Tampoco se te ocurrió decirme que no se había ido a pasar las fiestas con su familia.

—No, su familia ha venido aquí. Perdona si no me di cuenta.

—Claro que te diste cuenta, sabionda. Te conozco.

—Venga, compórtate como un adulto y hablad —le dijo poniendo un puchero. Lo besó en la mejilla y tiró de su mano para acercarse a los demás—. Vamos, que nos estamos perdiendo la fiesta y esta gente va a acabar con todo.

En cuanto Teo pasó por su lado, se colgó de su cuello y se alejó dejando a Kenneth sin saber hacia dónde ir. Eva se acercó sigilosa y con la ansiedad de saber por su propia boca qué es lo que pasaba con ella.

—Para ser una tetería hay de todo menos té.

Él ladeó la cabeza hacia la derecha para verla y sonrió.

—Sí, Leslie es peculiar hasta para eso.

A Eva le calentó el corazón notar sinceridad en su sonrisa y a él le bailó al ver un destello en los ojos de ella.

—¿Quieres tomar algo? —dijeron los dos a la vez provocando una carcajada de las que rebajan la tensión.

Se sentaron en los escalones de acceso al jardín, algo alejados del resto de los invitados, con un botellín de cerveza cada uno que no bebieron.

—Lo siento —decidió decir Ken para no retrasar más el momento de las disculpas.

—¿El qué?

—Todo. Me hice una idea equivocada de ti. He sido un estúpido.

—No pasa nada. Tenías tus razones. Y yo las mías.

—¿Tú? Si toda la cagada es mía.

—Bueno —dudó Eva hasta dónde contarle—, yo he contribuido por dos razones. Una es que llegué aquí con idea de marcharme pronto y la otra... —se quedó pensativa.

—¿La otra? —susurró Ken con la voz grave.

—Que mi última relación ha sido muy complicada y no quiero volver a equivocarme. De hecho, no deseaba tener más relaciones hasta que te conocí.

Kenneth la rodeó por los hombros con su brazo al ver que le había dado un escalofrío y depositó un beso en el pelo.

—Leslie me lo contó.

—Lo suponía. No me voy a enfadar con ella porque lo haría por mi bien, igual que a mí me contó lo de tus padres. Por cierto, tu madre es guapísima y la mujer más elegante que he conocido en mi vida. Y amable, educada...

—Para, para —rio—. Lo sé. Es la mejor. No tienes que convencerme de ello.

Eva se separó para darle un suave empujón de protesta mientras él reía. Se quedaron frente a frente, recogiendo ese hilo invisible que los unía hasta tirar de ellos y unir, poco a poco, sus labios.

El beso fue suave, de reconocimiento, con sabor a perdón. Él pasó la mano por debajo de la

oreja de Eva, presionando levemente para acercarla más. De ningún modo quería forzarla después de lo que le pasó con su maldito ex. Ella accedió abriendo más los labios para profundizar en el beso que tantas semanas llevaba deseando.

La danza que se bailaba en sus bocas les hizo perder la noción del tiempo, ajenos como estaban al otro baile, el de sus amigos, en el interior del local. Ken empezaba a volverse loco al notar cómo la sangre se concentraba en el lugar menos idóneo en ese momento.

—¡Cómo he podido perderme esto!

—¿Por tonto? —bromeó Eva—. Venga, vamos con todos.

—Sí, pero ¿esta vez podré acompañarte a casa?

Capítulo 18

MI LUGAR FAVORITO

La fiesta no duró mucho más. Ken y Eva deseaban irse tanto como Leslie y Teo, impulsados por la ansiedad de estar juntos cuando comienza una relación. Recogieron entre todos y salieron del local después de colgar el cartel de que al día siguiente estaría cerrado.

El frío de diciembre sobrecogió a unos mientras que a otros, los que habían bebido de más, les bastaba con su calor interno provocado por el alcohol.

Ken rechazó el coche de los amigos con los que había llegado a la tetería para meterse en el de Eva. Llegaron enseguida a la casa iluminada por las luces exteriores que ella dejó encendidas. Desde fuera se veía el titilar de las luces navideñas que también dejó conectadas porque odiaba entrar a oscuras en la vivienda.

Aparcó delante de la puerta de entrada. Cuando iba a salir, Ken le puso la mano en el brazo para impedirlo.

—Espera un momento, por favor.

—¿Pasa algo? —preguntó preocupada.

—¿Sabes que yo viví aquí cuando se separaron?

Eva comprendió que para Ken significaba un momento duro en su vida. Se recostó en el asiento y esperó.

Él agradeció ese espacio que le daba sin decirle que todo ya pasó, que no tenía importancia o cualquiera de las frases hechas que le solían decir desde niño. Ese respeto hacía él hizo que la quisiera más.

—¿Estás mejor? —susurró cogiéndole de la mano.

—Algún día tenía que volver y quién mejor que tú para no hacerlo solo —aseguró mirándola a los ojos que brillaban en la oscuridad del coche.

—Eso es precioso. Gracias, Ken.

Salieron y de la mano llegaron hasta la puerta. Eva introdujo las llaves pero antes de abrir, se paró.

—Una cosa —dijo, y Ken se puso algo nervioso—, notarás mi toque personal, no creo que esté como la recuerdas.

—¡Uf! Me lo imagino. Gracias.

Entró ella delante y lo llevó hacia el sofá. Antes de llegar a sentarse, él tiró de su mano para traerla hacia su cuerpo y la besó.

Se recorrieron el uno al otro con la manos, por encima de la ropa, por debajo, mientras se besaban, inspeccionando la piel que tanto habían deseado acariciar. Gustándose.

—Vamos arriba que hace menos frío —sugirió Eva.

Al llegar a la escalera cogidos de la mano, Ken se volvió a detener.

—¿En qué habitación estás? —preguntó como si eso fuera motivo de una preocupación que Eva no entendía.

—En la de la derecha; la que tiene mejor vistas al río. ¿Por?

—Esa era la mía. Me alegro de que la hayas escogido.

Eva pensaba que qué jugueterón era el destino, que los había unido con tantos detalles antes incluso de conocerse.

Siguieron besándose al entrar en la habitación al tiempo que la ropa que los cubría caía al suelo, prenda a prenda.

—Eres preciosa —sentenció antes de besarla en el cuello, ayudándola a que se tumbara sobre la cama.

La beso en el cuello, le acarició los senos para luego besarlos también a la vez que ella acariciaba su espalda primero y los muslos después hasta llegar, suavemente, a su miembro erecto. Él bajó la mano para ayudarla antes de introducirse en ella suavemente. Ken apoyó las manos a los lados de Eva y sin dejar de mirarse a los ojos comenzó un baile rítmico con la única música de sus jadeos; un dos, un dos, un dos y así hasta que la música subió de intensidad y el ritmo se volvió frenético, culminando en un éxtasis explosivo como una banda sonora ejecutada por expertos amantes que componía su propia pieza músico-sexual.

Ken se recostó al lado de Eva y le acarició el rostro apartando unos mechones de pelo que le caían sobre los ojos.

—¿Estás bien?

—Sí, mucho —contestó ella dejando un beso en sus labios carnosos y suaves.

—Me gustas mucho, Eva, a pesar de que seas española. —La sonrisa con la que lo dijo no evitó que le diera una colleja.

—¡Qué bobo! Tú tampoco eres como imaginaba a los escoceses.

—¿Cómo crees que somos? Esto se pone interesante.

—Rudos, maleducados...

—Todos no somos así, vaya estereotipo.

—Menos Sam, Ewan y Sean —nombró a los actores escoceses que más le gustaban, guiñando un ojo.

—Me pido estar en ese grupo. ¿Qué tengo que hacer?

La respuesta a la pregunta que dio Eva fue sentarse encima de él y empezar a besarlo en el cuello.

—Tendrás que ganarte el puesto. A ver qué sabes hacer.

Esa segunda sinfonía de amor fue más pasional que la primera en la que se estaban reconociendo. A Ken no se le iba de la cabeza lo que Eva pasó con su ex y no quería ser brusco. Por eso la primera vez procuró ser suave, atento y cuidadoso. La segunda vez fue ella la que marcaba el ritmo, y ¡qué ritmo! pensó Ken que se dejó llevar hasta la nota más alta con una ejecución extraordinaria que lo dejó exhausto y pleno de placer.

El olor a café que llegaba a sus fosas nasales la despertó. Necesitó unos segundos para situarse y darse cuenta de que sentía una mezcla de cansancio y energía renovada en su cuerpo, gracias a una noche de la que recordaba cada segundo, cada caricia y cada beso.

Se vistió atropelladamente con unos *leggings* y una camisa enorme que era de su padre, se hizo una coleta y bajó atraída por ese olor.

—Necesito uno de esos, doble por favor —pidió señalando a la cafetera humeante.

—Buenos días, ¿no? Sin saludo no hay café.

Eva lo besó colgada de su cuello. Se había puesto el pantalón vaquero que llevaba la noche anterior sin camiseta permitiendo a Eva acariciar su torso musculado.

—Venga, el café y luego te enseño alguna cosa de la casa que seguro que no conoces.

Se sentaron en la mesa de madera que separaba la cocina en dos ambientes, mirando hacia el ventanal desde el que se veían los árboles de la vereda del río.

—¿Te has sentido mal por estar aquí? —le preguntó Eva.

—La verdad es que menos de lo que pensaba. Ya sabes, mis miedos tontos y absurdos.

—Bien, pero no seas tan duro contigo mismo —sonrió—. Me alegro de que no estés muy afectado porque así te puedo decir que esta casa es una pasada. Me encanta —expresó contenta.

—He visto que mi padre ha cambiado cosas. Las camas, por ejemplo, y algunos muebles.

—Sí, supongo que la arreglaría para poder usarla. Y por respeto a tu madre, seguro.

—Eso ya no lo sé.

—Kenneth Rutherford —era la primera vez que lo llamaba por todo su nombre y le sorprendió—, debo decirte que tu padre también me encanta. —Se dió un momento para ver la cara de susto que puso antes de seguir—. No tanto como la casa y menos que tú, es cierto. Sebastian y Vicky son dos seres que merecen la pena. Y creo que tus movidas te ciegan si no eres capaz de verlo.

—¿Vas a hacerme terapia? Porque si es así me largo de aquí ahora mismo.

Eva se acercó a él y lo besó.

—Esta es la terapia que me gusta —dijo él a cambio de un nuevo pescozón de Eva, que no le impidió seguir besándola mientras le desabrochaba los botones de la camisa.

Un rato después, con el café frío y los cuerpos satisfechos, salieron al porche que daba al jardín a tomar el aire y refrescar sus pulmones. Después, Ken le enseñó algunos rincones de la casa en los que Eva no había reparado, ya que solo se movía por las zonas que necesitaba. La llevó hasta una escalera escondida por la que se accedía a una buhardilla vacía. Se dirigieron a un lado donde había una puerta más pequeña de lo normal, asegurada con varios pestillos que Ken abrió con soltura. Salieron a una minúscula terraza en el tejado de la casa desde donde se veía gran parte del río, el pueblo a un lado y Dundee al otro.

—Los días claros se ve hasta el mar —le mostró Ken señalando hacia el horizonte.

—Esto es increíble, Ken, gracias. Y yo sin subir aquí. Sebastian no me dijo nada.

—Es probable que no lo sepa. Él nunca ha vivido aquí —manifestó con un tono apenado—. Cuando se separaron, me escondía en este rincón.

—¿A pensar?

—No —sonrió con tristeza—, no pensaba mucho. Más bien venía a maldecir sin que nadie se enterara. Poco a poco lo convertí en mi refugio. Cuando estaba aquí mi madre me dejaba, sabía que necesitaba estar solo. Era mi lugar favorito.

—¿Era? ¿Ya no lo es?

—No —contestó con voz ronca—. Ahora, mi lugar favorito eres tú, Eva.

Capítulo 19

FIESTA POST-NAVIDAD

Los días de celebraciones navideñas apenas se vieron. Ken decidió no acudir a casa de su padre aunque ya no estaba enfadado con él. Prefería verlo antes en circunstancias más normales, y no rodeados de una familia paterna que hacía años no veía. Además, no quería dejar sola a su madre con la que, como otras veces, fue a Perth donde pasaron dos días con sus abuelos maternos, sus tíos y primos.

Eva, por su parte, estaba muy entretenida con su familia venida de España. Entre su madre, las tías y las sobrinas, no hubiera podido dedicarle tiempo a Ken. Él sabía que necesitaba ese contacto familiar después de tantos meses sin sentir su abrazo y le dejó su espacio.

El día de Navidad, por la noche, Kenneth y Amanda volvían a Dundee. Otros años él se quedaba unos días con la familia y su madre regresaba para abrir la tienda en la época de más venta, pero esta vez no. Estaba deseando volver y quedar con Eva. El teléfono móvil de los dos echaba humo de la cantidad de mensajes que se enviaban al día, a veces con tonterías que los hacían sonreír. Una forma de recordarse que pensaban en el otro, como si fuera necesario.

Quedaron para el día siguiente al de Navidad por la noche después de la comida que cada uno tenía por separado: Eva con la familia de Duncan que organizaba para despedir a su madre y a sus tías, y Ken con la suya que no le contó nada más. Amanda quería darle una sorpresa, y sin duda se la llevó cuando llegaron al castillo de Duncan y vio de lejos a Eva jugando con sus sobrinas.

—¿Qué hacemos aquí, mamá? ¿Es una encerrona?

—Kenny, cariño, nunca te he mentido y no lo voy a hacer ahora —le confesó sin salir del coche—. No lo llares encerrona que me hace sentir mal. Sebastian y Vicky están invitados a esta comida igual que nosotros.

—¡Mamá! ¡No me hagas esto! Hoy no, por favor —pidió enfadado.

—Cariño, si no es hoy, ¿cuándo?

Ken se quedó pensativo mirando hacia el infinito por la ventanilla del coche. Una figura se coló en la trayectoria de su vista hacía la nada: Eva lo observaba incrédula porque no sabía que asistiría a ese *lunch* y, a la vez, sorprendida porque no salían del coche. Al verla, el corazón de Ken se agitó. Deseaba abrazarla más que nada en el mundo y que le diera esa seguridad y esa calma que le transmitía solo con mirarlo.

—Si no lo haces por tu padre ni por ti, hazlo por ella. —Su madre lanzó una flecha directa a su corazón que lo hizo reaccionar—. Aunque no lo creas, esta situación también le afecta.

Kenneth se volvió hacia Amanda y le pidió un abrazo con la mirada que ella enseguida le dio. Salieron del coche y fueron al encuentro de Eva que se acercaba hacia ellos.

Eva solo tenía ojos para la apuesta figura del hombre que se había colado por todos los poros de su piel. El cabello rubio oscuro, ligeramente caoba, se movía con el movimiento al andar, llevaba un gorro de lana en la mano y el abrigo abierto. Conforme se acercaba, la sonrisa que se dibujaba en su cara era cada vez más amplia. Se abrazaron ante la complicidad de Amanda que se sentía feliz por ellos. Ojalá ella hubiera podido darse a un amor sincero y profundo como el

que percibía en su hijo.

Kenneth evitó a su padre, al que solo saludó, aprovechando que la reunión se dividió en dos, por una lado los mayores de las familias y por otro los más jóvenes como él y Eva que conversaban con Emily y Rodrigo, además de tener a las niñas alrededor de ellos todo el tiempo.

—Emily, vuestro castillo es precioso.

—Bueno, es de Duncan —le aclaró—, y sí. Lo es. No le di el valor que tiene hasta que me fui de aquí.

—Ken, no me digas que nunca habías venido —se sorprendió Eva.

—Jamás. Es la primera vez que vengo y debo decir que me encanta. Me gusta que esté tan cerca del mar.

—Tiene unas vistas increíbles. Al menos para mi que estoy acostumbrada al mar mediterráneo que es más calmado. ¿Quieres que te enseñe un lugar que te va a encantar? —sugirió Eva.

Salieron por una puerta trasera directamente al jardín que se extendía hasta los acantilados. Pasearon despacio, de la mano, sin apenas hablar, asombrados por la belleza del paisaje. El mar se abría ante ellos conforme se alejaban del castillo dejando a su espalda el verde del bosque que rodeaba la propiedad.

Apenas podían verse los ojos enmarcados por los gorros de lana y las bufandas que les cubrían hasta las orejas. El frío les iba calando y les daba la excusa para abrazarse más y calentarse con su contacto.

Llegaron al límite desde donde se veía el mar oscuro y bravo de la costa escocesa. Eva se quitó la bufanda para dejar que el viento salado le refrescara la cara y respiró, con los ojos cerrados, empapándose de la naturaleza viva. Ken la observaba divertido.

—Te vas a enfriar.

—Me da igual. Esto es maravilloso y lo quiero disfrutar. No sabes lo que supone para mí después de haber vivido en una ciudad como Londres. Escucha —le dijo levantando la mano para que no le contestara.

—¿Lo ves? Nada —dijo Eva divertida ante la cara de Ken que parecía querer adivinar qué es lo que tenía que oír—. A esto me refiero. No hay ese ruido de fondo, constante, de la ciudad. Este silencio me fortalece, me da vida.

—Así que a la española le gusta mi país. —Ken se puso tras ella y la rodeó con sus brazos apoyando la barbilla en su hombro. Eva inclinó la cabeza un poco hacia atrás para que las mejillas se tocaran y así estuvieron contemplando el mar unos segundos hasta que ella se soltó.

—Ven —le pidió—, que este no es mi lugar favorito.

Echó a andar después de guiñarle un ojo. Siguió el sendero que iba en paralelo al acantilado por el que solía correr Duncan cada mañana. A unos metros, el camino se dividía en dos. Tomaron el de la derecha que les llevó hasta un mirador protegido por una valla y en el que había un banco, donde se sentaron.

—Dicen que en los días claros se ve Dinamarca por allí —señaló hacia el horizonte—, pero yo no me lo creo. Está demasiado lejos.

—Vendremos en un día claro y lo comprobamos, ¿vale? —respondió Ken sin mirar hacia el mar. Eva se dio cuenta de que la observaba y se giró para encontrarse con sus ojos anhelantes. Se besaron dando calor a unos labios helados y sus cuerpos se encendieron sin necesidad de nada más. Ambos desearon estar en otro lugar para poder acariciar sus cuerpos demasiado abrigados en ese momento.

Un ruido les hizo separar sus bocas. Eva se sonrojó al ver a Sebastian tras ellos mirando al infinito para disimular que los había visto en acción.

El conde Rutherford no dijo nada. Tan solo hizo un gesto a Eva señalando a su hijo con la barbilla. Ella lo entendió enseguida, dio un beso a Ken en la mejilla susurrándole que ese era su momento y que lo esperaba dentro. Él le apretó la mano.

—No sé si puedo —dijo en voz muy baja.

—Claro que puedes, Kenny. Dale una oportunidad.

Volvió a besarle antes de irse. Él se levantó y se quedó apoyado en la valla, mirando hacia el mar mientras procesaba sus emociones y ordenaba los pensamientos. Eva le dio un apretón a Sebastian en el brazo al pasar por su lado infundiéndole fuerzas, y se alejó hacia el castillo dejando para ellos toda la intimidad que daba la soledad del lugar.

El calor del interior del castillo reconfortó a Eva que llegó temblando, por el frío y por los nervios. Para ella era muy importante esa reconciliación entre dos personas a las que quería profundamente, de distinta manera. Con Kenneth estaba descubriendo un amor sincero, sano, que era hogar. Por su parte, Sebastian significaba la seguridad, la educación, el respeto y el amor filial. Se sentía cómoda con la familia Rutherford. Vicky apareció dándole un abrazo que interrumpió el hilo de sus pensamientos en los que también estaba ella, una niña que le robó el corazón. Sin duda el conde supo rodearse de buenas mujeres, porque Amanda era excepcional y le dolió saber que no fue feliz en su matrimonio y renunció al amor de pareja.

Una media hora después, cuando empezaba a anochecer, padre e hijo entraban en el salón ateridos de frío. Helena pidió unas infusiones para ellos, que una de las cocineras trajo enseguida, y los dejaron sentarse junto a la chimenea. Ninguno contó nada. Las niñas se sentaron en el suelo junto a ellos y pronto los demás les acompañaron. Emily y Helena hicieron de animadoras proponiendo juegos familiares, consiguiendo que un día que comenzó lleno de incertidumbres terminara con risas y corazones plenos.

Nadie les preguntó, respetando una intimidad padre-hijo que solo a ellos incumbía. Por eso no contaron que hubo pocas palabras y mucho cariño.

Cuando Eva los dejó, Sebastian se acercó a su hijo y le puso la mano en el hombro, dándole calor y seguridad. No quería enfrentarlo, solo que supiera que siempre estuvo ahí para él.

Kenneth no pudo aguantar más de un par de minutos y se giró encontrándose con los ojos anhelantes de su padre. Giró su cuerpo para abrazarse a él rompiendo así todas las barreras internas que no le habían permitido hacerlo antes.

Un abrazo que recogía todos los que no se dieron en el pasado y que ambos deseaban, aunque en el caso de Kenneth no lo había reconocido hasta esos días. ¿Habría sido Eva el hada que necesitaba para obrar la magia?

—Lo siento —balbuceó Ken con lágrimas en los ojos.

—Hijo, yo lamento no haber sabido acercarme a ti y darte lo que necesitabas. Pero, ¿sabes? —Se separó un poco para poder mirarle a los ojos—. Estoy muy orgulloso de ti. De ti y de tu madre.

—Gracias, pero no me lo merezco.

—No estoy de acuerdo. Siempre he estado pendiente de ti, deseando que este momento llegara porque sabía que volvería a abrazarte y a sentirte cerca. Cada uno debemos darnos cuenta de las cosas por nosotros mismos. Sé que estás viviendo un momento único y debes darte con todo tu corazón, hijo.

—Hijo... —repitió—. Suena bien, papá.

—Te quiero muchísimo, no sabes cuanto. Y te he echado de menos.

Kenneth se quebró otra vez al escucharlo y volvió a cerrar el abrazo.

Al separarse, Sebastian lo rodeó por los hombros y así permanecieron un rato más con la vista

puesta en la inmensidad del mar como un señal de que el futuro aún estaba por explorar y que se abría a ellos con infinitas posibilidades.

Capítulo 20

JUSTO AHORA

—¿De verdad te tienes que ir a Londres?

—Sí, Ken, no tengo más remedio. Debo presentar mi trabajo de estos meses y defenderlo ante el Tribunal de la universidad, y después las prácticas que me han asignado —contestó Eva pletórica de alegría; por fin veía su sueño cada vez más cerca—. Ya te lo he explicado con detalle.

—Lo sé. Es que aún lo estoy asimilando.

Kenneth se encontraba en un cruce de caminos mental y sentimental. Otra vez las personas que más quería lo ponían a prueba. No bastaba con que de niño hubiera tenido que debatirse entre querer y no querer a un padre que, hasta hacía pocos días, consideraba un traidor que rechazaba a su hijo, sino que cuando por fin conoció a la que consideraba la mujer de su vida, esta se iba por un sueño aún mayor.

Volvía a considerarse a sí mismo como alguien que nunca era suficiente para los demás. Siempre había alguien o algo más importante que él. La más cercana que siempre estuvo a su lado fue su madre. De ella no le importaba que pasara tiempo en la tienda porque desde el inicio lo plantearon como un proyecto común y porque sabía que era un medio de vida, no un fin que pusiera por encima de su familia, como sí hizo su padre. La historia se repetía con Eva.

Sin embargo, él no era un tipo egoísta que quisiera ser el centro del mundo. La quería y por ese motivo la apoyaría para que consiguiera sus sueños aunque eso implicara dejar de verse. Ella tenía tanto derecho a desarrollarse profesionalmente como él. Gracias a su madre y a sus amigas no heredó el comportamiento machista de la nobleza escocesa.

Porque la quería, la dejaría marchar.

Sería feliz si ella también lo era.

Eva nunca se había sentido tan bien como esas últimas semanas. Vivía en una película de la que no quería saber el final: feliz en la casita del río, acogida por la familia Rutherford, cerca de su hermana y con las mariposas en el estómago que provocan el comenzar con una relación que la ilusionaba y la impulsaba.

Sin embargo, su cabeza le decía que no era el momento de tirar por tierra el trabajo de los dos últimos años y debía viajar a Londres, presentar su proyecto y trabajar en las prácticas que le dieran hasta encontrar un trabajo de verdad, acorde a su preparación tan meticulosamente planeada. Entonces, se podría plantear otros aspectos de su vida.

Lo tenía clarísimo cuando aceptó el trabajo en casa del conde Rutherford, mientras pasaba las mañanas estudiando y las tardes con Vicky, al transitar los días con los cambios de clima de Escocia, respirando su aire fresco y puro. Lo tenía muy claro hasta que llegó Ken.

Quería decírselo. Hablar con él sobre ese nudo que se le había colocado en medio de la garganta y ese revuelo que sentía en el estómago.

Sin embargo, lo notaba distante.

Le dio miedo que la rechazara, que le confesara que su atracción no estaba basada en el amor y, si se iba, lo más probable era que no volvieran a verse. Todo eso le decía su mirada perdida.

Ella intentaba leerle en los ojos pero él desviaba la vista y no le sostenía la mirada lo suficiente como para saber qué transmitían. Se sintió desplazada y pensó que así debió de sentirse Sebastian cuando Ken se encerró en sí mismo tras la separación, y rechazaba su cariño.

No llegaron a hablar con el corazón en la mano. El miedo se interpuso entre ellos.

Un miedo a la soledad que atenaza los corazones de cualquiera y que vuelve ciega a la persona que lo padece. Un miedo que no deja ver el amor aunque lo tengas delante, tal es la ceguera que produce y que estaban viviendo Eva y Ken.

El té estaba casi frío. Los dedos índice y pulgar aprisionaban el tallo de la cucharilla sin dejar de moverla en círculos, de izquierda a derecha y vuelta a empezar. La mirada ausente dirigida hacia el exterior de la tetería, sin fijarse en nada concreto, como si los ojos estuvieran en realidad dados la vuelta mirando hacia el interior de su cabeza que no dejaba de girar. Como la cucharilla.

—Eva, ¿dónde estás? —cortó Leslie con el carrusel de pensamientos de su amiga—. ¿Te lo vas a tomar o lo retiro? —añadió señalando a la taza que Eva ignoraba—. La lavanda y la miel deben de estar totalmente fusionadas con tanto movimiento circular.

—Vaya, perdona. Estaba...

—Sí, en tu mundo particular. Debe ser apasionante. No sé cuánto llevas así. Las chicas y yo hasta hemos hecho una apuesta.

—No serás capaz —reaccionó por fin Eva.

—No me pongas a prueba.

Las dos amigas rieron. Leslie se sentó un rato junto a Eva y siguió la conversación.

—Cuéntame qué te preocupa porque hasta que no lo escupas no te vas a sentir bien. Lo sé.

—Ay, Les, ni yo misma lo sé.

—Sí lo sabes, pero no lo ves. Te abro los ojos: estás sufriendo porque te tienes que ir. La profesión por la que has luchado tanto te llama y nada debe interponerse en tu camino.

—Más o menos. Ahora entiendo por qué Ken te llama *sabionda* —rio con tristeza—. ¿Sabes? Sueño con trabajar en esto, sin tener que dar clases para poder vivir. Sin embargo, pienso en volver a Londres y me entra una angustia tremenda. Los últimos meses fueron terribles por culpa del estrés, el miedo a que Simon reaparezca, el tráfico... Me he acostumbrado a esta vida tan apacible y me agobio solo de pensar en volver.

—¿Y buscar trabajo por aquí? Sé que parece obvio, por eso me extraña que no lo hayas considerado.

—Leslie, las prácticas debo hacerlas donde me indique la directiva del máster. Me han ofrecido tres opciones que evaluaré con ellos el día del examen y las tres son en Londres.

—Entiendo. Y, en esa rueda de pensamiento, ¿no te dejas algo?

—¿Algo?, no te entiendo.

—Vaya, ¿he dicho algo? Si se entera me mata. Me refiero a alguien en realidad, a nuestro querido Ken.

—Tu amigo está en Edimburgo, como bien sabes. Ya nos hemos despedido. Y... —dudó—, no creo que nos volvamos a ver. Al menos no de la misma manera.

—¿Ya os habéis despedido? Cuéntame que no me entero de nada —indagó Leslie queriendo saber hasta dónde llegaba lo que sentía por su amigo, al que deseaba proteger y que no le hicieran daño. Su dosis de sufrimiento estaba completada, como ella misma le solía decir a Ken, y no se merecería que ni Eva ni nadie le hicieran volver al dolor que sintió de niño.

—Sí, nos despedimos durante la nochevieja en Edimburgo a la que no pudiste venir, ¿recuerdas? —Le guiñó un ojo pues ella la pasó en Perth con Teo—. Ya sabes que él tenía que volver a la universidad dos días después de Navidad y se fue.

Leslie no había estado al tanto de sus amigos por culpa del trabajo. Durante las vacaciones navideñas muchos familiares volvían al pueblo y la tetería se llenaba de gente. Sabía que Eva fue a celebrar el fin de año a Edimburgo con Ken y poco más.

Ninguno le contó que tras la comida del día después de Navidad, cuando Ken se reconcilió con su padre, Eva lo invitó a dormir a la casita del río. Pretendía que le contara qué había hablado con Sebastian sin preguntarle directamente por no ser una entrometida. Él no contó nada. Los sucesos del día lo habían dejado tan exhausto emocionalmente que Eva se lo encontró dormido en el sofá cuando volvió del cuarto de baño. Lo tapó con una manta y se fue a su cama.

A la mañana siguiente bajó a la cocina hipnotizada por el olor a café. Ken estaba a punto de irse, pues tenía que pasar por casa de su madre antes de volver a Edimburgo. No disponía de mucho tiempo.

—¿Sabes? He pensado que como Vicky no tiene colegio, tal vez puedas venir a Edimburgo conmigo estos días de vacaciones.

—Ken —dijo riendo—, precisamente porque no tiene colegio tengo que estar más horas con ella. Es al revés. Imposible. ¿No puedes quedarte más? —imploró.

—No, tengo una reunión dentro de unas horas que ya no puedo cambiar —le dijo acariciándole la punta de la nariz. Luego, la rodeó por la cintura con los brazos y se apoyó en la encimera.

—Podrías hacerla *online* —sugirió torciendo la boca.

—Ya no. —La besó en los labios—. En serio. —Volvió a besarla—. No puedo.

Al tercer beso en los labios ella abrió la boca para dar paso a su lengua que se moría por sentir dentro de ella. Tras un suspiro y dejar la taza a un lado, Ken la tomó por la nuca y profundizó su beso dando rienda suelta a las ganas de ella que estaba reteniendo. Varias veces, desde que se despertó en el sofá y se dio cuenta de dónde estaba, estuvo a punto de subir a su antigua habitación y meterse en la cama con ella. Lo descartó todas y cada una de las veces que lo pensó. Prefirió dejarla descansar. Seguía con esa lucha de dejarla marchar libre o declararle su amor y ser pareja aunque fuera en la distancia. Ese compromiso no le parecía justo para ella.

Interrumpió sus pensamientos al notar cómo la mano de Eva le acariciaba el pecho por debajo de la camiseta, recorría los músculos de su estómago hasta frenarse al borde del pantalón. Él la tomó por los glúteos para alzarla hasta que ella lo rodeó con las piernas. Se besaron con la avidez del que sabe que puede perder lo que tiene en ese momento.

La sentó sobre la encimera y le desabrochó la bata que llevaba sobre su cuerpo desnudo. Fue una sorpresa verla así, y se quitó la camiseta en un solo gesto mientras Eva le bajaba el pantalón quedando tan expuesto como ella. La acarició y la besó por todas las zonas de su piel que la postura le permitía. Ella bajó la mano para ayudarlo a encontrar el camino hasta su entrada. Jugaron a rozarse aumentando el deseo de tenerse, de completarse al ser uno cuando él llegó al climax provocando un grito de placer en ella.

Abrazados, Ken la cargó hasta el sofá.

—No te vayas todavía, Ken.

—Llego tarde —musitó él sin moverse—. Me daré una ducha antes de irme.

Esa idea brilló en la mente de Eva que se incorporó tirando de Ken hasta el baño donde volvieron a unirse, esta vez bajo el agua, gozando el uno del otro a base de besos, empujones y caricias.

Todo eso no se lo contó ninguno a Leslie. Solo le dijo Eva que tras el desayuno, y sin haberle sacado nada sobre la reconciliación con su padre, con todo su respeto por ambos, él la invitó a pasar el fin de año en Edimburgo, adonde acudió tres días después.

El bendito GPS la llevó hasta la puerta del edificio de apartamentos en el que vivía Kenneth: un edificio austero que alojaba estudiantes y profesores jóvenes de la universidad. Eva se alegró de que no hiciera gala de la buena posición de su familia y tratara de ser uno más.

Él bajó a buscarla en cuanto le avisó de que había llegado. El primer día hicieron turismo. Eva observaba maravillada la ciudad que estaba especialmente bonita por los adornos navideños. Ken la llevó a la tetería librería de la madre de su amigo Logan, un profesor de la universidad, porque sabía que a Eva le encantaba los ambientes *cozy*, y pasearon por la Royal Mile engullidos por el ambiente festivo del Hogmanay, la fiesta de fin de año que duraba unos cuatro días en realidad.

—Mañana vamos al mercadillo, te lo prometo —dijo un pletórico Kenneth que estaba feliz de pasear con ella y pasar juntos el máximo tiempo posible.

Cenaron en un coqueto restaurante cercano a su casa del que se fueron con rapidez, sin tomar postre, para saciar el hambre que tenían de ellos mismos. El piso de Ken era un estudio de una sola habitación y una sala con la cocina integrada. Con menos hubieran tenido suficiente para la noche de pasión que se regalaron. Cada vez estaba más cerca la despedida y ambos querían retener el máximo posible del otro para recordar en las largas tarde de invierno que estaban por llegar.

El día siguiente, el último del año, lo pasaron con amigos de fiesta en fiesta, felices cuando iban cogidos de la mano y esperanzados cuando, separados, mantenían ese contacto visual que no rompían si no era necesario. Ken pensó que quizá no era descabellado seguir unidos a miles de kilómetros por ese hilo invisible creado a base de sentimientos profundos y verdaderos. Pero no se lo dijo; al menos no con palabras. Ella hablaba al otro lado de la calle con las chicas de su grupo de amigos y sus miradas se cruzaron. Ken no se sentía solo, pero ¿y ella?

El amanecer del día uno llegaba cuando ellos se fueron a dormir, abrazados hasta el mediodía. Exhaustos tras la noche de fiesta, el cuerpo no les respondía más que para acariciarse, besarse suavemente entre bostezos y dormir enredados, respirándose, embriagados el uno del otro de un aroma con sabor a despedida.

No se volvieron a ver.

Capítulo 21

MI LUGAR PREFERIDO ERES TÚ

Eva llevaba marcados en el rostro los días en Londres; su piel había perdido el tono rosado que tuvo en Escocia dando paso a uno más cetrino, adornado por el color tirando a morado de debajo de sus ojos. El brillo de la mirada iba cayendo conforme el invierno londinense, el tráfico, la polución y las prisas que creyó haber dejado para siempre, la engullían como un león a su presa. Se sentía floja, cansada y desbordada de nuevo.

Su proyecto sobre el lenguaje utilizado sobre las mujeres en la época de regencia fue un éxito. Le propusieron que lo publicara como una guía para ayudar a las escritoras de novelas de regencia, tan de moda en esos tiempos gracias al éxito de una serie de televisión. Hasta ese día todo parecía ir sobre ruedas. Se preparaba la presentación, salía a pasear, escribía y recibía mensajes de Ken y de Leslie, y algunas noches hablaba con él o con su hermana Helena. Se habían dado libertad aunque Eva no acabó de entender la razón. Ella estaba bien. Ken solo le dijo que era mejor así sin contarle que no quería que relegara su sueño profesional por él. Eva interpretó que quería esa libertad para no tener sentir un compromiso que lo ataría y no le permitiría estar con otra mujer. Nunca pensó en su verdadero motivo. Aun así, algo les impedía dejar el contacto que a Eva le dolía porque ella no quería ser solo una amiga.

Lo peor vino cuando aceptó las prácticas en la IMO, la Organización Marítima Internacional con sede en Londres y perteneciente a la ONU. El trabajo era mucho más exigente de lo que ella pensó, unido a que tardaba más de una hora en llegar desde el estudio que había alquilado hasta la oficina que le asignaron. No estaba cómoda en el trabajo ya que, al ser la última y la más novata, le llegaba lo peor de todo, lo más aburrido y sin interés. Hasta llegó a echar de menos a los niños de la academia y a su insufrible exjefa.

Llegaba tan cansada que a veces ni contestaba al teléfono.

Las llamadas de Ken se espaciaron no solo por ella, ya que él estaba inmerso en su tesis doctoral y la investigación que llevaba a cabo le consumía todas las horas que no dedicaba a dar clase o a dormir. Su padre le recordaba que no necesitaba ese doctorado, pues era el heredero del condado de los Rutherford y de la parte de su fortuna a repartir con Vicky. Pero a Ken le daba igual. Tanto su madre como él pensaban que tanto la experiencia universitaria como tener su propio trabajo, al margen del legado familiar, solo podía ser bueno. Además, la biología era su pasión desde niño y no se veía haciendo otra cosa. No quería tener que elegir.

El calor asfixiante de principios de junio en Madrid la cogió desprevenida. O el verano se adelantaba o ya se había acostumbrado al frescor británico. O ambas. Eva salió de la entrevista de trabajo contenta, aunque con la garganta seca por el calor y por haber estado hablando sin parar durante una hora. Aunque llevaba su botella de agua en el bolso, no quiso sacarla por si los que la entrevistaban lo consideraban de mala educación. Decidió entrar en un bar a refrescarse antes de bajar al metro para volver a casa de su madre.

Con este ya eran cuatro procesos de selección en los que estaba inmersa en diferentes lugares de Europa: París, Amsterdam, Bruselas y Madrid. Le costó un poco darse cuenta de que Kenneth la había soltado para que pudiera desarrollar su profesión, por la que tanto había luchado, sin sentirse atada a nadie ni a nada. Lo que ella consideró un acto egoísta era en realidad de generosidad.

Por fin sentía que sus planes se cumplían. Además, deseaba irse lejos de Londres, por ello solicitó todos los puestos que consideraba buenos para ella independientemente de dónde estuvieran ubicadas las oficinas. Nada ni nadie la ataba a un lugar.

Entró al primer bar que encontró cerca de la agencia organizadora de congresos donde la entrevistaron y se fue directa al cuarto de baño. Al salir, notó que había más gente que cuando llegó, a pesar de que no miraba hacía ningún sitio distraída colocándose la chaqueta que llevaba colgada al brazo, el bolso y el dossier con sus papeles. Un grupo de hombres enchaquetados le cortaba el paso. Pidió que le dejaran espacio fijándose solo en uno de ellos porque fue el que habló: «Dejad pasar a ese bombón español». El que estaba delante de ella se movió para dejarle espacio pero Eva no pasó. No pudo moverse ni un milímetro. Se quedó totalmente petrificada al ver la mirada de Ken colgada de la suya.

El aspecto helado que mostraba por fuera no tenía nada que ver con la ebullición que sentía en su interior. Fue incapaz de decir ni hacer nada hasta que sintió la calidez de la mano de Ken, también sorprendido por el encuentro, sobre su brazo.

—¿Eva? ¿Te encuentras bien? —susurró cerca de su oído sin llegar a tener más contacto.

—Hola, Ken —reaccionó por fin—. ¡Qué sorpresa verte aquí!

—Sin duda —sonrió más relajado—. Hemos venido a un congreso. Estoy con algunos compañeros del departamento —señaló a sus acompañantes que los miraban curiosos sin entenderles—. ¿Y tú?

—Acabo de hacer una entrevista de trabajo. Yo..., quiero irme de Londres.

—Entiendo. —Hizo una pausa tocándose el mentón—. Tengo una idea.

Ken tiró de ella hacia otra zona más despejada donde no tuvieran que escuchar las bromas soeces de sus colegas.

—Tenemos la tarde libre y pensábamos ir al centro de Madrid de turismo. Si tú también estás libre, podríamos ir juntos y nos ponemos al día.

—¿Unirme a tu grupo? —preguntó asustada, señalando al resto de enchaquetados que seguían mirándolos con suspicacia.

—No, no, solos tú y yo —respondió entre risas. Ken observaba cómo poco a poco el rostro de Eva se relajaba y comenzó a sonreír, algo avergonzada por esa pregunta tan tonta—. Prefiero conocer tus lugares favoritos.

Ken acompañó sus palabras con un guiño que hizo que la sonrisa de Eva llegara hasta sus ojos al comprender todo lo que contenía una frase tan corta.

EPÍLOGO

—Estas son las dos últimas cajas que llegan de Madrid —dijo Eva a Ken tras cerrar la puerta al repartidor.

—Ya casi lo tenemos. ¿Sabes? Me alegro de no haber cambiado casi nada de la decoración anterior.

—Y yo —afirmó rodeando a Ken por la cintura. Los dos miraban la sala principal de la casita del río con verdadero cariño. Él por haber pasado la infancia en ella y tener el sello de su madre, y ella por el significado que esa casa tuvo en su cambio de vida.

Solo variaron detalles prácticos de la vivienda y acondicionaron espacios con sus cosas cuando Sebastian les regaló la casa para ellos. Eva le dio un abrazo que casi lo parte en dos. Si iba a vivir en Escocia, no imaginaba un lugar mejor. Desde que se mudaron en septiembre, un año después de que Eva llegara por primera vez, salían juntos a hacer ejercicio cada mañana por la ribera del río, pasaban tardes al calor del hogar o en el porche trasero y disfrutaban de cada momento juntos.

Tras su encuentro en Madrid no se habían vuelto a separar más de dos o tres días por cuestiones de trabajo. Esa tarde Eva lo llevó al Retiro donde estuvieron media hora paseando y hablando sin parar de todo lo que les había ocurrido ese invierno. De ahí fueron al hotel de Ken de donde no salieron hasta el día siguiente, y porque él debía de coger un avión para volver a Escocia.

—¿Estás seguro de esto? —preguntó Eva nada más llegar al hotel. Era consciente de que una nueva despedida iba a ser dolorosa.

Ken cerró la puerta, se apoyó en la pared y la acercó a su cuerpo rodeando su cuello con los brazos.

—Eva. —La miró a los ojos—. ¡Dios! Cómo me gusta decir tu nombre. Eva, te he echado mucho de menos. Yo..., solo deseo tu felicidad, créeme. No hay amor más grande.

—No, no lo hay —sonrió—. Yo también te he echado de menos.

—¿Sabes qué estoy pensando? —Ken la cogió de la mano para dirigirse al interior de la habitación.

—Se me ocurren varias respuestas. Sorpréndeme —contestó divertida.

—Que he actuado igual que mi padre conmigo. Él solo quería mi bienestar y por eso no me agobió. Aunque yo lo interpreté como que no luchaba por mí, no fue así. Ahora lo entiendo.

—¿Lucharías por mí?

—Por lo que te haga feliz. Ya sabes cuál es mi lugar favorito, Eva.

—El mío eres tú. Puedo ser feliz en muchos sitios, contigo o sin ti, pero sin duda, dónde deseo estar ahora mismo es dónde estés tú.

—Me alegro de coincidir en eso, preciosa —contestó con una sonrisa amplia llena de ilusión. Los ojos de Eva le recordaron a ese mar que observaba con su padre como un futuro lleno de posibilidades sobre el que podrían navegar juntos.

La respuesta fue un beso intenso que desbocó sus corazones cerrando todas sus dudas. Ambos

supieron que podían progresar juntos, de la mano, y que todo dependía de cada uno. Ellos eran su lugar seguro en el que encontrar el apoyo, la serenidad y el amor como el fuego que da vida a la chimenea del hogar.

Eva se apoyó en Helena y en todos sus conocidos para encontrar un trabajo de traductora en una editorial de Edimburgo. Podía trabajar desde su casa en Dundee para cuyo ayuntamiento iba a prestar servicios de intérprete las pocas veces que tuvieran visitas de hispanohablantes. Kenneth, con el título de doctor bajo el brazo, ganó una plaza de profesor asociado en la universidad de Dundee.

Ninguno tuvo que sacrificar nada y vieron, una vez más, que sus miedos solo eran eso, miedos y no realidades. Miedos que solo los habían bloqueado y alejado de los que de verdad amaban. Eva descubrió que le gustaba mucho más trabajar de traductora a su ritmo que de intérprete con jornadas maratonianas y un nivel de estrés importante.

Sebastian la acogió como a una hija para felicidad de Vicky y de Amanda, que sintió que, de alguna manera, recuperaba a su familia. Helena, con la discreción que la caracterizaba, no quiso inmiscuirse demasiado en la vida de su hermana, pero la sonrisa que se le instaló en la cara y la alegría que la acompañaba siempre, lo decían todo.

Cuando dejaron las dos cajas que acababan de llegar junto a otras que aún tenían que abrir, Eva estiró la espalda, quejándose del dolor que le producía cargar peso. Kenneth dejó a un lado la taza de café que llevaba en la mano para darle un masaje en los hombros. Poco a poco la fue empujando hasta las escaleras.

—Vamos, te daré un masaje en la cama por toda la espalda.

—Oh, cariño, eso suena muy bien.

Cumplió su promesa y trató de aliviarle el dolor muscular pero no se detuvo ahí. El contacto de sus manos sobre la piel, cada vez más cerca de sus senos y de su centro, fueron encendiendo a Eva excitada por lo que su mente preveía que iba a pasar. Se dejó hacer hasta que Kenneth le regaló un orgasmo con los dedos. Se besaron ávidos el uno del otro uniendo sus cuerpos, sus salivas, sus jugos y su alma al compás de una música que solo ellos escuchaban, como siempre que hacían el amor. Saciados, se quedaron abrazados sobre la cama.

—¿Qué hora es? Me muero de hambre —susurró Eva, sin moverse por el cansancio.

—Veo que el masaje te ha dejado como nueva. ¿Ya no te duele la espalda?

—En absoluto. Si el masaje viene con premio ya sabes qué me va a doler todos los días de mi vida, ¿verdad?

Ken soltó una carcajada y se giró sobre ella para besarla en la punta de la nariz.

—Quédate aquí descansando que voy a preparar algo de comer.

Ella no se hizo de rogar. Observó salir a Ken por la puerta por la que entró media hora después cargando una bandeja llena de comida.

—Señorita, aquí tiene su *brunch* del sábado.

—¡Bollos de canela! ¿Son los de Leslie? Ya me ha ganado, caballero —agradeció con una sonrisa que le iluminaba la cara. Ken se sentía feliz.

—Sí, pero eso es el postre, antes tienes revuelto con jamón, tostadas de aguacate y café con leche.

—Maravilloso, chef.

Sentados en la cama, con la espalda apoyada en el cabecero, comieron mientras conversaban divertidos. Eva estaba convencida de que no se podía amar más y mejor. Lo que Ken la hacía sentir le parecía ciencia ficción hace unos años, sobre todo por su relación con Simon. Se dejaba llevar por la atracción física creyendo que lo demás llegaría, pero no fue así con Kenneth. Ciertamente

que era muy guapo y tenía un cuerpo de diez, pero a ella le producía una sensación interna desconocida y muy agradable, se sentía plena a su lado, amada, querida, respetada... No quería estar en ningún otro lugar.

Al coger por fin el ansiado bollo de canela notó algo raro.

—¿Qué pasa aquí?

—No sé. Ábrelo a ver si Leslie ha hecho algo mal y luego tenemos que ir a devolverlo.

Eva lo miró sin entender. ¿Devolver un bollo a Leslie? Le pareció una tontería pero no dijo nada.

Al partirlo por la mitad se encontró con una cajita azul.

—¿Qué es esto? —preguntó sorprendida Eva mirando a los ojos a Ken intuyendo lo que eso significaba. Sacó la cajita con una mano llevándose el bollo a la boca con la otra.

—Lo siento —dijo con la boca llena—. Sea lo que sea, el bollo va primero —sonrió para fastidiar a Ken que estaba expectante, con los nervios a flor de piel.

Abrió la caja y dio un chillido al ver el anillo con una brillante que lo decía todo.

—Sí, sí, Ken —gritó. Se lo puso en el dedo y lo abrazó. Ambos lloraban por la emoción.

—Espera —dijo él. Cogió el móvil y extendiendo la mano de Eva, le hizo una foto que envió a Leslie, la única que lo sabía, a sus padres y al grupo que tenían con Helena y Duncan.

Los móviles de ambos empezaron a sonar como locos. Ellos se miraron, sonrieron y los pusieron en silencio para pasar el resto del día en su habitación, amándose.

Dos meses después celebraban la boda en el castillo de Duncan.

—Y yo que pensaba que odiabas a esta maravilla —le dijo Eva en una ocasión refiriéndose a la vivienda.

—Creías mal. Odiaba a la española que la ocupaba —respondió señalándola a ella—. Esta casa siempre ha sido mi lugar favorito.

—¿En serio? No lo sabía —contestó juguetona.

—Claro que sí. Mi lugar favorito siempre será en el que estés tú. De hecho, tú eres mi lugar favorito.

FIN

Gracias

por llegar hasta aquí y pasar un rato con esta historia de romance *feelgood* que tanto me ha gustado escribir.

He tratado de ser cuidadosa y no desvelar nada de las historias anteriores por si no las has leído. En esta novela salen los protagonistas de *Otoño en Escocia*, Helena y Duncan, cuya historia puedes leer aquí, si no las has leído ya. Esta pareja llegó de la mano de otra, que también aparece en *Tí*, mi lugar favorito, y que son Rodrigo y Emily. Rodrigo es un secundario muy especial que nació en la novela autoconclusiva *Mereces un amor*, que puedes leer aquí. Aunque no es de la serie *Romance en Escocia*, tiene que ver con su origen desde el momento que Rodrigo se enamora de una estudiante escocesa llamada Emily.

Si has leído alguna más de la serie te habrás dado cuenta del cameo de Logan, el profesor protagonista de *Verano en Escocia* y de la librería-tetería de su madre.

Tienes toda la serie en Amazon.

Por supuesto, si te ha gustado, estaré muy agradecida por la reseña y comentario que peludas dejar en Amazon y e tus redes para ayudarme a seguir creciendo, aprendiendo y contando historias que te enamoren

Gracias,

Diana

Sobre la autora

Diana de Brea es una autora española de novela y relatos románticos y *feelgood* cuyo mayor disfrute es la lectura, afición que ha cultivado desde pequeña junto a la escritura. De imaginación desbordante, le encanta inventar vidas y buscar lugares en los que sus personajes puedan desarrollarlas.

Madre de familia, amante del mar y el buen comer, su filosofía de vida se refleja en cada página.

En redes la encontraras en Instagram:

https://www.instagram.com/diana_de_brea/

Otros título de Diana de Brea:

La serie *Amor a la italiana*:

Il mio cuore

La mia passione

La colección de relatos *Amor Infinito* junto a Carlota Martinelli

La serie *Romance en Escocia* con cuatro novelas:

Otoño en Escocia

Invierno en Escocia

Primavera en Escocia

Verano en Escocia

La novela *Mereces un amor*

La mentira que te trajo a mí

Visita mi página de autora en Amazon para acceder a todas ellas:

<https://amzn.to/3NdLjIm>

AGRADECIMIENTOS

Es muy posible que ya reconozcas nombres en este apartado si no es la primera vez que me lees. Y es que soy leal a las personas con las que colaboro, cuando se hace desde el corazón y el compromiso es mutuo.

Empiezo por la persona que me ayudó a darle un vuelco a mi carrera y reconocirme como escritora: José de la Rosa que con el Master del Escritor Profesional contribuyó, a veces sin ser consciente de ello, a darle la vuelta al calcetín. Llevo años escribiendo y nunca me lo había planteado como la profesión más bonita que podía tener. Cambiar mi mente respeto a la escritura se lo debo a él.

Este camino no lo hago en solitario. Junto a él hay muchas otras personas que contribuyen cada día a que mejore y mis novelas salgan adelante, como mis compañeras Paola C. Alvarez, Laila R. Monge (lectora cero), Izaskun Albéniz, Pilar N. Colorado (lectora cero), Inma Bretones (lectora cero), Nessa McDubth y dos lectoras cero que estreno con esta novela y leyeron el manuscrito cuando estaba en pañales: Saray Gallardo, escritora, y Carmen Fernández de la @la_biblioteca_de_carmen.

Gracias a mi familia que creen que me he vuelto loca cuando me ven murmurando por la casa o investigo sobre temas extraños. Porque las novelas no solo se escriben cuando se teclea al ordenador.

El *gracias* con mayúsculas para ti que me lees.

Con amor,

DdB